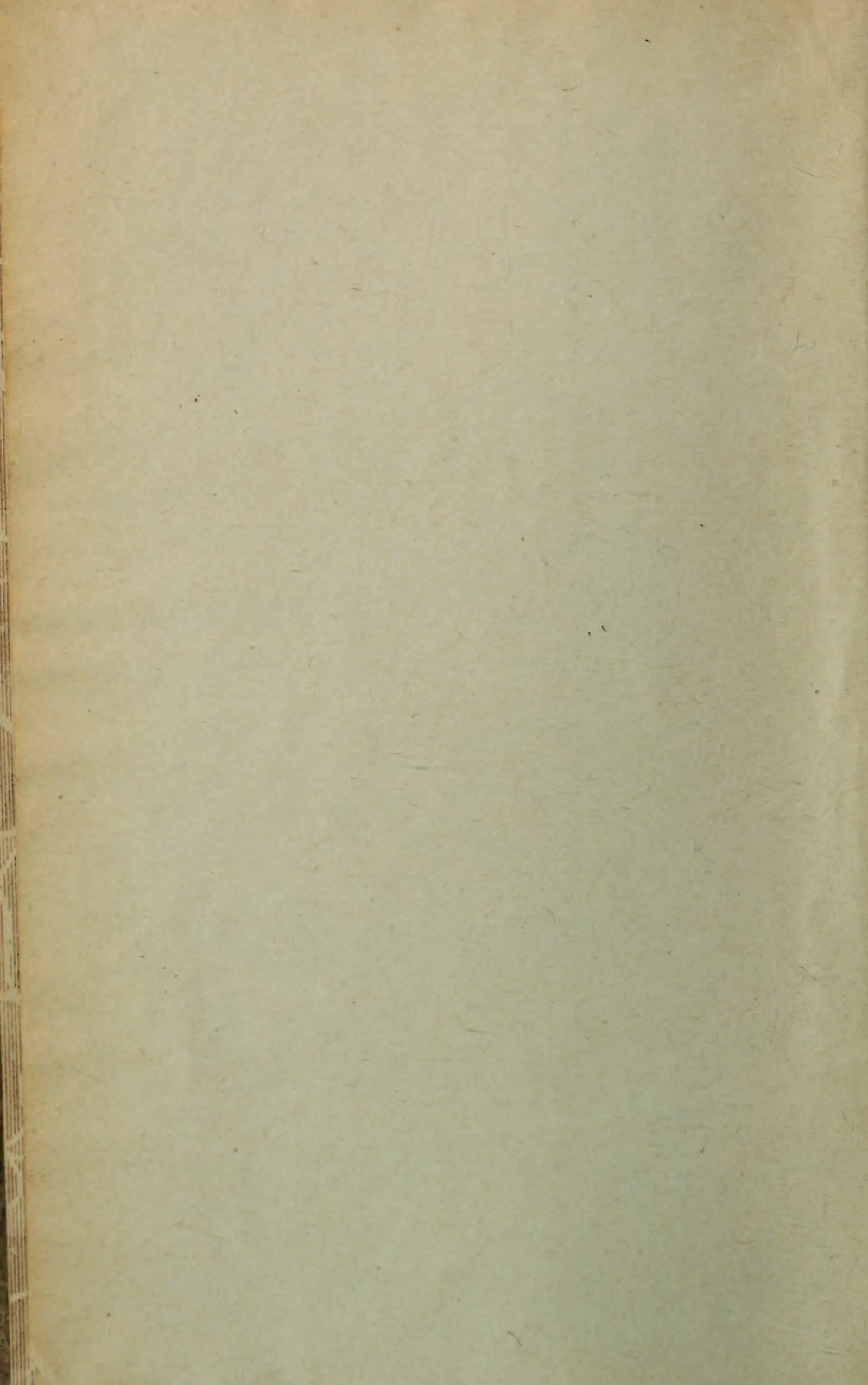


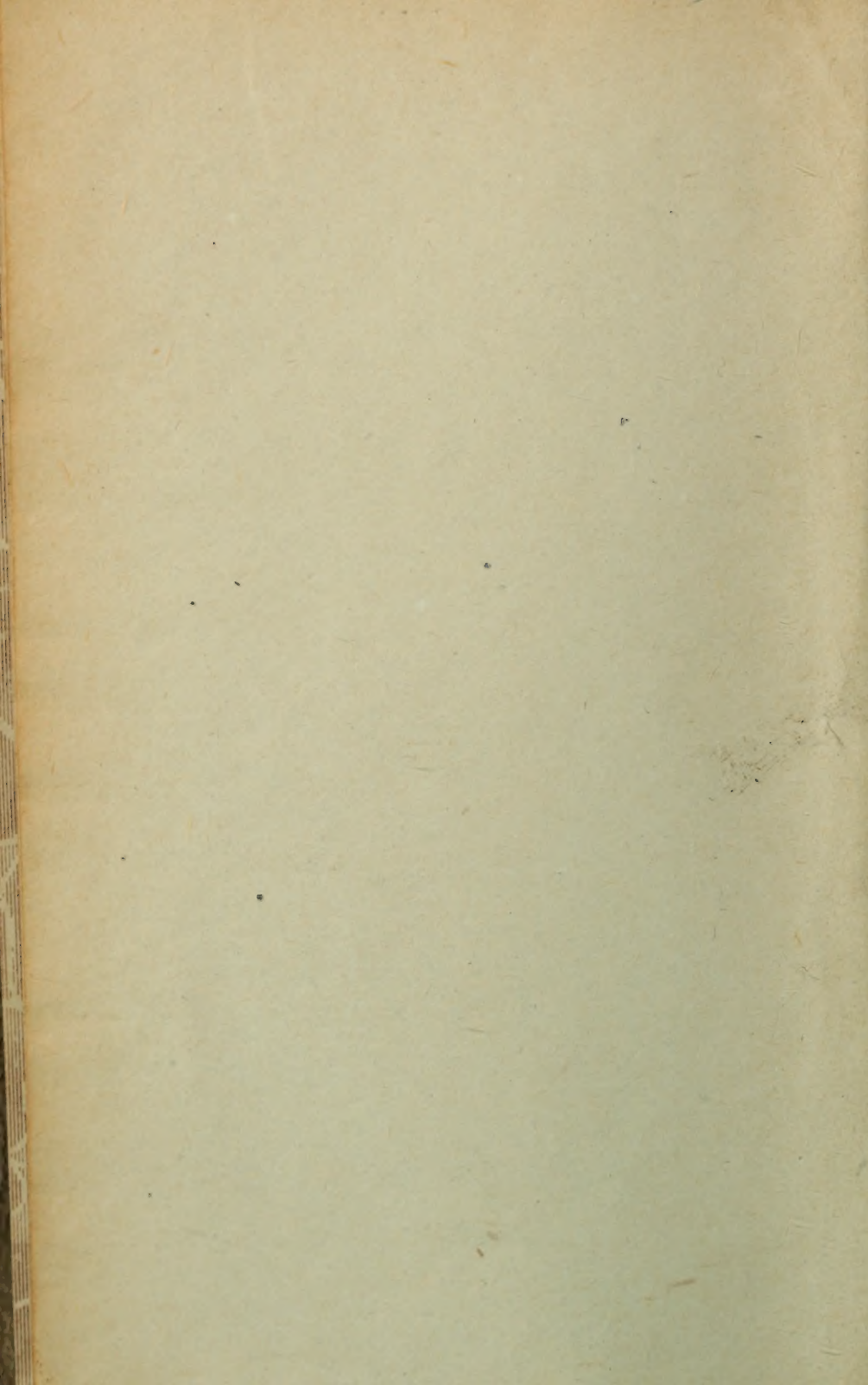


3 1761 08695615 8

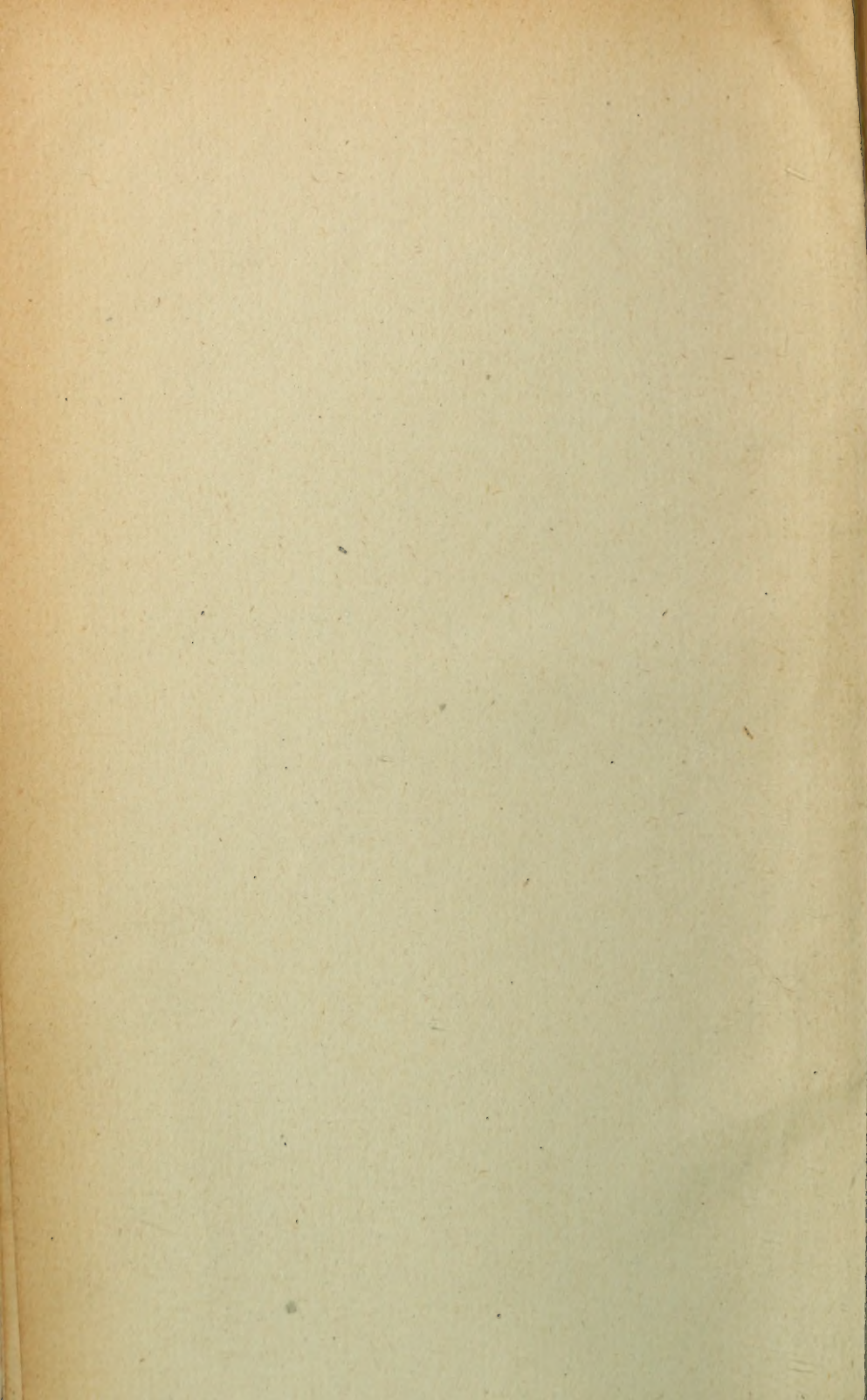






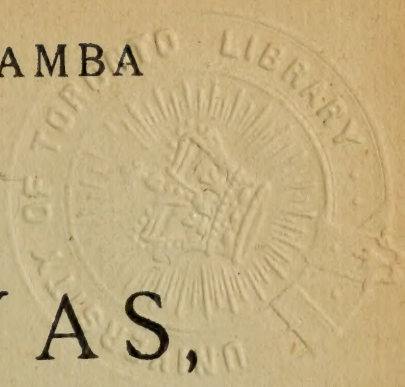


PLAYAS, CIUDADES Y MONTAÑAS



745p

JULIO CAMBA



PLAYAS, CIUDADES Y MONTAÑAS



193548
16.1.25

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42.
MADRID
1916



ES PROPIEDAD

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono, 4.967.

LA NEURASTENIA Y LA LITERATURA

La neurastenia
es un don que me vino con mi obra primogenia.

RUBEN DARIO.

La neurastenia, ¿es una enfermedad o una superstición? El médico me ha dicho que es una enfermedad moderna, y en efecto, parece que los sabios la han inventado, últimamente.

—Hace apenas un siglo que se conoce la neurastenia—me dijo el doctor—. La ciencia ha tardado mucho en descubrirla.

¡Loemos la paciencia de la ciencia! Gracias a ella, yo puedo envanecerme de mis achaques tanto como de mis calcetines. Entre mi dolor de cabeza y el de un hombre primi-

tivo hay una diferencia enorme, que no es únicamente la diferencia de las cabezas. El dolor del salvaje era un dolor anónimo, mientras que el mío es un dolor civilizado, tiene una base científica y se pronuncia con un nombre en el que hay nada menos que dos diptongos: ¡neurastenia!

—¿Y qué? ¿Hay muchos neurasténicos, querido doctor?

—Muchísimos.

La neurastenia debe estar muy bien inventada cuando se ha impuesto en tan poco tiempo. A mi doctor le ha ido tan bien con ella, que ya no se dedica a otra cosa. Por eso he ido a verle.

—No se preocupe usted—me dijo—. Usted es un neurasténico.

—Sin embargo, doctor, con un nombre o con otro, lo cierto es que yo estoy enfermo.

Me recetó unos glicerofosfatos y me mandó al campo. Campo. Mar. Un aire puro. Una alimentación sana. Una vida tranquila.

—Duerma usted mucho y trabaje poco—añadió—. Mientras tanto no se pondrá usted bien.

—¡Ay, doctor!—exclamé—. Entonces ya sé de qué estoy enfermo.

—¿De qué?

—De no tener dinero.

—Seguramente—me contestó, con una pérfida sonrisa de acreedor.

Yo no podía haber sospechado que la falta de dinero se llamase nunca neurastenia, y las palabras del especialista me sorprendieron un poco. Anteriormente, la neurastenia me parecía una superchería de los médicos para designar todas aquellas enfermedades que ellos no acertaban a conocer. Sin embargo, parece que la neurastenia tiene una personalidad tan clara como cualquier enfermedad antigua, ya consagrada por el uso. Su origen consiste en un debilidad de los centros nerviosos, para cuya curación es indispensable un perfecto reposo mental. No hay que pensar en nada; ni siquiera en el dinero. ¡Aviado estaría mi ilustre amigo el joven y distinguido pensador Sr. Zancada con una enfermedad como la mía! Por fortuna, yo soy un escritor decorativo y me dedico a una literatura fácil, superficial y pintoresca.

—¿Puedo seguir cultivando mi literatura?

Un especialista en especialidades nerviosas es siempre un hombre de mundo, y el mío, con una vaga inflexión de ironía en las palabras, me contestó:

—Si quiere usted que su curación sea rápida y completa, hágase discípulo del señor Pérez Zúñiga.

¡No pensar! Decirle a un hombre inteligente que se abstenga de pensar es lo mismo que aconsejarle a un idiota el ejercicio de la filosofía, cosa que, por otro lado, han ejercido algunos idiotas sin que se lo aconseje nadie. Hacerse bárbaro no es menos difícil que hacerse inteligente. Yo estoy en el primer caso—se lo digo a los que estén en el segundo—, y bien puedo permitir la inmodestia de reconocermé inteligente, en desquite de mi enfermedad. Procuraré hacerme bárbaro, y nadie mejor que el lector podrá observar hasta qué punto lo consigo. Al mar y al campo, que siempre sirvieron para inspirar a los artistas, se les confía ahora la tarea de embrutecerlos.

—Y diga usted—le pregunté al doctor—, ¿no cree usted que yo podría irme embruteciendo poco a poco en Madrid? Muchos lo han hecho y les ha salido muy barato...

¡El mar! ¡El campo! Yo iré a ellos—si no son curativos, tienen bastante con ser hermosos—, y sobre las toscas mesas aldeanas diré, repitiendo unas admirables palabras de Eça de Queiroz: —«Déjame saborear esta comida en perfecta inocencia de espíritu, como en tiempos del rey Don Juan V, antes de la Democracia y la Crítica.»

CORTEGADA.

Donde menos se sabe de Cortegada es en Cortegada y sus inmediaciones. Llega uno aquí y, cuando va a preguntarle a alguien por el asunto de la isla, se encuentra con que antes de formular su pregunta tiene que dar una contestación.

—Usted que viene de Madrid, estará enterado de lo de Cortegada. ¿Va a venir el Rey? ¿Empezarán pronto las obras? Allá en Madrid sabrán ustedes de esto más que nosotros.

Por mi parte puedo decir que he sido verdaderamente acosado por esta serie de interrogaciones. ¡Yo, que había venido aquí para interrogar. Cobián ha llegado a Pontevedra. En el andén, y entre una docena de personas, le aguardaban el marqués de Riestra y el gobernador. Yo venía con Cobián desde Re-

dondela, en el mismo departamento, y mientras buscaba un mozo que me condujese la maleta, presencié todos los detalles de la recepción.

—¿Qué piensa usted hacer?—le dijo el gobernador a Cobián.

Y Cobián, dirigiéndose al marqués de Riestra, le contestó:

—Lo que quiera éste.

Durante unos días Cobián estuvo con el marqués en su casa de *La Caeyra*. Luego hizo una rapidísima visita a Cortegada, y, cuando se marchó, contestó a todas las preguntas con esta frase, más propia de un regente de imprenta que de un abogado:

—Hay buenas impresiones...

—¿Es verdad que hay buenas impresiones?—me preguntan ahora a mí.

Y, como en la afirmación no se compromete nada, yo digo:

—Sí. Hay buenas impresiones...

El lector se explicará en seguida la curiosidad de estas gentes. Al solo anuncio de que Cortegada va a convertirse en residencia real, los terrenos de las cercanías han adquirido un valor extraordinario. Hay quien se ha deshecho de todo para comprar terrenos, con la esperanza de poderlos vender algún día a un precio fabuloso. Si por un azar cualquiera fra-

casara de pronto lo de Cortegada, muchas personas que disfrutaban de una regular posición se encontrarían sumidas en la mayor miseria.

Toda la ría está interesada en esto que ha dado en llamarse «lo de Cortegada». La mitad de la ría pertenece a la provincia de Pontevedra, y la otra mitad a la de Coruña, y ambas provincias adquirirán con las obras de Cortegada un gran florecimiento. En Carril, Villagarcía, Villajuán, Villanueva, Cambados, El Grobe, La Toja, la isla de Arosa, Rianjo, la Puebla del Caraminal... Casi todos estos puntos de la ría de Arosa—la ría de Cortegada—se dedican a las industrias de pesca, salazón y conservas, y la realización de las obras de Cortegada sería para ellas una verdadera fortuna. En proyecto hay ya algunas carreteras que no dependen más que de Cortegada. ¡Cortegada, un islote casi inhabitado, adonde se miraba con desprecio desde todas las riberas de la ría, va ahora a llenarlas de oro!

Por lo que se refiere a la adquisición de los terrenos de propiedad particular en Cortegada, parece que hay tan sólo una dificultad: la de una insignificante parcela cuyo propietario está en América. ¡Sería cómico que el indiano, ofuscado por los aires de las Repú-

blicas trasatlánticas, se negase a negociar con la Casa Real española! Cómico y trágico como los artículos de López Barbadillo.

Una de las personalidades más importantes en el asunto de Cortegada es D. Daniel Poyán. Los periódicos de Madrid han hablado mucho de él, y hasta creo que alguno publicó su retrato; circunstancia que me exime de dedicarle aquí un párrafo descriptivo. Para ver al Sr. Poyán, no hay más que irse en Villagarcía al café Universal, del que es propietario, y tomar cualquier cosa. Supongo que el asunto de Cortegada, popularizando el nombre del Sr. Poyán, le habrá dado mucha clientela a su café, que por otra parte era hasta hace poco el único de la ciudad. Si lo de Cortegada se realiza es de presumir que Villagarcía se llene de cafés, y entonces el Sr. Poyán se nos aparecerá como una víctima de su propia iniciativa: veneno de riqueza para todos, menos para él, aunque lo más probable es que él no pierda nada.

Se cuenta del Sr. Poyán que tuvo un sueño en el cual se le apareció la isla de Cortegada convertida en residencia real, con palacio y todo. Es una explicación poética, pero confusa, como todos los sueños. Yo encuentro muy difícil esto de que el Sr. Poyán haya visto el palacio de Cortegada antes de estar construí-

do, y estoy seguro de que no sabría decirme cuántas ventanas tenía, a no ser que se pusiera de acuerdo con el arquitecto. Otros hablan de una entrevista celebrada a altas horas de la noche en un acorazado inglés por un alto jefe de la Marina británica y el alcalde de barrio de Cortegada. ¿Cuál de las dos versiones es más cierta? ¿En cuál hay más fantasía?

Ello es que en todo el litoral de la ría de Arosa, y hasta en el de la ría de Marín, hay una gran curiosidad y un gran interés por las obras de Cortegada. Todos tienen puestos en ella los ojos, para los que el islote privilegiado es un encanto a la vez que una esperanza.

LA ISLA DE AROSA

Cuando yo vine de América, expulsado, se me ocurrió un día ir a visitar la isla de Arosa. Hace ya cinco o seis años, y todavía recuerdo, con una leve sonrisa cyranesca, la impresión de terror que produjo en la isla. Detrás de mí oía con frecuencia el tímido cuchicheo de las mujeres y de los niños.

—¡El anarquista! ¡El anarquista!

El anarquista era yo. Los periódicos habían publicado mi historia en la sección telegráfica, con fecha de Cádiz—el primer punto de la Península en donde hizo escala el vapor que me conducía—y de Barcelona, el punto en que desembarqué. ¡Una historia de la que el protagonista se iba enterando a medida que la leía! Confieso que aquellos episodios, fantásticamente relatados para producir la emoción de toda España, me llenaban

de orgullo. Un orgullo que sería tan grande como el de César o el de Napoleón, si las erratas no hubiesen venido a acibararlo. ¡Triste suerte la de mi apellido, en manos de unos cajistas que no lo conocían! *El Imparcial* me llamaba Julio Canela, y *El Heraldo* Canoba. Nada tan ignominioso, sin embargo, como el apellido que me adjudicó *El País*, de cuyo carácter radical no podía esperar ningún revolucionario una errata tan ofensiva: ¡Julio Canibal!

Precedido de la fama que me habían hecho los periódicos, y satisfecho de ella como si fuese exacta y estuviese bien compuesta, llegué un día a la isla de Arosa. El terror que mi presencia produjo en aquellas gentes era perfectamente injusto. Era injusto porque aquellas gentes vivían entonces, y aún siguen viviendo, en una deliciosa y paradisiaca anarquía.

Lo que los anarquistas de todo el mundo no han logrado jamás—vivir anárquicamente sin autoridad de ningún género—, lo han conseguido los habitantes de la isla de Arosa. La isla de Arosa es una verdadera colonia anarquista. Allí no hay policías ni jueces. Si se comete un robo o un crimen—que no se comete casi nunca—el delincuente queda impune hasta que de Villanueva, Villagarcía o

de Cambados va a la isla alguna autoridad. En el invierno suele haber en la ría fuertes temporales que duran seis o siete días, y mientras no se restablece el buen tiempo la autoridad se queda en tierra, porque es imposible hacer la travesía a la isla. ¡Imagínese el lector las ventajas que tendrá un criminal en la isla de Arosa, provisto de un barómetro que le anunciase los cambios atmosféricos!

Tengo el deber de decir, después de todo esto, que la isla de Arosa es uno de los países más pacíficos del mundo. Sus habitantes viven de la pesca y de las industrias que de ella se derivan. La industria de salazón y de conservas está muy desarrollada en la isla de Arosa, y sostiene a un gran número de obreros. Un día llegó a la isla un obrero portugués, contratado para trabajar en una fábrica. Era socialista, y bien pronto comenzó a propagar entre sus compañeros la buena nueva. Al cabo de algunos días se habían constituido en la isla de Arosa dos grandes partidos: el de los obreros y el de los burgueses. La nomenclatura de estas dos agrupaciones daba origen a graciosas antinomias. A lo mejor se le preguntaba a un trabajador que iba a su tarea, descalzo y con las ropas desgarradas:

—¿Tú eres obrero?

Y el trabajador, con un tono de enérgica convicción, respondía:

—No. Yo soy burgués...

Los obreros se reunían en una taberna, y los burgueses en otra. La de los burgueses era la peor.

Así las cosas, un día los obreros hicieron una huelga. En la historia del movimiento societario no hay antecedentes de una huelga como aquella. Los huelguistas se impusieron a los *esquirols*, y la fábrica donde había surgido el movimiento quedó totalmente paralizada. Llegaron los vapores al muelle, abarrotados de sardina, y no hubo quien los descargase. Esta situación duró varios días. Por fin se pudo avisar a Villanueva, desde donde se llamó a la Guardia civil para que fuese a la isla. La Guardia civil llegó a Villanueva, pero no pudo embarcar. ¡Nadie quería llevarla!

La isla de Arosa está casi en el centro de esta ría, que lleva su mismo nombre. Es un pueblo pintoresco que se alimenta de verduras y pescado cocidos, como los enfermos del plexo solar. Sus habitantes, exentos de toda tutela autoritaria, viven completamente felices a merced de los dioses y de los vientos.

PONTEVEDRA Y VIGO

Pontevedra es, con relación a Vigo, lo que Madrid con relación a Barcelona. No tengo temor alguno en establecer esta relación entre Pontevedra y Vigo, porque la considero igualmente honrosa para ambas ciudades. En cuanto a su exactitud, ya verá el lector hasta qué punto logro justificarla.

En Pontevedra predomina el elemento oficial, mientras que en Vigo predomina el elemento industrial. El Gobierno civil, la Audiencia, la Diputación, el Instituto: he aquí los cuatro centros principales que sostienen la vida de Pontevedra. Una vida pequeña, pintoresca y blanda, que se parece mucho a la de Madrid. La vida de Vigo, por el contrario, es lo que, con un adjetivo patológico, suele llamarse una vida febril. El puerto de Vigo,

a pesar de la estatua de Elduayen, es uno de los mejores de España. Los vigüeses han sabido explotarlo y han ido construyendo frente a él una ciudad magnífica. Lo primero fué el puerto y lo segundo la ciudad, que es como debe ser: hacer las ciudades para los puertos que las merecen, y no los puertos para las ciudades, que no los merecen nunca.

Actualmente, Vigo es una gran ciudad. Una ciudad rica, o por mejor decir, enriquecida de pronto. En este distingo está su único defecto. Parece que el dinero es igual adquirido inopinadamente que teniéndolo desde la infancia, y no lo es. El dinero que se adquiere de pronto hace cosas grandes, pero feas; buenas, pero de mal gusto. En Vigo hay edificios modernos tan caros como los mejores edificios modernos de Madrid. No les falta nada; pero siempre les sobra algo: un adorno, un alarde, un detalle de fantasía arquitectónica que destruye toda la armonía del conjunto. Un vigués me elogiaba estos encajes de piedra con los que han pretendido engalanarse casi todas las casas de la ciudad.

—¡Qué labor tan admirable!—me decía—. Parece hecha en queso.

En efecto, parecía hecha en queso. Teniendo un material tan noble, tan severo y tan augusto como la piedra, estos hombres tratan de dis-

frazarlo. Así han puesto en ridículo a la piedra. Los adornos de las casas viguesas son hijos de esa misma vanidad de mal tono que llena de sortijas las manos de los americanos en las joyerías de París.

Pero, con adornos o sin ellos, no hay duda de que Vigo es una gran ciudad. Yo imploro de los vigueses un poco de indulgencia por haberle aplicado a un pueblo de negocios un criterio artístico tan exigente. Con este criterio, en vez de ir a Vigo debiera marcharme a Atenas, aunque no he hecho ninguna estafa que justificara mi estancia allí, a la vez que la costeara.

El viaje de Vigo a Pontevedra es uno de los más encantadores del mundo. No hubiera cambiado yo al hacerlo la ventanilla de mi departamento por el más hermoso balcón del palacio mejor situado. Parece imposible que en una hora se puedan contemplar tantas maravillas.

Los vigueses tienen el orgullo de Vigo. En Pontevedra me han contado que en los periódicos de Vigo es muy frecuente esta frase: «Vigo y su provincia.» No respondo de la exactitud de la anécdota; pero encuentro digno de todos los elogios este sentimiento de superioridad, merced al cual Vigo va progresando con una rapidez tan asombrosa.

Pontevedra no progresa, pero se dispone a progresar. La he comparado a Madrid, y la comparación es exacta, pero no debiera serlo. Esta ciudad tiene, fuera de la vida oficial, un espléndido porvenir. Están comenzadas ya, a orillas del Lérez, las obras de un malecón que tendrá extraordinaria importancia. En el puerto de Marín—a media hora de Pontevedra en un abominable tranvía de vapor—también se están haciendo obras. Luego hay el proyecto de los ferrocarriles a la zona minera, y otro merced al cual el viaje de Pontevedra a Madrid, que dura ahora veintidós horas en el rápido, durará apenas unas trece horas.

Todo está llamado a darle un gran impulso a Pontevedra. Mientras tanto, el comercio va desarrollándose aquí poco a poco y hace sus operaciones con la más perfecta regularidad. Sobre el terreno he podido ver que cuanto se ha dicho en contra del comercio de Pontevedra es totalmente equivocado.

Pero lo más bonito de Pontevedra no es Pontevedra. Son sus alrededores. La carretera de Marín resulta simpática. En ella hay un lugar delicioso que se llama Los Placeres. En este lugar, Montero Ríos construyó un hotel para residencia de veraneantes. Ya he dicho que el lugar es delicioso; pero el hotel estaba vacío. El ilustre canonista resultó tan malo

para hotelero como para jefe de Gobierno.

Lourizán, Los Placeres, Estribela, Cantarena. Todo esto es la carretera de Marín. En la carretera de Vigo es digno de mención especial Puente-Sampayo, famoso por sus ostras y por una memorable derrota de los franceses. Pero nada semejante a las orillas del Lérez, un río que bien merece un artículo. Por si llevo a hacérselo no quiero adelantar aquí noticia alguna.

BUCOLICA BICARBONATADA

Acababa de fundarse *El Mundo* cuando el Centro Gallego de Madrid organizó un banquete en homenaje a D. Casimiro Gómez. Mi ilustre director de entonces, Julio Burell, me llamó y me dijo:

—¿Quiere usted ir a una comida del Centro Gallego? Como usted es gallego...

Un escrúpulo de mi honrada conciencia me llevó a interrumpir las palabras del maestro.

—Iré al banquete con mucho gusto; pero no por esa razón de regionalismo que usted insinúa, sino por otra, de carácter gastronómico. Estoy a la disposición del periódico para representarle en todos los banquetes, cualquiera que sean los platos regionales que en ellos se sirvan. Tengo un estómago unitario y un apetito federal...

Ya en el Centro Gallego, me hicieron sentar ante una larga mesa, en la cual tenía don Casimiro Gómez un sitio de honor. Yo no sabía a ciencia cierta quién era don Casimiro Gómez, a quien, por aquellos días, habían llamado algunos periódicos «el ilustre filántropo». A fin de enterarme comencé a sobornar con aceitunas a un comensal contiguo, y, de pronto, le pregunté a media voz:

—Esta comida, ¿nos la da a nosotros don Casimiro o se la damos nosotros a él?

Mi vecino pinchó con el tenedor una aceituna y me la ofreció, dándome, a la vez, el *hors d'œuvres* y la respuesta.

—Esta comida la costeamos nosotros en homenaje del ilustre filántropo.

—Ahí tiene usted—repuse yo—. Precisamente como don Casimiro es un filántropo, yo me había figurado que iba a pagar el banquete...

El comeloro se había instalado en una sala muy alegre, con vistas a la calle de la Bolsa. La pared de frente a mí se hallaba decorada con un friso de gallegos ilustres. Allí estaba el retrato de Concepción Arenal junto al de Matías López.

—Esos retratos—me dijo mi reciente amigo—valen mucho dinero.

—El de Matías López—le contesté—pagará bastante.

—¿Cómo que pagará bastante?

—Pues que pagará bastante. ¿No es un anuncio?

—No, señor; es un retrato como los otros. Todos son hombres ilustres.

—¡Ah! ¿Y cómo no está ahí el retrato de don Casimiro? Debieran ponerle junto al de Rosalía de Castro.

A todo esto ya habíamos comenzado a comer. Los camareros iban de uno a otro lado haciendo juegos de equilibrio con unas enormes fuentes de buey a la financiera, plato indicadísimo para obsequiar a un hombre de negocios como don Casimiro Gómez. El vino era malo; pero, en cambio, la mesa estaba toda llena con botellas de las aguas de Lérez.

—Tome usted de estas aguas—me dijo mi amigo—; son las aguas de don Casimiro.

¡Aguas bicarbonatado - sódico - cloruradas, fluorado-líticas, cuya historia parece la historia de un milagro bíblico! Don Casimiro llegó de América con una fortuna típicamente mediana: una fortuna hecha en la industria de los cueros. Aquí en Pontevedra compró por 100.000 pesetas una finca cuyos árboles valían sólo más de 150.000. «Buen negocio—se dijo don Casimiro—. Un día, recorriendo los cam-

pos que acababa de adquirir, vió un fresco manantial que brotaba dulcemente entre unas peñas. Un poeta hubiera hecho taza de sus manos para gustar el líquido cristalino, y luego se hubiera puesto a oír el tímido murmurio de las aguas. Pero don Casimiro se ha enriquecido con los cueros. ¿Un manantial? Pues una industria. Inmediatamente la finca de Monte Poireiro se transformó. Don Casimiro hizo obras, trajo máquinas, empleó gente, y aquellas aguas bucólicas, en las que Garcilaso no hubiese advertido nunca el sabor del bicarbonato ni del cloruro, adquirieron de pronto una personalidad científica y un gusto desagradable.

Por todo esto se le llama filántropo a don Casimiro Gómez. Yo recuerdo con cierta indignación aquel banquete del Centro Gallego en el que don Casimiro bebió Champagne para hacer un discurso, mientras los demás bebíamos sidra.

—¿Y dice usted—exclamé tristemente, dirigiéndome al comensal que tenía a mi vera—, dice usted que don Casimiro es un filántropo?

Pero ya don Casimiro había empezado a hablar con una dulzura tan americana como flandrónica. «Yo no repararé en gasto ni sacrificio alguno—decía—para que Galicia tenga un manantial bicarbonatado como los me-

jores de Europa.» Un espíritu zumbón murmuró cerca de mí.

—Se va a echar todo el bicarbonato que haga falta.

Mientras tanto don Casimiro proseguía: «Las aguas del Lérez—gritaba—son las mejores aguas digestivas que se conocen, y es un deber de todos los gallegos el proclamarlo así. Por mi parte estoy dispuesto a todo para que esas aguas se beban en las mejores mesas.»

Hacía bien, porque las aguas eran suyas, y cuanto más se bebiesen más ganaría él.

—¡ Viva don Casimiro!—gritó una voz.

—¡ Viva...!

—¡ Viva el ilustre filántropo!

—¡ Viva...!

Y vive. Aquí, en las márgenes del Lérez, tiene su establecimiento, al que yo me propongo hacer una grata excursión.

CARMIÑA

Dos golpes tímidos han sonado en la puerta de mi habitación.

—¿Quién es?

Medio dormido aún, y como en un delicioso episodio de mi sueño, oigo la voz mimosa de Carmiña.

—¿Se puede?

—Sí.

Mi sueño vuelve a hacerse profundo. De pronto, otros dos golpes y la misma pregunta:

—¿Se puede?

—Ya te he dicho que sí. Entra.

—¿No estará usted destapado?

—Por ahora no. Me podría constipar.

Carmiña abre la puerta con toda clase de precauciones. No le gusta presenciar espectáculos inmorales. En sus manos blancas,

cuya desnudez se prolonga hasta el antebrazo, trae todos los menesteres de un ópimo desayuno. Lentamente los va poniendo sobre la mesa de noche.

—Aquí tiene usted el café. Aquí el azúcar. Esta es la leche. En el plato queda el cuchillo y el tenedor...

Yo voy a incorporarme en la cama para hacer uso de todas las sustancias enumeradas por Carmiña; pero de improviso esta encantadora muchacha da un salto que me llena de asombro.

—¿Qué te pasa, Carmiña?

—Pensé que... La verdad... Como ustedes los viajeros son tan sinvergüenzas...

—¿Sinvergüenzas, Carmiña? Esa palabra no está en las Geórgicas. ¿Quién te ha enseñado a pronunciarla?

Carmiña se pone muy encendida. Sus mejillas, a las que afluye violentamente su roja sangre campesina, contrastan con la palidez de su garganta, desnuda hasta el nacimiento del pecho. No es para menos. Me ha llamado sinvergüenza y viajante. Para Carmiña todo el que viaja es un viajante. La encantadora muchacha no encuentra ninguna diferencia entre un viaje comercial y un viaje filosófico.

—¡Y por qué no has entrado—le pregunto—la primera vez que llamaste?

A esta pregunta Carmiña me responde dándome una lección de buena crianza. Ella me había dicho: «—¿ Se puede ?»—y yo le había contestado que sí; pero esto no bastaba. Era menester que yo hubiera pronunciado esta frase sintética: «¡ Adelante !»

—Mientras no me digan «¡ adelante !»—exclama Carmiña—no vuelvo a entrar en ninguna habitación. Yo le estoy aquí para servir; pero no le estoy para chanzas.

Chanzas, en el lenguaje de Carmiña, significa otras cosas muy serias. Yo le pregunto:

—¿ Es que tienes novio ?

Y con un decir madrileño, ligeramente alterado por sintaxis gallega, Carmiña me responde:

—Se le tiene el solo.

—Muy bien contestado, Carmiña. Te que-
rrá mucho, ¿ eh ?

—¿ Y luego ? Para eso le es mi novio.

Voy haciendo este diálogo mientras tomo el desayuno. Con una sopa en la boca le digo a Carmiña:

—¿ Te vas a casar ?

—¿ Qué ?

—¿ Que si te vas a casar ?

—Pues si no me casara, sería una vergüenza—me responde.

—¿ Y vas a tener muchos rapaciños ?

—¡Ay, señorito! ¡Qué cosas! Y luego dirá usted que no es viajante.

Carmiña cree que hace falta toda la mundanidad y toda la experiencia de los viajeros para suponer que de un matrimonio nazcan hijos. Es de una peligrosa inocencia el espíritu de esta muchacha, blanca, sonrosada y mantecosa, como los frutos del país.

—Bueno, Carmiña. Tráeme una carpeta y un tintero. Voy a escribir.

Carmiña me trae el tintero y la carpeta con la misma veneración que me traería unos objetos sagrados.

—¡Ay, señorito!—me dice—. El saber escribir le debe ser una grande regalía.

—No—le contesto—. La regalía es la de saber leer.

Esta profunda observación ha sido perfectamente estéril en el espíritu de Carmiña, la cual ha cogido la taza, las jarras, la azucarrera y todos los trebejos del desayuno y se los ha llevado. Antes de trasponer la puerta se volvió hacia mí con una mirada de inquietud.

—Pensé que... La verdad...

¡Deliciosa Carmiña! ¡Qué ajena estará de suponer que su nombre va a figurar en estos papeles que ella—¡la pobre!—, sin conocer una sola letra, ha aprendido a distinguir unos de otros por la forma de los títulos.

«LA CAEYRA»

El Puente Nuevo es uno de los mejores puntos de vista para el panorama de Pontevedra. Los pontevedreses le llevan a uno allí y lentamente van señalando a su admiración las maravillas circunvecinas. De un lado está la ría, con sus márgenes pobladas de pinos, entre los que se divisan a veces las blancas casas de los pueblos ribereños. Mirando hacia el otro lado se ve el Lérez, cuyas aguas ligeras sugieren la idea de un monstruo animal de superstición, ondulando en rápidas curvas al través de las yerbas y de los árboles: un reptil fabuloso, que quisiera hurtarle al sol su cuerpo lleno de reflejos. El pontevedrés que me ha llevado al Puente Nuevo, después de indicarme el Lérez, me ha regalado esta imagen que, con más o menos exactitud, se le

puede aplicar a cualquier otro río. Luego me ha mostrado, hacia la derecha, las obras de un gran malecón que será de enorme utilidad para Pontevedra. Estas obras no alcanzan todavía más que a la parte de la Monseira, un barrio de marineros en donde han nacido los Bodales y al que un erudito historiador local—don Celso García de la Riega—supone patria de Cristóbal Colón.

—Esas son las obras—me dijo mi guía.

Y luego, en dirección contraria, me señaló con el dedo una casa de campo, rodeada de frondosos árboles.

—¡*La Caeyra!*

Con estas dos palabras bastaba y sobraba. No creo, sin embargo, que les baste a mis lectores, para la mayoría de los cuales el nombre de *La Caeyra* será perfectamente inédito. *La Caeyra* es la residencia del marqués de Riestra, y este opulento marqués es uno de los más poderosos, sagaces y taimados políticos españoles.

Aquí en Pontevedra, donde las auras son tan libres y los bosques tan robustos, no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del marqués. Para cualquier obra pública o privada, para cualquier industria, para el más insignificante proyecto, es preciso contar, ante todo, con el asentimiento del que estos tími-

dos campesinos llaman el señor de Riestra. «Un ruso reconoce que dos y dos son cuatro en todas partes—decía el divino Turgueneff, burlándose de la vanidad patriótica de sus paisanos—; pero en el fondo de su alma cree que en Rusia lo son de un modo más categórico que en ningún otro país.» En Pontevedra y su provincia podía afirmarse que dos y dos no llegan a hacer definitivamente cuatro mientras el marqués de Riestra no autoriza la suma.

Pero ¿quién habla de la provincia de Pontevedra? La influencia política del marqués de Riestra es ampliamente nacional. Desde su casa de *La Caeyra*, el marqués podría ahora mismo hacer una crisis. ¡No sería la primera vez que, siguiendo el hilo de esas elocuentes marionetas, con cuyo espectáculo se divierte indignamente medio Madrid, llegara a verse la mano directora de este hombre que, en su pintoresco retiro, recibe diariamente tantas y tan valiosas pletesías! El marqués de Riestra ha hecho ministros y hasta jefes de Gobierno. Besada tomó forma ministrable entre sus manos omnipotentes. Villaverde aprendió a sumar aquellos complicados guarismos de sus presupuestos según las matemáticas del señor de *La Caeyra*, sucintamente explicadas ya en la perífrasis de Turgueneff. El famoso pleito

de Guisasola, que no hace aún muchos años logró apasionar a toda España, era casi exclusivamente un capricho feudal del marqués de Riestra. En cuanto al asunto de Cortegada, ya en otra crónica he publicado la frase de Cobián al bajar en el andén de esta estación. Uno que pregunta: —¿Qué va usted a hacer?—Y Cobián que, señalando al marqués, responde:

—Lo que quiera éste.

¡Manes de la política! ¿Cómo podéis ser tan oscuros, tan siniestros, tan tortuosos en este ambiente de luz y de belleza? ¿Qué pulmones son los vuestros que no se purifican con el bálsamo de los pinos ni con el perfume de las rosas? ¿De qué cruel vanidad estáis enfermos para seguir dedicándoos a la intriga en este lugar de paz y de contemplación?

Porque no es sólo en *La Caeyra* donde la política ha perfumado de rosas, de madreselvas y de jazmines su hálito corrompido. Carretera de Marín arriba, y a unos dos o tres kilómetros de Pontevedra, está Lourizán; pero Lourizán es mucho más conocido que *La Caeyra* y se presta menos a la curiosidad del periodista.

¡*La Caeyra!* Para los lectores madrileños parecerá, tal vez, el título de un poema regional. Los periódicos locales, por su parte, la

anuncian como una granja agrícola: «Gran surtido en árboles frutales de todas clases. Albaricoqueros, avellanos, cerezos, ciruelos, melocotoneros, manzanos, naranjos»... Porque el marqués de Riestra, como un romano de los tiempos clásicos, ha hecho compatible el cultivo de sus tierras y el cuidado de la cosa pública.

EL LIBRO DEL CAPITÁN PORTELA

El otro día, al pasar por el mercado, presencié la disputa de una aldeana con un campesino. Cuando llegué al lugar del suceso, el campesino había comenzado a hacer una exposición de sus ideas antirreligiosas. ¡Exposición lealmente impropia de un Ateneo, tanto por su falta de razones científicas como por la violencia de sus frases! De las palabras de aquel campesino se deducía un espíritu satánico, que no creía en el misterio virginal de la encarnación ni en la omnipotencia de Dios. La aldeana, sin atemorizarse, le habló al campesino de su mujer, y entonces el campesino le dijo:

—¡Tú qué vas a decir! ¡Si tú estás en el libro del capitán Portela...!

La ira de la aldeana se desbordó con estas

frases. Avanzó hacia el hombre, y dándole en la cara con un repollo, se lo quería hacer comer. Yo abandoné sumamente intrigado el lugar de la escena. ¿Quién era el capitán Portela? ¿Qué clase de libro había escrito este capitán? ¿Cuál era la razón de que—porque le hubiesen recordado una cita bibliográfica—pretendiera aquella aldeana que sus repollos se comiesen crudos, como las ensaladas?

Un amigo me lo explicó todo, contándome una historia de malicias y de delicias: una historia picaresca que yo voy a poner en una crónica, ya que no pueda ponerla en una jácara o en un romance. Mis compañeros de la misteriosa Orden de los Terribles—dedicados a hacer la desgracia de los maridos mientras hacen la felicidad de las mujeres—tienen mucho que aprender en el libro de este don Juan lugareño que, con un nombre verdaderamente terrible, se llama el capitán Portela.

Todavía joven y fuerte—como corresponde a un don Juan—el capitán Portela había solicitado su retiro y se había ido a vivir a Marcón, una parroquia vecina a Pontevedra, en donde las mujeres son sanas, hermosas y fecundas, con una fecundidad que sorprendería a los avisados maridos de una capital. Marcón es inocente, y en la época del capitán Portela parece que era una misma la inocen-

cia que hacía pecar a las mujeres y confiar a los maridos. El capitán se aprovechaba de ella y la burlaba. Todos los días se llevaba a su casa, en los recios bigotes veteranos, la sabrosa humedad de algún beso furtivo. ¡Gallos de Marcón! ¿Cuántas veces fué hollada por el capitán Portela la misma tierra de vuestros corrales, que eran vuestros feudos? ¡Griillos de Marcón! ¿Cuántas veces suspendisteis una serenata para no turbar los dulces sollozos que el capitán Portela pretendía vanamente ahogar con sus besos.

Era irresistible aquel capitán que, no teniendo moros con quien pelear, derribaba todos los días alguna de estas fornidas bellezas aldeanas sobre sus tierras de labor, entre las altas yerbas, que le servían de lecho y de cortinas. Luego, cuando llegaba a su casa, a hurtadillas de su mujer, sacaba un cuaderno y anotaba el nombre de la víctima y el lugar del sacrificio. Un día, el bizarro capitán se puso malo y se murió ¿Debilidad? ¿Gota? ¿Reuma? Ello es que la muerte del héroe dejó en la más triste horfandad a media parroquia de Marcón, cuyo número de vecinos había aumentado considerablemente desde que el capitán llegara a ella. La viuda llamó a un notario para que arreglase los papeles del difunto, y ante las austeras gafas leguleñas apa-

reció el pequeño cuaderno con sus terribles revelaciones.

El escándalo fué espantoso. ¿Era verdad lo que decía el libro del capitán Portela, o se trataba de un caso de vanidad póstuma? De un modo o de otro, las cenizas del capitán no merecían tierra sagrada, y se pensó muy seriamente en hacer con ellas una exhumación vengadora. Un día un pobre hombre llegó a junto su mujer.

—¿Sabes lo que me han dicho?

—¿El qué?

—Pues que la hija está en el libro del capitán Portela.

—¡Bah! Son habladurías de la parroquia.

—Por un sí o por un no, yo voy a ver el libro.

Y fué, contrariando la opinión de su mujer. Vió el libro, y allí no sólo estaba su hija, sino que también estaba su esposa.

Esta historia es reciente. No hace aún mucho más de un año desde la muerte del capitán Portela. Yo recojo su vida según se cuenta por aquí, y como explicación de una frase popular. Por lo demás, la parroquia de Marcón merece todo mi respeto y toda mi simpatía: una simpatía igual para sus mujeres que para sus maridos.

EL ORO DE AMÉRICA

He llegado al pueblo, y poco a poco he ido recordando nombres.

—¿Y Fulano? ¿Y Zutano? ¿Y Antón el *Larpeiro*? ¿Y *Pinchela*? ¿*Tumba que dale*?

¡Motes pintorescos que suelen transmitirse de generación a generación, como los títulos nobiliarios, y que son, a la vez, una biografía y una psicología! Ellos han ido acudiendo a su memoria evocados por el lugar y por la conversación.

—¿Y Fulano? ¿Y Zutano?

—Fuéronse a Buenos Aires.

—¿Y el señor Antonio el zapatero?

—Fuése también.

—¿Y don Ramón?

—Don Ramón mandó para allá a su hijo, el que estudiaba de cura...

Buenos Aires es un ensanche de Galicia. Es preciso ser de un pueblo de éstos, llegar a él después de una ausencia de pocos años y preguntar por la gente para comprender el incremento que ha adquirido en Galicia la emigración. Aquí se le pregunta a un padre:

—¿Qué carrera le va usted a dar a su hijo?

Y el padre contesta:

—Lo voy a mandar a Buenos Aires.

Buenos Aires es un porvenir, una carrera y hasta una religión. El padre que tiene varios hijos y no puede mandarlos todos allá manda a uno, y éste, al cabo de un año, comienza a enviar los pasajes de los otros. El elemento más útil de Galicia está en América. Aquí sólo se quedan los ricos, los estudiantes y los imposibilitados. La gente de ambición se va, y no vuelve hasta que ha ganado algunos miles de pesos y ha aprendido a hablar en bonaerense.

Hay un pueblo cerca de Pontevedra que se llama San Jorge de Sacos. Algunos hijos de este pueblo están en Buenos Aires, y al escribir a su familia ponen esta dirección: «San Jorge de Bolsas.» Pero dentro del ridículo sobre mandan un dinero muy serio y muy bueno.



¿Es conveniente la emigración? Lo único que puede afirmarse es que es lógica. El viaje a Buenos Aires, que dura veintitantos días, cuesta muy poco más que el viaje a Madrid o a Barcelona. Por lo demás, si la fortuna no es segura en Buenos Aires—nada hay tan versátil como esa diosa, que sigue siendo hermosa y deseada, a pesar de su exigua cabellera—, por lo menos es posible. La mitad de las industrias de aquí están fundadas con el dinero de América: los hoteles más hermosos son residencia de indianos; los automóviles que cruzan más orgulosamente las carreteras de Galicia son un esparcimiento del capital trasatlántico, ¡que bien lo necesita el pobre después de las miserias y las fatigas con que se formó! Los tesoros sepultados en el fondo de la ría de Vigo eran de oro de América, y ese oro se refleja aún en la superficie de aquellas aguas. Vigo es, en su mayoría, una ciudad de indianos, y su movimiento más importante es el de los buques que van a América o que vuelven de ella.

¿Y los campos? ¿Quién los cultiva? Para los que se quedan, siempre producirán lo bastante. ¡Y aunque no lo produjeran! Para el campesino gallego, como para cualquier otro campesino, es mucho más halagüeña la posibilidad de acumular algunos miles de pe-

sos que algunos cestos de coles. Las coles alimentan mucho, pero los pesos alimentan más.

El dinero que con mayor actividad se mueve aquí, el más emprendedor y el más valiente, es el dinero americano. Si hay algunos hoteles en las ciudades gallegas, es porque han sido construídos para los que vienen de América. Si hay algunas vías de comunicación, a ellos se les deben en gran parte. De no haberse descubierto América, Galicia sería tan desconocida como ella, porque no habría medio de venir aquí, ni sitio donde vivir.

* * *

La conquista de América no se ha terminado todavía. A diario van a ella nuevos aventureros en busca de nuevos tesoros. Y los traen. Traen algunos miles de pesos; pero algo se dejan allí que tiene más valor: la juventud y el trabajo. Esos miles de pesos son la remuneración de un esfuerzo, siempre mayor que los miles, y el fruto de ese esfuerzo se queda en América.

América se lo merece. Es generosa y es laboriosa. Emplea al que le pide trabajo. Su vida tiene un sentido nietcheano: el de atraer a los fuertes y rechazar a los débiles.

LOS CURAS DE ALDEA

Tenía yo diez o doce años cuando un señor piadoso habló a mis padres y les ofreció costearme la carrera de cura. Yo había comenzado entonces a fumar y estaba ensayando a echar el humo por las narices. El acto de echar humo por las narices era para mí el signo más fuerte de la virilidad, y yo lo ejecutaba solemnemente delante de mi novia, la cual ya vestía de largo. En aquella época faltaba yo frecuentemente a la escuela y a la misa. La misa me indignaba más todavía que la escuela, y en el atrio de la iglesia solía yo hacer gala de un escepticismo volteriano que era el terror de mi novia. ¡Tener novia, hechar humo por las narices y estar en el secreto de las cosas de iglesia...! Sólo me faltaba una capa y un poco de bigote para ser un

Don Juan ateo, seductor y cruel, como el de una compañía ambulante de fantoches que había estado recientemente en el pueblo.

Cuando mis padres me propusieron que me fuera a Santiago para ingresar en el Seminario, yo introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón—el primer pantalón largo que usé—y sonreí con una sonrisa sardónica, adjetivo para las sonrisas que yo había encontrado en un folletín del Sr. Tárrago y Mateos, y que usaba en todas las circunstancias un poco importantes.

—Mis ideas—dije con una gran prosopopeya en contestación a mis padres—no me permiten ser cura.

Hasta ahora a nadie se le había ocurrido preguntarme por qué no soy cura; pero esto no importa, y yo tengo interés en dejarlo explicado aquí. No soy cura, y lo siento, porque yo estaría muy a gusto en uno de estos curatos campesinos, donde las gentes nacen, viven y mueren bajo el santo temor de Dios. No hay palacio comparable a estas rectorales de las aldeas de Galicia rodeadas de viña, de jardín y de huerto, y amuebladas con muebles de roble antiguo y de cuero mate. En ellas la vida es amable, sensual y glotona, como en los versos del arcipreste; las gallinas ponen para el cura sus más grandes y sabro-

sos huevos; la ubre de las vacas y de las cabras, exprimidas por las manos virginales de las zagalas, da para el cura su leche más blanca, espumosa y nutritiva; los árboles reservan para el cura la más ópima y succulenta madurez de sus frutas. ¡Y qué vino este vino hecho especialmente para el cura, con uvas que se escogen una a una...! Vino de alegría y de sacrificio, igualmente agradable en las tazas de barro que en las vinajeras de plata. ¡Gaudeamus!

La rectoral suele estar adosada a la iglesia. En los días de romería, el baile se celebra en el atrio, al son de una gaita y un tamboril o de una banda municipal, que es más fina. La función profana se combina con la función religiosa, y el cura dirige las dos. Por la noche es también en el atrio donde—en la mayor parte de las aldeas—se queman los fuegos de artificio y se lanzan los globos de fulminante.

Si yo fuera cura, ¡qué buen cura sería! Tendría muy bien encuadernados, y en un estante de encina o de nogal, a mi Horacio y a mi Virgilio, que leería sabia y lentamente, en un latín de mayúsculas góticas impresas en tinta encarnada. Bendeciría todos los frutos; absolvería todos los pecados, y a mis buenas feligresas las haría confiar constante-

mente en la infinita misericordia de Dios. Sería como los curas de estas aldeas, que llevan llenos de medallas de hojalata los bolsillos de la sotana, y en sus paseos por el campo las cuelgan de estas mórbidas gargantas campesinas, sobre estos pechos altos, duros y firmes que, bajo sus manos sagradas, palpitan fervorosamente. Me haría querer de todo el mundo, aun de los suscriptores de *Las Dominicales* que pudiese haber en el contorno, y los chicos irían a la rectoral a llevarme regalos, que yo disfrutaría después de ofrendárselos al Señor, y las muchachas besarían mi diestra, dispuesta siempre a bendecirlas.

¿Por qué no he querido ser cura? ¿Qué demonio mal informado me visitó en un sueño intranquilo para aconsejarme que no fuese? Todavía hace poco que una buena mujer, aludiendo a los azares de mi vida de periodista, me ha dicho:

—¡Cuánto mejor estarías en un curato de por aquí!

Y añadió:

Mejor para el alma y mejor para el cuerpo.

LA DILIGENCIA

Viaje filosófico.

Heme aquí en una diligencia, camino de Cambados. He podido hacer el viaje en tren hasta el Carril; pero el caso era meterse en una diligencia para luego quejarse de ella. Afortunadamente, el progreso, no ha avanzado tanto que no haya aún por estos caminos algunas diligencias para los viajes literarios o filosóficos.

Conmigo viajan una señora gorda, un cura, un propietario y un recaudador de contribuciones.

—Yo no quise ir en el tren—dice la señora gorda—porque la diligencia es más segura.

—Pues yo vengo en la diligencia porque me

deja en la puerta de mi casa—dice el propietario.

El cura se explica así:

—La diligencia es más tranquila que el tren. A mí que no me hablen del tren mas que para los viajes largos.

Y el recaudador manifiesta que su espíritu es incompatible con la puntualidad del tren.

—Nunca espera por uno. Luego, supóngase usted que se le ocurre cualquier cosa en el camino. Pues no puede usted bajarse, y se tiene usted que fastidiar. Los maquinistas son mucho más orgullosos que los cocheros...

Queda reconocida la superioridad de la diligencia sobre el tren, por una razón de literatura, otra de seguridad, otra de egoísmo, otra de longitud y otra de amor propio. Así ha resultado de una minuciosa conferencia verificada en el camino de Cambados por una señora gorda, un sacerdote, un propietario, un recaudador de contribuciones y un periodista.

Pero en seguida todos nos ponemos a murmurar de la diligencia con el fútil pretexto de que la nuestra no anda nada. ¡Yo mismo protesto contra su lentitud, como si tuviese algo que hacer en Cambados! ¡La señora gorda, que aunque gorda es sentimental, manifiesta una honda piedad por las mulas!

—¿Ustedes oyen lo que les dice el cochero a los animalitos? ¡Vaya un lenguaje!

El lenguaje, en efecto, no es muy parlamentario; pero acaso las mulas no entendieran por medio de eufemismos.

—¡Ay!—exclama la señora—. Las mulas también son de Dios. ¿No es verdad, señor cura?

—Todo es de Dios en el Universo—responde sentenciosamente el sacerdote.



Mientras tanto, la diligencia baila sobre los baches, entre la cascabelería de las mulas, hijas de Dios. ¿A quién se le habrá ocurrido la idea de rodear con collares de cascabeles los cuellos de las mulas de las diligencias? ¿No son los cascabeles instrumentos de alegría? Y la primera condición de la alegría ¿no es la libertad? El mayoral descarga su fusta sobre estos lomos esclavos, y en el impulso del dolor producen las mulas una alegre música de cascabeles. A veces, la punta del látigo se tiñe de sangre, y entonces los cascabeles suenan más ruidosos que nunca. El rumor de los cascabeles, una nube de polvo, las injurias del cochero y unos chicos que salen de las escuelas campesinas con la cartera bajo el brazo y la falda de

la camisa mostrándose por la abertura del pantalón: he aquí el pintoresco acompañamiento de nuestra diligencia. A la hora de ir en ella apenas si hemos hecho dos leguas de camino.

—¡Qué calma!—dice el propietario.

Un filósofo diría:

—¡Qué velocidad!

¿Para qué más prisa, en efecto? ¿Hay algo en el mundo que valga la pena de ir a buscarlo de prisa? Esta diligencia marcha camino de Cambados. Si fuera un filósofo en ella, ¿qué más le daría llegar a Cambados una hora antes que una hora después? Cada uno de los que vamos aquí—la señora gorda, el cura, el recaudador de contribuciones, el propietario y yo—podemos estar seguros de que el destino nos aguardará en Cambados pacientemente, tardemos lo que tardemos, y que allí hará entre nosotros su distribución de males y de bienes con arreglo a un designio anterior e inmutable.

En Cambados recobramos nuestro tedio o nuestra alegría, nuestro amor o nuestra infelicidad, nuestra estupidez o nuestro ingenio, según una providencia en la que nuestra prisa no puede ejercer el menor influjo. La fusta de este mayoral hará saltar la sangre sobre los lomos de las mulas; pero toda la sangre que en ellos brote será estéril para nosotros.

No tengas prisa, mayoral. Baja del pescante ante la próxima taberna y dile a la hija del tabernero que te sirva un jarro del rojo vino de estas viñas.

No os impacientéis, mulas de la diligencia. Sonad vuestros cascabeles, tan sólo para espanto de las moscas, y creed que ni el pienso del pesebre, ni el corazón de un caballo valen la pena de que se fatiguen unas mulas razonables; sobre todo, cuando están uncidas a una diligencia.

¡La prisa! ¡La calma...! No hay dos palabras en las que se encierren conceptos más relativos.

Hubo un tiempo en que las diligencias corrían tanto, que se las llamó seriamente «diligencias». ¡Dichoso tiempo en el que todos los deseos eran lentos y cercanos! ¡Quién tuviera su espíritu y un buen automóvil!

EL PERRO CHICO

El lector conocerá, seguramente, la historia de aquel hombre que, no poseyendo otro título ni otra distinción, se hizo poner en sus tarjetas un letrero que decía: «Suscriptor de *El Imparcial*». Esta historia, que es toda la historia de una vanidad, tendría un desenlace trágico si su protagonista hubiese viajado por los pueblos gallegos. Casas conozco yo cuyas puertas se cerrarían a cal y a lodo para el portador de la famosa tarjeta. El acto de suscribirse a *El Imparcial*, a *El Liberal*, a *España Nueva*, a *El País*, al *Heraldo* o a *El Mundo*, constituye en muchos lugares por donde yo he pasado toda una profesión de fe política y religiosa. Es casi casi un pronunciamiento, y si no se le castiga con la cárcel se le castiga con una especie de excomuni6n. Los curas

campesinos, solemnemente revestidos con las ropas litúrgicas, maldicen desde el altar a todos los suscriptores de los periódicos rotativos. La revolución del 68 se considera aquí por muchas gentes como una vasta difusión de *Imparciales*. ¡Conspiradores de la Puerta del Sol! ¡Viejos amigos de Villacampa y de Casero que sacáis humo de vuestras pipas para evocar, en sus espirales, las gloriosas memorias de la causa! Acordáos de estos héroes anónimos que, si pasárais por aquí, os darían la mano valiente que rasga a diario la faja de *El Mundo*, del *Heraldo* o de la *España Nueva*, y os dirían al oído:

—Yo soy de los de ustedes...

Bajo mi palabra, aseguro que en nada de cuanto digo tiene intervención la fantasía. La campaña emprendida contra la Prensa liberal se practica aquí constantemente, y recurriendo a toda clase de medios no ya sólo desde el púlpito, sino desde el confesionario. En mi pueblo se le ha negado la absolución a todos los suscriptores de *El Mundo*, de *El Imparcial*, de *El Herald*o y de *El Liberal*. Cada uno de ellos tuvo el mismo diálogo con el confesor:

—No le absolveré a usted mientras no se dé usted de baja en su periódico.

—Pero mire usted, padre. Yo necesito en-

terarme de lo que ocurre en el mundo. ¿Cómo quiere usted que deje el periódico?

—Suscríbase usted a uno de la buena Prensa.

—Eso no me compensará. La buena Prensa. ¡es tan mala!

—Pues yo no puedo absolverlo a usted. Y ninguno fué absuelto. Debo advertir que en mi pueblo el hecho de no recibir la absolución del confesor constituye para muchas gentes un verdadero conflicto. Todos los suscriptores de la mala Prensa quedaron en pecado mortal, y los que tenían recursos se fueron a buscar la absolución a Santiago. A Santiago van desde mi pueblo los enfermos incurables, y en la ocasión a que me refero fueron los pescadores inabsolubles. ¿Qué hicieron allí? ¿Qué sabios teólogos buscaron en la vieja Compostela para obtener la paz de sus almas? Ello es que volvieron al pueblo con una autorización especial para seguir leyendo sus periódicos sin peligro de las penas eternas. —«¡Cuánto puede el dinero!»—decían luego los suscriptores pobres.

Estos suscriptores no tenían medios de ir a Santiago. ¡Qué habían de tenerlos! Aquí es muy frecuente el hecho de constituir una Sociedad por acciones para suscribirse a un periódico de Madrid. Se reúnen tres o cuatro socios,

y entre todos ellos van pagando el importe de la suscripción con arreglo a una admirable teneduría de libros. El periódico pasa de socio a socio, y el último que lo lee se queda con él, indemnizándose así del tiempo que ha tardado en recibirlo.

Los periódicos regionales sufren también los ataques de «la buena Prensa», y acaso con más perjuicio que los periódicos de Madrid. Porque siendo ésta una guerra de empresas periodísticas contra empresas periodistas, se le exorna de un perfecto carácter sagrado. El perro chico, que no se puede conquistar con telegramas, se pretende atraer con sermones, con bendiciones y con excomuniones... ¡Jamás un perro chico habría resplandecido tanto!

LOS FOROS

La Prensa de Madrid apenas si ha hablado de esta cuestión de los foros, que tanto interesan a los campesinos gallegos. ¿Qué son los foros? ¿Qué objetivo persiguen los organizadores de la campaña contra los foros?

Los foros son todavía un poder feudal sobre esta tierra liberal. Esta tierra, que el siglo xx cultiva con sus máquinas y con sus abonos, sigue aún pagando impuestos al señorío de la Edad Media. ¡El laudemio! ¡La enfiteusis...! No todo son *Geórgicas* sobre la hermosura de estos campos, y esas bárbaras palabras que he puesto entre admiraciones se les aplican a ellos.

La tierra gallega no es completamente hermosa, porque es una tierra esclava. El que venga aquí y se prenda de ella, si quiere comprar

un trozo para habitarle o para cultivarlo, no importa que lo pague en dinero del siglo xx; dueño de la tierra, se hará esclavo del foro, y al cabo de los años, el importe de la renta sumará más que el importe de la compra.

El régimen de los foros proviene de una época en que la propiedad territorial estaba en manos de unos cuantos que no se bastaban a cultivarla. Bajo aquel dominio la tierra permanecía estéril, y entonces sus dueños la distribuyeron mediante el contrato foral. ¿Debe subsistir hoy ese contrato? Decir que sí equivaldría a decir que debe subsistir siempre.

Los organizadores de la campaña contra los foros proponen una solución armónica, bajo la tutela del Estado. «La propiedad territorial—dicen—se ha modificado en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en todas partes. La misma tierra de Rusia—que es tierra de esclavitud—no está en una relación tan directa con el feudalismo como esta hermosa tierra de Galicia.» «El señorío—añaden—se ha desquitado con creces del valor de las tierras que repartió; los colonos las han enriquecido, y cumplido el objeto circunstancial de los foros, nada más justo que poner estos bellos y fecundos campos en las manos justicieras del Derecho moderno.»

Recientemente, a los enemigos del foro se les ha ofrecido para su argumentación un ejem-

plo interesantísimo: el de la isla de Cortegada, en donde nada menos que el Rey ha llegado a encontrarse esclavo del señorío. Los antecesores del Sr. Quiroga Ballesteros habían adquirido del Estado un foro por 2.000 pesetas. Llegó el momento de comprar la isla y, según consta en escritura notarial, el Sr. Quiroga cobró por laudemio 29.000 pesetas. Computado y capitalizado el foro al 5 por 100—dicen los partidarios de la redención de foros—, no vale ni la cuarta parte.

Pero los foros no son únicamente una ruina. En muchos casos constituyen también una humillación. Casi todos se pagan en dinero; pero hay muchos que se pagan en especies: un ferrado de maíz, un cabrito, tres conejos... Aquí, en Pontevedra, hay una casa sobre la que pesa un foro verdaderamente vergonzoso. En el día de la Peregrina, el actual propietario del foro tiene derecho a ver la fiesta desde un balcón de esa casa y a que el dueño de ella le sirva un vaso de agua. Otro derecho semejante tiene, sobre una casa de Monforte, el actual conde de Lemus.

La Asociación protectora del Obrero, de Pontevedra, que preside el distinguido periodista y notable jurisconsulto don Prudencio Landín, ha sido la que, en un Certamen celebrado por agosto del año anterior, llamó la atención de

los pequeños propietarios gallegos sobre el asunto de los foros. Recogió luego la iniciativa la Sociedad de agricultores de Teis, y hasta la fecha se han celebrado ya seis importantísimos mítines antiforales, por este orden: en Vigo, en Pontevedra, en Orense, en La Coruña y en Lugo. Los diputados gallegos, cuyo concurso ha sido repetidamente solicitado para este asunto, apenas si se han ocupado de él.

—¿Por qué?—pregunto yo.

—Porque los foros—me han contestado—son también un arma electoral. ¡Ay de aquel que no vote al señor de su tierra! A poco que se descuide en el pago del foro, caerá sobre él una red de leyes entre cuyas mallas se quedará completamente preso.

La cuestión de los foros es el verdadero conflicto agrario de Galicia. Aquí, donde la propiedad está dividida y subdividida de un modo inverosímil, no existe la lucha de propietarios contra propietarios, sino la de agricultores contra los foros. ¡Libertad! ¡Derecho! ¡Democracia! ¿Para qué quiere ser libre el campesino gallego si su tierra es esclava? Y, sin embargo, ninguna tierra como ésta merecía el don divino de la libertad, porque esta tierra es bella y es buena, como una muchacha muy bonita y muy hacendosa que fuese, a la vez, para sus padres un orgullo y un sostén.

HISTORIA DE UN MIRLO

Durante los días que estuve en el pueblo me he pasado muchas horas en compañía de un mirlo. Era un mirlo librepensador, que no me hablaba en contra de mis ideas y que hasta parecía verlas con agrado. El lector convendrá conmigo en que es muy difícil establecer la filiación política de un mirlo. ¿Cómo vamos a averiguar lo que piensa un mirlo cuando todavía no hemos logrado saber lo que piensa el conde de Romanones? El mirlo y el cuco son dos pájaros igualmente enigmáticos, pero yo he supuesto que el mirlo de mi pueblo era un mirlo radical, y estoy seguro de no haberme equivocado. ¡Había que oírle cantar el himno de Riego! Pepe el zapatero—que más bien que dueño del mirlo era correligionario suyo—me decía:

—Todo eso—el himno de Riego y un poco de la Marsellesa—lo ha aprendido aquí. Otro cualquiera le hubiese enseñado la Marcha Real o un cuplet sicalíptico; pero yo soy un hombre de convicciones.

Lo era, en efecto, y de tal maestro salió tal discípulo. En el pueblo se inició una verdadera persecución contra aquel mirlo apostólico. Las beatas le difamaban en sus tertulias diciendo que tenía el diablo en el cuerpo, y cuando necesitaban componer sus botas, en vez de llevarlas a casa de Pepe, las llevaban a otra zapatería. «Antes de oír canciones inmorales—decían—preferimos ir con las botas mal compuestas.» Un día, desde su altar, el cura habló del mirlo, exaltando en contra suya el ánimo de los feligreses. Se pensó en matar al mirlo de una pedrada o por medio de una pócima, y la existencia del mirlo se vió seriamente amenazada. Sin embargo, el mirlo siguió cantando. Su historia de propagandista no se torció ante el peligro. Era un mirlo consecuente; aunque lírico, y su corazón de mirlo valía más que el corazón de muchos hombres.

Yo le tomé una gran simpatía a aquel mirlo maldito, que cantaba la libertad desde las rejas de una jaula y en cuyo pecho armónico todos los amores eran para ella. Llegaba al

taller de Pepe el zapatero, me ponía a silbar aquel himno que hacía taparse los oídos a todas las beatas, y en seguida el mirlo me respondía con las mismas notas. ¿Qué corazón no se hubiese conmovido? Cuando todas las gentes tienen para las ideas de un hombre un mismo sentimiento de hostilidad, ¿cómo no agradecer la simpatía y la comprensión de un amigo mirlo?

Y era que aquel mirlo no tenía intereses ni preocupaciones, como los vecinos del pueblo. No había hipocresías en aquel pequeño corazón de mirlo, ni rutinas en aquella lírica y blanda cabecita. No iba a la misa ni se confesaba el mirlo de Pepe el zapatero; pero era un buen amigo y cantaba bastante bien.

Un día le dije a Pepe:

—Usted le ha dado a este mirlo una educación liberal, pero lo ha esclavizado. Este proceder le pone a usted por debajo del mirlo. ¿Por qué no lo suelta usted?

Pepe se puso muy triste.

—No tengo otra compañía. Por causa del mirlo me he puesto a mal con todo el pueblo. El día en que el mirlo se me vaya o se me muera, será como el día en que se murió mi madre.

Hubo un momento de silencio, en el que

sólo se oía el martillo de Pepe machacando la suela. Yo comencé a silbar:

—¡Fi! ¡Fiii...!

El mirlo me respondió en seguida. A pesar de su prisión y de su abandono, seguía tan entusiasta como siempre.

EL MAR

Algunos amigos me han escrito desde Madrid pidiéndome mi opinión acerca del mar. «¿Es muy grande?»—me pregunta uno de ellos. Honradamente debo contestarle que no lo sé, porque no le he visto todo; vi un trozo en la ría de Arosa, otro en la de Marín y otro en la de Vigo. El mismo amigo me ruega le diga si el mar es bonito, y esta salida me pone en un aprieto. El mar—tal como se le ve—no es ni mucho más bonito, ni mucho mayor que el estanque del Retiro. Agua, agua salada que no sirve para beber: he aquí el mar. Ha llegado ya la hora de decirle la verdad a este monstruo tan orgulloso. El mar es un prestigio falso. No es bonito ni mucho menos. La hermosura se la dan las playas y las costas. Suponed el agua del mar en una

palangana, y a ver qué queda de su belleza.

«El mar debe ser un hermoso espectáculo»—me dice uno de mis amigos—. Con toda franqueza confieso que prefiero una sección de cinematógrafo. Me he pasado muchas horas fumando mi pipa frente al mar, y no me he divertido nada. El mar no tiene gracia, fantasía ni emoción. Los naufragios están muy mal organizados, y yo no he visto ninguno. El coro de gaviotas, regular. El coro de marineros, malísimo. Estos marineros están muy mal ensayados. En cualquier teatro de último orden, los marineros de marina salen vestidos con mucha más propiedad. Llevan pipas y rotabarcas, sombreros impermeables, chaquetones impermeables y botas hasta la mitad del muslo. Salen a escena y se balancean alternativamente sobre ambos pies, según una costumbre que los buenos marineros deben haber adquirido en las cubiertas de los buques.

El mar es muy inferior a su fama. Si vale algo es en el sentido industrial, como pesquería y como vía de comunicación. Los peces marinos, en efecto, son mejores que esos que fabrican en Madrid y que luego sirven en los cafés con salsa tártara o mayonesa. Pero, líricamente, el mar no tiene importancia ninguna. Al mar, como a muchos hom-

bres, les está perdiendo el afán de cambiar los negocios por la poesía.

Yo he ido por el mar en un vaporcito desde Marín a Vigo. He visto Marín, Buen, la isla de Fambo, San Jenjo, Portonovo, las islas de Ons, las Cies, Cangas, Moaña... «¡Qué hermoso mar!»—exclamó un amigo que iba conmigo. Era igual que si al recorrer en tren un paisaje suizo le dijese a uno: «¡Qué hermosos rieles!»

—Sin embargo—observó mi amigo—, toda esta hermosura es hija del mar. Sin el mar, como medio de vida, no se hubiese construído aquí una sola casa ni un solo pueblo. El mar sostiene a estas gentes y las procura una temperatura apacible, sin esos cambios violentos que le han descompuesto a usted los nervios en Madrid...

Era posible. Yo, mientras hablaba mi amigo, me mareé un poco, cumpliendo así un deber elemental de todo el que se embarca y a fin de darle verdadero carácter a aquella excursión marítima. El mar me produjo el mismo efecto que un discurso de Rodríguez San Pedro.

¡El mar! ¡La inmensidad! ¿Y la tierra?
¿No es también otra inmensidad?

LA PAZ DEL CAMPO

De toda esta ya larga bucólica, he venido a sacar en limpio una reflexión que brindo, desde estas columnas, a los defensores de la ciudad: la paz del campo es el aburrimiento. A menudo, en mis excursiones por los valles y por las sierras, he oído decir:

—¡Qué poético es todo esto! ¡Qué hermoso! ¡Lástima que no tenga alguna distracción!

Esto, en efecto, no tiene distracciones; pero por ello tiene la paz y la poesía. La poesía, en su sentido bucólico, es sencillamente un aburrimiento metrosilábico. Cuando yo haga un artículo muy poético en elogio de la paz campesina, será que estoy aburridísimo. Hasta ahora se había creído que la

poesía campestre sólo es aburrida al leerla; pero lo es también al escribirla.

Llega uno al campo, come, camina, duerme. No hay espectáculos, aventuras, ni conversaciones. A los pocos días comienza uno a ponerse muy triste y muy estúpido. Entonces no falta quien le diga a uno:

—Ya está usted más sosegado. ¡Qué diferencia entre esta vida y la vida agitada de Madrid! Aquello es un maremagnum. En cambio aquí, ¡qué paz!, ¡qué poesía! Todos ustedes debieran venirse aquí.

No comprenden que si todos nos viniésemos aquí, sería aquí donde fuese el maremagnum, palabra latina muy familiar en provincias. Creen que el bullicio de Madrid es un producto del suelo, como las fresas de Aranjuez, y que la paz campesina puede ser, al mismo tiempo, la paz ciudadana. Desgraciadamente la paz es la soledad, y la soledad—lo mismo en poesía que en filosofía—es el aburrimiento. Aquel que venga al campo con una mujer o con un amigo, y que se distraiga, no comprenderá la paz del campo.

En el campo se encuentra la paz por falta de bullicio, así como en Madrid se la encuentra por falta de dinero. ¡Cuántas gentes hay en Madrid que se aburren todos los días sin darle a su aburrimiento la menor importan-

cia! Pues ese mismo aburrimiento adquiriría en el campo una personalidad poética o filosófica que podría traducirse en máximas, como las de Séneca, o en versos, como los de Fray Luis. Toda la poesía que se encierra entre estos amplios horizontes, toda la paz que inunda estos dilatados valles, cabría perfectamente en una guardilla madrileña. Lo que ocurre es que el aburrimiento de las guardillas no tiene decoración, ni literatura, porque los literatos las alquilan para escribir desde ellas en honor del campo.

—¡Qué tranquilidad! Allá en Madrid, con tantos teatros, echará usted de menos este bienestar.

Al decir «este bienestar» quieren decirme «este aburrimiento». Ignoran que en Madrid hay teatros admirablemente dispuestos para aburrirse. Los críticos se meten con las obras aburridas, sin comprender todos la importancia lírica del aburrimiento, y el mismo público que se aburre suele protestar desaforadamente. Pero llega uno de los pateadores a provincias, se pasa tres o cuatro días en el campo, se aburre y dice:

—¡Qué sosiego más admirable...!

Pongamos las cosas en su lugar. La paz es, casi siempre, la inacción y la estupidez. Allí donde haya mucha gente reunida es don-

de habrá menos paz. El que desee paz debe ir a buscarla solo, y la encontrará en el campo mejor que en la ciudad, porque en el campo es donde podrá aislarse más fácilmente. La paz no huele a tomillo, no tiene forma de valle ni color verde. Es un don espiritual incompatible con el tumulto y que se encuentra generalmente en el campo; pero carece de exactitud la suposición de que la paz se da como el trigo, por virtud especial de algunas tierras. Buscad la paz campesina aquellos que la necesitéis; pero para buscarla tenéis que renunciar a hacer chistes, a descifrar jeroglíficos y a comentar discursos, estas tres nobles ocupaciones de la inteligencia moderna.

LA VIEJA COMPOSTELA

He llegado a Santiago a las siete de la tarde. ¿Cuántas campanadas necesita el reloj de la Catedral de Santiago para dar las siete de la tarde? No lo sé, porque no tuve la paciencia de contarlas. Yo soy un espíritu moderno, y ya mi amigo Sánchez Díaz, con su temperamento ágil e inquieto de viajante de comercio, ha observado que ningún espíritu moderno puede oír con calma una hora en el reloj de la vieja Catedral compostelana. ¡Reloj muy apto para un símbolo, en el que no se concibe cómo pueda medir su tiempo este siglo vertiginoso! A las siete el reloj de la Catedral de Santiago comienza a dar las siete; pero cuando acaba ya han salido todos los vehículos de las siete y ya han comenzado todos los espectáculos de las siete. Bien

se echa de ver que los santiagueños no tienen prisa y que su ciudad no es una ciudad cosmopolita ni industrial. Para llamar a las novenas y a los sermones, así como para anunciar las horas de ir a clase, basta bien la escasa actividad del vetusto reloj.

Santiago es una ciudad monumental. Al ver sus altas torres labradas que se elevan al cielo, alguien la ha llamado «el bosque de piedra». Un bosque de místicos cipreses, empapados casi siempre en esta finísima lluvia que—como el pan y los grelos—es una especialidad de Santiago, y que más que lluvia parece una nube. Lo que se echa de menos en Santiago son los *ciceroni*. Los santiagueños no se resignan a convertir a Santiago en un museo. Santiago es una ciudad, y una ciudad viva, aunque con una vida que al forastero le parece remota. Las catedrales son en todas partes una curiosidad para atraer turistas, menos en Santiago. En todas partes sobre las ciudades monumentales han levantado casitas modernas los *ciceroni*, los fondistas y los alquiladores de carruajes. En Santiago, no. Santiago es, tal vez, el caso único de una ciudad medioeval con un espíritu apenas influido de modernidad.

Hay una plaza en Santiago formada por estos cuatro edificios: la Catedral, el Hospital,

el Ayuntamiento y la Escuela Normal. Un día Castelar estuvo allí, y señalando sucesivamente los cuatro edificios que limitan la plaza exclamó:

—Religión, Caridad, Justicia y Enseñanza.

Los santiagueses se quedaron admirados de la perspicacia de Castelar, y a todo el que va a Santiago le enseñan toda la plaza y le repiten la frase. Una frase exacta, sin duda alguna, y que podía servir para hacer toda la psicología de Santiago. Porque toda ella está en aquella plaza donde la Justicia le deja sitio a la Caridad y la Enseñanza a la Religión, y donde no hay una fábrica ni un teatro, un lugar de trabajo ni un lugar de placer.

El espíritu arcaico de Santiago, que es como una sombra de la Catedral, se extiende en un diámetro de muchas leguas. Los campesinos de los alrededores de Santiago son los únicos campesinos gallegos que visten aún a la usanza tradicional, con sus calzones y sus *cirolas* y sus medias blancas. El gallego mismo adulterado en toda Galicia, porque no tiene palabras para pedir un billete del ferrocarril ni una cajetilla de 45, es más puro que en parte alguna en los labios ingenuos de estos campesinos, cuya vida es antigua, lo mismo que sus sentimientos. En casi toda Galicia los foros se pagan en metálico. En Santiago

siguen pagándose en especies, como en la Edad Media, y los campesinos van a ver a los señores cargados de aves, de frutas y de legumbres, en una pintoresca procesión.

Salí de Santiago para La Coruña a las ocho de la noche, en una diligencia que tardó nueve horas. En el cielo refulgía el camino de Santiago, hecho con arenas de luz. ¡Camino divino de la ciudad sagrada! ¡El mejor camino para ir a ella mientras no haya ferrocarril!

DE CONSTANTINOPLA A LA PROVIN- CIA DE PONTEVEDRA

Un día en Constantinopla recibí una postal de un buen amigo periodista. En ella se burlaba mansamente de mis artículos de política internacional. «Me asombra usted—decía—dos o tres veces todas las semanas. Es admirable. ¡Cuántas cosas serias sabe usted!»

Yo entonces le escribí poniéndole en el secreto de todo. «Le juro a usted que no sé nada, y le ruego que desvirtúe entre los amigos la creencia posible de que yo me he hecho un periodista serio. Mi ignorancia es, como antes, enciclopédica y audaz, y me disgustaría mucho el que la pusieran ustedes en duda. Eso de que los viajes ilustran es una forma de reclamo ideada por la agencia Cooch.

Pero yo he venido aquí para dar mi opinión sobre el asunto de los Balkanes, y por eso tomo a veces ese aire de gravedad que le ha sorprendido a usted. En cuanto a mis centros de información, son los mismos de todos los viajeros. Soy ya popular en las *maisons* francesas del barrio de Pera, donde me hago traducir los diarios turcos del modo más agradable que me es posible. Ya lo sé. Es un poco ridículo esto de que yo le dé consejos a Serbia, a la Rusia y a la Bulgaria. ¡Qué hacer! Me los dictan la Jeannette, la Camille y la Sylvie. Yo los traslado a las cuartillas, pero sin el menor entusiasmo, porque presumo que ni la Rusia, ni la Bulgaria ni la Serbia van a guiarse por mí. Y aquí me tiene usted, querido amigo, hablando de las naciones con la familiaridad de un hombre que hubiese pasado algún rato con ellas.

Yo podría escribir un artículo muy interesante contando cómo se informa en Constantinopla un periodista extranjero, y lo documentaría con anécdotas como ésta: El otro día conocí a una chica servia, muy bonita. Le hice un poco la corte, y ella me preguntó si yo era amigo del Austria.

—¿Amigo del Austria yo? ¡Esa antipática...? Nunca la he podido ver.

Entonces la muchacha me dijo que hiciese un artículo contra el Austria y que la llamase cochina.

—Si lo haces tendrás de mí todo lo que quieras...

LA CURSILERÍA DEL REGIONALISMO

Ahora llego a Galicia, y algunos paisanos suponen que yo he tenido devaneos con Málaga el verano pasado, que me he madrileñizado excesivamente o que soy un gallego-andaluz, según la frase de Pérez Lugín. El regionalismo gallego es de una cursilería desesperante. Hay que ser gallego «a mucha honra». Y para mí no es honra ser gallego, porque considero que también es gallego Cao y Durán. Galicia es un país encantador; pero tiene un inconveniente: el galleguismo. En Madrid, en Buenos Aires, en la Habana, en todos los sitios donde hay colonia gallega, se puede estudiar un tipo muy curioso, que es el del gallego profesional. ¡Gallegos que viven de ser gallegos y que llevan tantos o cuantos años de gallegos militantes! En las

últimas elecciones de concejales celebradas en Madrid salió triunfante el Sr. Vilariño, del Centro Gallego.

—¿Cuál es—le preguntaba yo a un paisano—la personalidad del Sr. Vilariño?

—¡Ah!, es un gran gallego—me contestó.

¡Un gran gallego! Es decir, un hombre que es más gallego que los otros. ¡No lo comprendo!

El regionalismo tiene en todas partes un defecto fundamental que ya le señaló Baroja al regionalismo catalán: el de sustituir con un problema casero los grandes problemas de nuestro siglo. En el caso concreto del regionalismo gallego, apenas si se trata de algo más que de una tertulia literaria. Si por azar se refieren alguna vez los regionalistas al problema agrario, por ejemplo, lo hacen de tal modo, que este problema parece exclusivo de Galicia. En una velada gallega celebrada el otro día en el teatro Español, el recaudador de contribuciones se presentaba en escena acompañado del Juzgado para embargar la casa de un campesino que debía no sé cuántos recibos.

—¡He aquí lo que se hace con los gallegos!—decía el campesino.

Un amigo vallisoletano que se sentaba a mi vera, se indignó:

—¿Es que acaso en Valladolid no nos cobran la contribución?

La obra era mala, y al final yo no quise aplaudir.

—Es usted un mal gallego—me dijo el vecino del otro lado.

—No. Es que la obra es mala.

—La obra es gallega, y basta.

Ya lo saben los *currinches* que quieran tener un éxito. Escriban en gallego.

PARA HACER VERSOS, COMPRAR PES-
CADOS Y HABLARLE A LAS GALLI-
NAS, A LOS PAJAROS Y A LOS AL-
DEANOS

Pero el gallego, que es un idioma dulce, armonioso y abundante en vocales, no sirve para la vida ni para la literatura. En gallego se pueden hacer algunas poesías—Rosalía las ha hecho maravillosas—, comprar algunos pescados y hablarle a las gallinas, a los pájaros y a las muchachas de aldea. Pero, ¿cómo va a tener nadie la pretensión, no ya de escribir una obra filosófica, sino de hacer en gallego un artículo político o una crónica periódica? No se habla gallego más que en las aldeas. En una ciudad de quinientos habitantes—en Villagarcía, sin ir más lejos—, el

gallego ya no alcanza para expresar las necesidades diarias de las gentes.

Es natural, porque el gallego se ha quedado atrás y porque toda la cultura de Galicia, desde muchísimos años a esta parte, se ha hecho en castellano. Ni siquiera hay unidad en el gallego, que, de aldea a aldea, se habla de un modo muy distinto. El gallego se va deshaciendo en el castellano, y esta es su obra: la de enriquecer el idioma común con buena cantidad de expresiones pintorescas y de giros nuevos.

—¿Va usted a la playa?

—Sí, señor; le voy. En casa no se le puede estar.

Una de las cosas más simpáticas de la sintaxis gallega es esta de dedicárselo todo al interlocutor.

—*Le* estuve muy malita, pero ahora ya *le* estoy buena.

Si los labios que lo dicen son bonitos, es cosa de dar las gracias galantemente.

Aquí, en las rías bajas, hay un giro que se presta a muchos equívocos: —¿Y luego?

Se dice «¿Y luego?» como en Madrid se dice «¿Entonces?», o «¿De modo que?».

Un amigo mío que fué una vez a Madrid entró, por equivocación, en una lechería a pedir un bock de cerveza.

—¿Puede usted darme un bock?

—No, señor. No tenemos.

—¿Y luego?

—Luego, tampoco.

HOTELES Y FERROCARRILES

No. No haya cuidado de que el regionalismo gallego llegue a poner nunca en peligro la integridad de patria. El regionalismo gallego no tiene razón de ser mas que como una protesta contra esos andaluces que les llaman gallegos a aquellos que no les convidan. Pase el regionalismo catalán, porque los catalanes necesitan disculpar con el regionalismo su mala pronunciación castellana. ¡Pero los gallegos!

—Yo no sé cómo le salen a usted con tanta soltura los artículos—me decía un día Ricàrdo Fuente—. ¡Usted que es un bárbaro! Yo creo que esa facilidad de escribir es cosa de las rías bajas...

Fuente me adulaba. Pero, descartándome de la alusión, es indudable que los de las rías

bajas tienen un sentido del castellano tan claro, por lo menos, como los de Valladolid. ¡ Como que aquí está la entraña del idioma! ¿ Qué necesidad de un idioma aparte? ¿ Para qué vamos a empeñarnos en cultivar el gallego si nos resulta tan sencillo expresarnos en castellano?

—Pero usted—suelen decirme por aquí—no es un verdadero amigo de Galicia.

—No. No soy amigo de ninguna región ni de ninguna provincia. Yo creo que se puede ser amigo de una muchacha, de un compañero—que ya es mucho decir—y hasta de un senador vitalicio. Pero las amistades con las provincias me parecen demasiado presuntuosas. Jamás he comido con ninguna. Y a este respecto es al que he contado la historia de mis relaciones con los Estados balcánicos.

Galicia no necesita de regionalismo. Lo que necesita son hoteles y ferrocarriles. Si los regionalistas gallegos se dedicaran a hacerlos en vez de decir en versos malos que Galicia es lo más hermoso del mundo, cumplirían con su verdadero deber.

LA VEJEZ DE LAS COSAS

El grande hombre encuentra chico su pueblo.

—¿Quién ha cambiado mi pueblo? Las casas son más chatas, los techos más bajos, las calles más estrechas.

—Es que has crecido—me dicen.

—El grande hombre—añade un humorista local—no tiene holgura en su pueblo.

Yo creo que es cuestión de perspectiva. Si el lector es de un pueblo y ha regresado alguna vez a él, después de una larga permanencia en la ciudad, ¿no le ha sorprendido, como ahora me sorprende a mí, la pequeñez material de todas las cosas?

Yo encuentro mi pueblo más pequeño, más viejo, más triste. Esta tarde, aburrido y curioso, he subido al desván de mi casa. Yo te-

nía la idea de un desván amplio, enorme, en donde se podía jugar libremente al escondite. He precisado bajar la cabeza para entrar, y me he encontrado un cuchitril. Arrumbado contra una pared estaba un arcón. ¡Cuántas veces oculto en ese arcón he oído yo los gritos de mi padre que me buscaba para hacerme estudiar!

—No sé dónde se mete ese chico—decía—. ¡A no ser que esté en el fondo de algún baúl!

Y, en efecto, yo estaba en el fondo de un baúl. Tengo desde muchacho el hábito de esconderme en los baúles que me puede ser tan útil ahora, en la edad de las conquistas. Pero ¡qué viejo estaba aquel baúl amigo! ¡Qué pesado! La madera, carcomida; la tela, deshecha; la cerradura, mohosa... Fuí a abrirlo, y los goznes parecía que se quejaban.

Poco después me decía mi madre:

—¿Te acuerdas de la *Faneca*, la hija de la señora *Faneca*?

—Sí.

—Se ha muerto.

—¡Pobrecilla!

—¿Y Antón, Antón el *Furriñas*? ¿No sabes? Aquel que tenía el genio tan vivo.

—Sí.

—Pues también se ha muerto.

Yo le pregunto por José *el de las Cunelas*,

por Andrés *el Garboso* y por las hijas de la señora Pepa.

—José murió, y Andrés se fué a Buenos Aires. Las hijas de la señora Pepa eran tres. La mayor se ha muerto, la más pequeña se fué también a Buenos Aires y la del medio se casó. Ya tiene dos hijos que son mozos.

Resulta que de la mitad del pueblo, la mitad se ha muerto y la otra mitad se ha casado o se ha ido a Buenos Aires. Todo ha envejecido. Las casas son más pequeñas, los cristales están más sucios, las sillas más cojas... Y, en un instante, el poeta se da cuenta también de que vuelve un poco viejo a su patria y de que las brisas del mundo, siquiera hasta ahora han sido primaverales, no despeinaron en vano su cabeza.

Hace viento. Se oyen rumorear las hojas de los árboles vecinos. Una racha violenta abre de golpe una puerta que estaba mal cerrada. Otra racha—tal vez la misma—nos trae el aullido de un perro y nos deja sin luz.

UNA PÁGINA DE HISTORIA

EN LA TIERRA DEL MECO

Para los responsables del desastre.

Camino de la Toja, me he detenido unas cuantas horas en el Grove. Probablemente el lector creerá que el Grove no es nada más que un título del conde del Grove, cuando lo que ocurre es todo lo contrario: que el conde es el único título del pueblo. ¡Un pueblo pintoresco, laborioso y jovial, que se alimenta a base de mariscos! No quiero desacreditar a la Viña P, donde presentan los mariscos con relativa exactitud; pero lo cierto es que en Madrid, y fuera de ciertos centros, no se conoce apenas marisco ninguno. ¡La ostra, el

langostino, la almeja y el percebe, del que no se tiene una idea completamente literaria. Eso es todo. Hay algunas referencias acerca del cangrejo; pero son falsas. El cangrejo, señores, no anda para atrás. ¿Quién habrá sido el autor de esta infame calumnia que ha pesado por tanto tiempo sobre la coraza del cangrejo? Yo sé todo lo que se arriesga al ponerse en contra de un movimiento de opinión tan formidable, y probablemente, el cangrejo no valdrá la pena de un movimiento romántico. Pero en cumplimiento de mis deberes informativos, yo debo decir que el cangrejo no anda para atrás. En primer lugar, ¿quién ha visto el Universo con los ojos de un cangrejo? Lo que para nosotros está delante puede para el cangrejo estar detrás, y viceversa. Por otro lado, yo creo que todo el mundo va hacia adelante, no siendo los liberales y los cordeleros. Se va hacia un punto, y hasta que se le ha traspuesto, aquel punto está delante de uno. Si se va en dirección contraria, el punto se queda atrás; pero como se va en dirección contraria, no se puede afirmar que se va hacia atrás. Es decir, que nunca se va hacia atrás.

—Está usted en un error—me ha dicho un amigo a quien le expuse estas consideraciones—. El término de comparación son los ojos.

El que va hacia un sitio dirige los ojos a él y va hacia adelante. Pero supóngase usted que de pronto, sin dar vuelta, se pone a dar pasos en sentido contrario. Entonces va hacia atrás.

El sofisma sería incontrovertible si no existiesen los ciegos. ¿Es que los ciegos andan para atrás? Pero el caso es que el cangrejo anda en la misma dirección de sus miradas y viendo siempre el camino que va a recorrer. Los he observado con una gran atención, y estoy completamente seguro de lo que digo. Lo que ocurre es que el cangrejo tiene muchas patas y que, a veces, por no molestarse en dar una vuelta completa, se pone a mirar de reojo y anda de lado. En resumen: que el cangrejo no es, precisamente, lo que se llama un *marchoso*. Su facha es fea y su andar desgarbado; pero no anda hacia atrás.

Perdone el lector esta digresión, que vuelvo al Grove inmediatamente. Los mariscos del Grove, después de haber fortalecido a los grovenses o groveños, sirven para una de las industrias más antiguas de Galicia: la de las conchas de mariscos. Con esas conchas se hacen verdaderos objetos de arte recubriendo cajas y otra porción de objetos. Pero mi objeto es otro.

El Grove—digámoslo de una vez—es la tierra del *Meco*. El señor Montero Ríos ha con-

tado ya en el *Diario de Sesiones* este cuento picaresco y jacarero, ahorrándome el trabajo de una reconstrucción total. Pero ¿quién era el *Meco*? ¿En qué época vivió? ¿Por qué lo mataron?

En el Grove circulan diversas versiones, porque la historia es remota y ha sido transmitida de abuelos a nietos en las veladas familiares. De todas estas versiones, la más extendida y la más verosímil es la que le atribuye al *Meco* el estado sacerdotal. El *Meco* era el cura del Grove, y seguramente vivió, poco más o poco menos, por los mismos años del arcipreste de Hita, aquel cura sinvergüenza, de buena mesa y blanda cama, que le hacía versos a las muchachas y otras cosas peores. Entonces la fe era respetada, y un arcipreste o un capellán podía de vez en cuando rendirle el debido honor a sus feligreses, sin peligro de que lo sacasen en *El Cencerro*. El cura de Grove era uno de aquellos curas. Comía, como ya he dicho que se come en el Grove, unas comidas a base de mariscos. ¡Pero mariscos de verdad, clientes de la Viña P, de Morán y de la Bombilla: langostas sin pintar de encarnado, vieiras, nécoras, centallas, sanduriñas, berberichos y caramujos! Al ensayar la pronunciación de estos nombres, ¿no advertís ya cierto sabor de mariscos en la boca? ¿Y

tenéis vosotros un término de comparación para el sabor y para el olor del marisco?

El cura del Grove lo buscaba. Creo que era buen mozo, que tenía un carácter fácil a la familiaridad de las muchachas. Se iba a hacer sus digestiones a la playa, donde las mujeres trabajaban metidas en el mar con las faldas recogidas hasta más arriba de la rodilla. ¡Y parece que ya eran bonitas las mujeres de Grove en aquella época! Por lo menos al *Meco* no le disgustaban.

Un día se puso en entredicho el honor de una muchacha, y las malas lenguas mezclaron el nombre del *Meco* en el asunto... La cosa fué creciendo, creciendo... Se habló de otras mujeres. Se habló de casadas, de solteras, de viudas. Al principio el *Meco* tenía algunos defensores.

—Es un santo.

—¿Y los chicos?

—El *Meco* es el padre de todos...

Hasta que un día de un año el *Meco* apareció colgado del campanario. Vino la justicia, jueces, escribanos, corregidores. Un escribano iba de casa en casa con un tintero de cuerno y una pluma de ave:

—¿Quién mató al *Meco*?

—Lo matamos todos...

Estos son los detalles que en el lugar del suceso he podido adquirir sobre la borrosa figura del *Meco*.

Se los dedico a los autores del desastre como un complemento de la anécdota explicativa que en aquellos días de luto le ha contado al país el señor Montero Ríos.

CAMBADOS

Un poco de aticismo en la ría de Arosa.

Cambados es el terror de la ría de Arosa. Un pueblo de abogados, de notarios, de escribanos, de jueces y de alguaciles, que se pasan la vida escribiendo en papel de oficio. Hay que conocer a estos campesinos socarrones, cazurros y pleiteantes que saben todas las interpretaciones de que es susceptible un artículo del Código sobre la propiedad privada, y que le darían cien vueltas a un abogado forastero, para comprender el mérito de la curia de Cambados, que es, como digo, el terror de la comarca. Aquí, cuando un campesino le dice a otro que va a llevarle a Cambados es cosa de echarse a temblar.

Cambados tiene un espíritu ateniense. En

la maleta de un veraneante caben muy pocos libros, y por eso yo no he traído conmigo la *Historia de Grecia*, de Hipólito Taine, en donde hay unas cuantas páginas con las que me sería posible justificar para Cambados el sobrenombre de Atenas de la ría de Arosa. Habla el ilustre historiador de aquellos sofistas, ergotistas y silogistas que se congregaban para discutir bajo los pórticos de Atenas. Dominaban la lógica y la dialéctica y demostraban todo lo que querían: que lo blanco era negro, por ejemplo, y el día noche. «Pues Atenas—pensé yo, cuando leí las páginas de Taine—debía ser una especie de Cambados.» Y, en efecto, es muy semejante. Además, el paisaje de las rías gallegas, pobladas de islas, se parece mucho a los paisajes del archipiélago griego, sobre todo en estos días en que el espacio tiene una transparencia y el cielo una serenidad que muy bien pueden llamarse helénicas. La analogía es completa con el sentido tan fácil que hay aquí acerca de la moral y de la vida. Basta irse a la playa y escarbarla un poco para encontrar en ella una abundante y sana alimentación de mariscos. Las brisas son blandas, las campiñas risueñas. Y si todo no bastara para llamar a Cambados la Atenas de la ría Arosa, yo se lo llamaría a pesar de todo. ¿No se le llama a San-

tiago la Atenas de Galicia, y a Valencia la Atenas de Levante y a Oviedo la Atenas de Asturias. Por humilde que sea un pueblo siempre podrá ser la Atenas de otro.

De Cambados a Villagarcía hay una encantadora carretera de dos leguas que avanza entre playas y bosques. Villagarcía es más moderna que Cambados, más comercial, más elegante. Allí van los trenes y las escuadras. Pero Cambados me parece, en cambio, una ciudad señorial. Está llena de viejos palacios y de umbrías alamedas formadas por árboles centenarios. ¡Centenarios de verdad, y no como esos de los que habló un día en el Congreso el Sr. Nougués: «Árboles centenarios que tienen, lo menos, treinta o cuarenta años cada uno.» ¡Silenciosa y retirada, Cambados está como si sintiera el cansancio de la vida, y yo le encuentro un gran aire de distinción y de nobleza, a pesar de la curia.

Una cosa de la que tienen fama los de Cambados es de borrachos. El vino es bueno, y la vida no parece muy divertida... Pero yo no hago más que recoger un rumor, y no quiero atraer sobre mí las iras de los cambadenses.

Cuando yo estuve en Cambados había fiesta y predicaba el padre Luis. Es un franciscano que llegó a Cambados por primera vez hace más de treinta años. Tenía una buena

figura y una voz poderosa. Además, parece que era un hombre mundano, alegre y tolerante. Las muchachas se quedaron encantadas con él, y desde entonces el padre Luis va a predicar a Cambados todos los años.

—Es un compromiso—dice el padre Luis—. Debían llamar a otro, porque yo ya les he dicho a los de Cambados todo lo que sé.

La voz está cascada. «¡Había que oírle hace treinta años!»—dicen las devotas a quienes el padre Luis les recuerda la juventud—. Y lo quieren mucho, porque el padre Luis sabe de muchas de ellas que también tuvieron en el mundo horas de felicidad...

Y así es Cambados. Dicen que ha sido una ciudad importantísima en tiempo de los fenicios. En un rincón batido del mar se yergue el esquinual de una torre que los arqueólogos suponen mandada construir por el arzobispo Gelmirez para defender la ría contra las invasiones de los normandos. Hoy es el tema obligado de todos los poetas locales.

Yo he pasado un día muy agradable en Cambados, y quiero dedicarle estas líneas como recuerdo.

LA ESCUELA RURAL

Recuerdos de un lugar de tortura.

El viejo maestro está orgulloso de mí. Ha oído decir que escribo bien, y él lo considera como un triunfo.

—Ya, desde que eras muy pequeño, le dije a tus padres que llegarías a escribir bien. No había otro para la letra inglesa.

Pero también le han dicho que soy un poco hereje, y esto le disgusta.

—¡Cuidado que yo hice todo lo posible por educarte como es debido! Pero el catecismo no te entró nunca en la cabeza.

Hoy he pasado por delante de la escuela y el maestro me invitó a entrar.

—¿No quieres recordar tus buenos tiempos?
¡Mis buenos tiempos! Al trasponer el um-

bral me invadió una sensación retrospectiva de miedo y de angustia. Estuve por escaparme, lo que no le extrañaría gran cosa al amigo don Joaquín, ya que no sería la primera vez que lo hiciera. Pero me repuse al instante. Total, a mí no me iban a enseñar nada.

Habría unos cincuenta chicos escribiendo palotes en el papel Iturzaeta, sobre unas cuantas mesas largas, negras, horribles.

—Tú, Juanito — dijo repentinamente el maestro dirigiéndose a un chico—, ya te se ha caído un borrón.

Se fué hacia el chico y le dijo :

—Pon la mano.

Juanito alargó una mano llena de miedo y de tinta. Entonces el dómine empuñó el puntero y lo descargó con furia tres veces consecutivas sobre aquel remo criminal. Juanito prorrumpió en ayes desgarradores mientras sacaba la lengua y la pasaba sobre el borrón.

—Pero ¿no le hará daño esa tinta, don Joaquín ?

—¡ Quiá ! Para aprender a escribir es preciso tragar mucha.

Pero el muchacho no debía tener grandes aspiraciones literarias, porque estuvo escupiendo tinta más de un cuarto de hora.

A mí todo aquello empezó a sentarme mal. No hay nada en los pueblos que me aflija

tanto como las escuelas. Yo tengo de la escuela el recuerdo de un lugar de tortura adonde me enviaban mis padres para castigarme. Hay ciertas cosas que no se olvidan jamás, y yo nunca me olvidaré de que siendo muy pequeño hice un día no sé qué trastada en casa.

—A este chico es inútil pegarle—dijo mi padre—, porque no se consigue nada. Habrá que buscar un castigo más eficaz.

Y al cabo de un rato, añadió:

Desde mañana lo mandaremos a la escuela.

Cómo será la escuela cuando sirva de amenaza para los chicos. Las tres horas de por la mañana y las tres de por la tarde constituyen un verdadero suplicio. Los locales son infectos y pequeños. Las enfermedades de suciedad se hacen en ellas comunes a todos. Y al cabo de seis o siete años sale uno de allí sabiendo las cuatro reglas, escribir al dictado, los quebrados, las fábulas de Iriarte y el catecismo del padre Astete. Pero ¿qué importa el haber aprendido poco o mucho? Lo malo es que de la escuela se sale con un odio terrible al estudio.

—¡Qué diferencia—me dice el maestro—de ahora a cuando venías aquí! La verdad es que eras travieso.

Don Joaquín no me perdona una pequeña lección que yo le he dado un día. Tenía este

don Joaquín la mala costumbre, cuando se nos caía algún borrón sobre el cuaderno, de darnos unos cogotazos espantosos. Una vez que le vi venir hacia mí con intención de castigarme yo me llevé la mano a la nuca, como si lo hiciera por un movimiento instintivo, pero sin abandonar la pluma, que puse con la punta hacia fuera, como si fuese una lanza. Don Joaquín, sin fijarse, descargó la mano sobre mi pescuezo y lanzó un alarido terrible. Aquel día se levantó la clase dos horas antes que de costumbre, y don Joaquín fué a enseñarle al médico una herida que manaba tinta.

—¿Te acuerdas?—me dice.

Luego me presenta a los alumnos más aventajados; dos grandullones a quienes ha conferido los títulos de inspector de clase e inspector de orden. Yo he disfrutado también de ambos cargos bajo la férula de don Joaquín. Eran honorarios; pero tenían lo que se llama «manos sucias». ¡Las inmoralidades que yo he cometido, dicho sea en el mejor sentido de la palabra, abusando de mi influencia! Yo era corruptible a cualquier precio, que lo mismo se me podía pagar en alfileres que en botones o en calcomanías.

Termina la clase, y los alumnos se ponen a cantar la tabla: «Dos por una es dos; dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...». ¡Cin-

co, seis, siete años cantando siempre la misma estúpida canción! ¡Para qué se desarrolla la fantasía infantil...! Por fin se oye un coro formidable. «Diez por diez, cien.» Y los chicos salen a la calle con la misma alegría con que pudiesen salir de un presidio.

LA RÍA DE AROSA

Una sorpresa para los madrileños.

Acabo de recibir una carta de Madrid, dirigida a la ría de Arosa. Como yo voy siendo ya popular en la provincia—a pesar de haber nacido en ella—la carta ha llegado a mi poder. Pero era una carta literaria, que no contenía dinero, y esta circunstancia me permite reconocer que debiera haberse extraviado. Dirigir una carta a la ría de Arosa es igual que dirigirla al Cantábrico o al Mediterráneo. Por lo visto mis amigos de Madrid se imaginan que yo estoy metido como el pez en la ría, y esta suposición ignorante es igualmente ofensiva para la ría que para mí.

Cuando más, en Madrid se figuran que las rías son un femenino de los ríos, y no hay

manera de explicarles lo que es, por ejemplo, la ría de Arosa! ¡Esta ría de Arosa, que en Inglaterra y en América tiene más popularidad que en todo el resto de España! Hay aquí lo menos quince pueblos importantes, con su carretera a la puerta, y los barcos en el puerto, y con una industria propia, de la que viven ellos y las aldeas circunvecinas. Desde una orilla de la ría de Arosa apenas si en los días muy claros se divisan como manchitas blancas los pueblos de la orilla de enfrente. Porque la ría de Arosa no sólo es mayor que el estanque del Retiro, sino que ella sola tiene muchos más habitantes que cualquier provincia del interior de Castilla. En el centro está la isla de Arosa, cuya circunferencia no bajará de seis leguas y cuya población pasa de 3.000 almas. Hay otras islas menores: Rua, La Toja, Cortegada, y a la entrada de la ría se levanta la mole soberbia de la isla de Sálvora, como un centinela gigantesco que custodiara un tesoro.

Todo esto es mucho más conocido de los ingleses y de los americanos que de los madrileños. Los madrileños que veranean se van a Ostende, adonde llegan mucho más pronto que llegarían a Villagarcía. Luego, durante el otoño, comen en Madrid las ostras del propio Ostende, posponiendo los riquísimos mo-

rrunchos del Carril, Arcade y Puente Sampa-
yo, que podrían competir con las ostras de
Ostende por el sabor; pero que resultarían ca-
rísimos a causa del precio de los transportes.
Y como es tan absurdo que cueste menos en-
viar a Madrid ostras desde Francia que desde
España, yo comienzo a sospechar si habrá en
Madrid alguna fábrica de ostras de Ostende,
como decía Gautier que la había en París:

De vez en cuando acierta a caer por aquí
algún madrileño, y así es como, dos o tres
veces en cada temporada, se descubre la exis-
tencia de la ría de Arosa.

—Yo no tenía la menor idea de esto—dice
el madrileño sorprendido—. Esto es una ma-
ravilla.

Sí, señores; es una maravilla. Yo lo ase-
guro, bajo mi palabra de honor, que vale mu-
cho más que un párrafo descriptivo. El mar
es bastante más hermoso que la calle de Ja-
cometrezco, sobre todo este mar de las rías,
que no sé por qué se llaman rías bajas.

Pero yo creo que esta misma hermosura es
lo que adormece a los industriales gallegos, y
que por esto no hay aquí hoteles, teatros, fe-
rrocarriles, ni apenas nada...

Y que es por lo mismo por lo que no viene
la gente...

Ría de Arosa.

EN LAS CARRETERAS VIRGILIANAS

EL AUTOMOVILISMO

*Los dos miedos: el de ir
dentro y el de ir fuera.*

Todavía hoy, cuando un automóvil pasa echando lumbre por la carretera, si alguien pregunta adónde va le dirán que no va a ninguna parte. Eso de que el automóvil iba a ser un elemento industrial, no se ha realizado mas que en lo referente a la industria de automóviles. En la carretera de Santiago a La Coruña hay un servicio de automóviles para los viajeros; pero estos automóviles ni van de prisa ni son automóviles. «Automóvil» es lo que se mueve por sí mismo, y, en este sen-

tido, resulta mucho más autom6vil un peat6n que uno de los coches de Santiago a La Coru6a. ¡Cu6ntas veces en el camino de Santiago han tenido que apearse los viajeros y ponerse a empujar el coche para llegar con cierto decoro al punto de destino!

Hasta ahora no se ha dado el caso de que vayan aprisa mas que los autom6viles de las gentes ociosas. ¡Debe ser tan agradable eso de llegar pronto a un sitio en el que no se tiene nada que hacer!

—¿Y a usted no le gustar6a ir en autom6vil?—se le pregunta a una de estas se6oritas locales que salen a pasear hasta la carretera.

—¡Ay, no! Me dar6a mucho miedo.

El autom6vil ha creado dos miedos nuevos, dos nuevos escalofr6os, estremecimientos... o «temblores», como ha traducido do6a Emilia Pardo Baz6n del franc6s *frisson*: el miedo de ir dentro y el miedo de ir fuera.

—Pero si tambi6n le da a usted miedo estar fuera—le digo a mi amiguita.

Entonces ella se pone a maldecir del inventor del autom6vil. El autom6vil ha tra6do una verdadera perturbaci6n a estas carreteras virgilianas, de las que ha abolido la quietud y a las que ha importado la gasolina. Los que van a pie y los que van en diligencia, que hasta hace poco se aborrec6an mutuamente, se han

puesto ahora de acuerdo para odiar al enemigo común, que es el automóvil. Los campesinos le injurian, las mulas le huyen, los perros le ladran, los chicos les ponen piedras por delante, las gallinas le cacarean... Ahora que Ricardo Burguete está en Melilla, donde no tardará en hacer efectivo el grado de general que hace tiempo le habíamos otorgado ya graciosamente sus amigos, voy a contar una anécdota suya que fastidió bastante a muchos automovilistas.

Veraneaba Burguete el año pasado en un pueblecillo de Asturias, en una casa que daba a la carretera. Un día se paseaba por la carretera al frente de sus seis o siete hijos, cuando un automóvil pasó disparado a la vera del grupo. Y por una fausta casualidad no atropelló a una de las criaturas. Instantáneamente Burguete saltó al interior del coche, y allí hizo mérito para una nueva laureada a una velocidad de ochenta kilómetros por hora. Llegaron a un pueblo, intervino el alcalde, y todo el pueblo se puso en manifestación de parte de Burguete. Al otro día apareció en la carretera un cartel con esta inscripción: «¡Automovilistas!: ¡peligro de muerte!». Los automovilistas llegaban y se detenían:

—¿Qué es éso? ¿Hay algún puente en ruinas?

—No, señor. Es el Sr. Burguete que vive ahí.

Yo no he sentido nunca el placer del automovilismo, porque siempre he ido conducido. Yo creo que en el automóvil el que goza es el *chauffeur*, y no lo digo por ninguno de esos mecánicos donjuanescos que huyen con las princesas y con las burguesas. El placer del automóvil es el placer del dominio y de la responsabilidad. «Yo soy el amo—puede decir el automovilista—. Delante de mí hay veinte kilómetros de carretera. Pues bien; yo los hago desaparecer en veinte minutos. Una distracción mía, un error, puede hacer que el coche se estrelle con todos los que van dentro... y con los que van fuera; pero yo tengo la vista clara y el pulso firme, y venzo el peligro. Yo soy el amo.»

Desgraciadamente, de todas las veces que yo he ido en automóvil, nunca he podido decir: Yo soy el amo, ni creo que llegue a poder decirlo nunca. Pero yo creo que los automóviles son más útiles para los que van a pie que para los que van dentro, de los que ya se sabe que no tienen que llegar a ninguna parte. Gracias al automovilismo se han mejorado mucho las carreteras y se ha establecido un beneficioso contacto entre las ciudades y los pueblos. ¿No vale esto el sacrificio

de algunas gallinas y el espanto de algunas mulas? Y, además, el automóvil es un gran estímulo de la voluntad.

Un automóvil que pasa de prisa por una carretera desarrolla más enérgicamente la voluntad de los transeúntes que todos los libros de Shopenhäuer. Primero desarrolla la voluntad de atropellar a los automovilistas y luego la de huír, de decidirse rápidamente, en el término de unos cuantos segundos, por una o por otra margen. ¿Quién duda que los chicos de las ciudades, en donde el tránsito de vehículos es continuo, son mucho más vivos y más despiertos que los chicos de las aldeas? Pero la razón fundamental es otra, a saber: que siendo cada día mayor el número de automóviles, es menor el de atropellos.

—Es que se ha regulado la velocidad de los automóviles—dicen algunos.

No, señor. Es que para evitar las víctimas del automovilismo no basta saber *andar* en automóvil. Era preciso saber andar fuera de los automóviles.

EL ARTE DE TIRAR BOLITAS DE PAN

RODRÍGUEZ, CAMPEÓN DEL MUNDO

Historia de un proyecto fracasado.

Ayer pasaba yo por la calle de la Oliva cuando me dieron en la punta de la nariz con una bolita de miga de pan.

—Por aquí—pensé yo inmediatamente—debe andar el amigo Rodríguez.

En efecto. Rodríguez, que estaba oculto en un portal, salió en seguida a mi encuentro:

—¿Me conociste?

—Sí, hombre. ¿Cuándo has venido?

—Hace ya muy cerca de una semana que ando por aquí.

—¿Y a qué te dedicas? ¿A tirar bolitas de miga de pan?

Le contaré al lector la historia de este hombre extraordinario que se dedica a tirar bolitas de miga de pan. Cultiva este *sport* desde su más tierna infancia, y ha llegado a dominarlo de un modo prodigioso. No tuvo nunca otra cosa que hacer. Los libros le aburrían, y Rodríguez se metía un panecillo en el bolsillo y se pasaba las horas haciendo blancos con bolitas de miga. Desde luego se puede afirmar que Rodríguez es el campeón del mundo en el arte de tirar bolitas de miga de pan. Tiene una fuerza tan grande en los dedos, que cogiendo un garbanzo entre el pulgar y el medio, lo arroja a la altura de un tercer piso y rompe un vidrio. Pero la fuerza es lo de menos en el arte de tirar bolitas de miga de pan. Lo principal es la puntería, y Rodríguez en donde pone el ojo pone la bolita. A los quince años no pasaba un día sin que Rodríguez matara media docena de gorriones con bolitas de pan. Era ya un maestro en su arte; pero Rodríguez estaba llamado a alcanzar un grado de perfección inédito hasta el presente en la historia de los hombres que se han dedicado a tirar bolitas de miga de pan.

Lo maravilloso es que Rodríguez está mano a mano con usted y le tira a usted cincuenta bolitas a la cara sin que usted se las vea ti-

rar. Rodríguez no apunta nunca directamente al blanco. Para darle a un hombre que está a su lado, lanza la bola a la pared de enfrente, en donde rebota y toma la dirección precisa. El agredido, que ha advertido la dirección del proyectil, no puede desconfiar de Rodríguez, y—si la escena ocurre en un establecimiento público—le buscará cuestión a cualquier parroquiano inocente antes que al verdadero autor del disparo

¿Que no es interesante la historia? ¡Ay! Yo cambiaría de buen grado el arte de hacer crónicas por el de tirar bolitas, que me parece mucho más humorista. Entonces cuando quisiera poner en ridículo a un contemporáneo, en vez de escribirle un artículo le arrojaría una bolita de miga de pan. Precisamente yo he pensado una vez en utilizar a Rodríguez en este sentido; pero yo no soy un hombre de acción: le conté el proyecto a los amigos y ya no podré realizarlo nunca. El proyecto consistía en llevar a Rodríguez a una tribuna del Congreso un día de sesión solemne. Se levantaría a hablar el señor Maura, y entonces Rodríguez comenzaría a tirarle bolitas de miga de pan. Una en la nariz, otra en la boca, otra en la barba, otra en una oreja... ¿Quién puede prever lo que ocurriría? Luego intervendría en el debate el señor Azcára-

te, quien es seguro que se pondría como un basilisco ante la lluvia de las bolitas.

Yo no sé lo que pasaría. Probablemente la sesión acabaría de un modo ridículo. Es posible que los diputados se fuesen a las manos creyéndose mutuamente autores de la broma. Por la noche los periódicos hablarían del suceso haciendo toda clase de conjeturas acerca de él, y al día siguiente yo explicaría minuciosamente lo ocurrido, contando la historia del hombre de las bolitas, que pasaría a ser el hombre del día.

Porque es seguro que nadie desconfiaría de Rodríguez. Rodríguez tiene una cara de primo que le pone a salvo de toda sospecha. En realidad, es un infeliz, y por eso, en vez de hacer otras cosas, se ha pasado la vida tirando bolitas de miga de pan. En cuanto al éxito, sería segurísimo. Un día, Rodríguez se puso a tirar bolitas en el café de Correos, y todos los parroquianos se fueron a las manos. Se armó una tremolina espantosa; los platos volaron de mesa a mesa y Rodríguez salió a la calle con la tranquilidad del que nunca ha roto ninguno. Otro día, se casó un amigo de Rodríguez en Villaviciosa: Al banquete nupcial asistieron más de cincuenta invitados, entre los que figuraban todas las autoridades locales. Empezó el almuerzo, y Rodríguez se

puso a tirar bolitas. Al principio se tomó la cosa a broma; pero luego se consideró que ya era una broma demasiado pesada. El alcalde, que era el blanco predilecto de Rodríguez, se enfureció, dirigiéndose a unos muchachos del pueblo.

—Sois vosotros. Las bolitas vienen de ahí. ¿Qué pensarán los forasteros?

Y el único forastero era Rodríguez.

Como ésta son muchas de las hazañas de Rodríguez, que reside en Madrid desde hace algunos años. Estoy seguro de que entre mis lectores madrileños habrá muchos que digan:

—¡ Hombre! Pues es posible que este Rodríguez sea el que aquella vez...

Ahora Rodríguez se encuentra pasando unos días en su pueblo. El grande hombre sigue entregado en cuerpo y alma a su arte.

—La verdad, Rodríguez—le he dicho—, yo siento por ti una admiración extraordinaria. Tú dirás lo que quieras, pero es indudable que, en todo el mundo, no hay nadie que tire las bolitas como tú.

—Si esto de tirar bolitas se estimase algo...— me contestó Rodríguez.

Es cierto. Si en vez de dedicarse a tirar bolitas de miga de pan se hubiese dedicado a la política, hoy podría ser presidente del Consejo de ministros.

LA TERAPEUTICA DE LOS VIAJES

EL MAR, EL CAMPO Y SUS ALCALOIDES

Cómo olían las stenas.

Hay un argumento muy sencillo para desacreditar el mar y al campo como elementos terapéuticos: el de que en el campo y a orillas del mar existen las mismas enfermedades que en Madrid. Parece que los médicos de Madrid se han puesto de acuerdo con los de provincias para enviarse unos a otros los enfermos incurables. Porque en provincias también hay enfermos incurables. Estos enfermos se van a Madrid atraídos por el prestigio científico de los médicos madrileños, los cuales los devuelven al poco tiempo a provincias,

diciéndoles que les hace falta paz, oxígeno y iodo. Por mi parte, yo nunca he creído en más iodo que el de la tintura de iodo. Si efectivamente sirviesen para algo el iodo marino y el oxígeno serrano, aquí no habría tisis ni neurastenia; pero llega uno aquí y se encuentra inmediatamente con veinte escritores regionales, que le dicen a uno:

—Este medio me ahoga. Tengo una neurastenia horrible...

La neurastenia, en el fondo, no es nada más que el remordimiento de la conciencia de los mal educados. Constituye una justificación de la mala educación, a la que, por otra parte, le da un aspecto genial. En este sentido es natural que en la ciudad haya más neurasténicos que en el campo, ya que en ella se le exige a todo el mundo una cortesía que no se le exige a nadie por aquí. Sin embargo, en provincias hay ya médicos especialistas de las enfermedades nerviosas.

¿Qué pensar de la terapéutica del mar y del campo? Los madrileños se vienen a provincias a aspirar las emanaciones de los pinos y el iodo del mar, mientras los provincianos se van a Madrid a tomar el iodo en gotas de tintura y la savia de los pinos y de las hayas en la Solución Pautauberge. Hay un doctor en Madrid que ha establecido un consultorio

de enfermedades pulmonares a las que trata haciéndole respirar al enfermo aires marinos que el doctor dice que son frescos porque los fabrica a diario. No se enfade conmigo este excelente doctor, a quien estimo mucho como amigo, si le digo que me parece un poco ridículo eso de que se ponga a soplarle a los tuberculosos con un fuelle lleno de sales y de algas. Si lo hace por distraerles, muy bien; pero, en este caso, mejor sería que los mandase al Cinefluo o al estanque del Retiro.

El procedimiento de los específicos me parece bastante razonable. Yo gozo mucho con los específicos, sobre todo por la lectura de los prospectos. No conozco filosofía más consoladora que la de los prospectos de los específicos. Son siempre optimistas y, si no curan, entretienen. Le recomiendo especialmente al lector los anuncios de los específicos a base de creosota, en los que hay unas poéticas descripciones de los bosques septentrionales.

Pero la duda queda todavía en pie. ¿Debemos ir a los bosques y a las playas en busca de la creosota y el iodo, o debemos comprar en la botica los alcaloides del mar y del campo? A mí se me ocurre una solución, que no es, precisamente, la solución Pautauberge. Vénganse a provincias con enfermos madrileños y que los provincianos se vayan a Ma-

drid. Esta solución, que parece ideada por las empresas de ferrocarriles, está buscada científicamente en la teoría del cambio de aires. Después de todo, para los cuatro días que van a estar en este mundo los enfermos incurables, la cuestión es pasar el rato.

Por lo que a mí respecta, voy a darle al lector algunos informes directos acerca del mar. Es hermoso, es bueno y es bastante mayor que el estanque del Retiro. Yo creo en él desde la otra noche en que me fuí con un amigo a dar un paseo por la playa. Mi amigo iba delante y yo veía que la huella de sus pasos era luminosa y que detrás de él quedaban siempre seis o siete pisadas fosforesciendo en la obscuridad. Entonces cogí unos guijarros y comencé a arrojarlos al mar. Al caer describían una serie de círculos fosfóricos, y ya no me cupo duda de que el mar tenía fósforo. Luego, el olor del mar tiene para mí una atracción irresistible. Lo aspiro con las narices dilatadas, y llega a producirme una verdadera embriaguez sensual.

El olor del mar es completamente femenino. Hay quien cree que las mujeres huelen a perfumes, por lo mismo que otros creen que la tintura de iodo huele a mar. Pero el verdadero olor de mujer, el olor latino—*odor de femina*—es olor de mar. Y como el mar es

poético y predispone al ensueño, yo he pensado muchas veces, tumbado en la playa, en las sirenas de la leyenda, y lo he comprendido todo. ¡Aquellos robustos marineros en aquellas interminables travesías, oliendo el mar constantemente!

Para terminar les brindaré una idea a los empresarios del estanque del Retiro: la de que a todo el que se embarque en el vapor le den un percebe para que lo vaya oliendo durante la travesía. Será un detalle complementario para la ilusión del mar, y a última hora se lo podrían comer los viajeros.

PARIS

Al llegar a París de vuelta de Londres, yo recibo la misma impresión que experimenté un día, saliendo de un museo de figuras de cera y encontrándome en mitad de la calle.

—Indudablemente—me digo, mirando a la multitud desde el coche que me conduce al hotel—, toda esta gente es gente de verdad.

No creo que sea una gran idea acerca de París esta de considerarlo como un pueblo habitado por gentes de verdad; pero es la única idea que se le ocurre de pronto al viajero que viene de Londres. Cada uno recibe una impresión de París completamente distinta, según entre en él por una estación o por otra. Yo he entrado por Saint Lazare.

Un coche destartalado me lleva por la rue Auber y por los grandes bulevares. Muchas

luces, mucha música que sale de los cafés, muchas faldas recogidas, muchos chalecos de fantasía, muchos bigotes, mucha confusión. Las calles están todas llenas de obstáculos. La circulación es difícilísima desde los pescantes. Yo estoy encantado.

En Londres las calles están siempre expeditas, y la circulación, a pesar de ser mucho más intensa que en París, se verifica con una perfecta regularidad. Allí todo es método y disciplina. Uno toma un coche para estar en un punto a una hora, y está en el punto a la hora. A la hora en punto, que diríamos en Madrid. Tiene una obligación cualquiera que cumplir, y no hay nunca nada que se lo impida. Es insoportable.

¡Con qué gusto al salir de Londres se hunde uno en este desconcierto de París y ve uno gesticular a esta gente tan exuberante y oye uno a la criada del hotel hacer la apología del cuarto donde uno va a dormir. Esto es humano. Estos franceses enfáticos, que se visten de una manera tan llamativa, son personas de verdad, y esos ingleses serios, fríos, afeitados, que no pierden el tiempo en palabras ni en gestos, son figuras de cera que tienen mucho parecido.

Heine cuenta que en París se dejaba tropezar por la gente para permitirse la volup-

tuosidad de ver luego a los que le habían tropezado pidiéndole excusas. ¡Qué gente tan ceremoniosa! Cuando un francés le dice a uno que siente haberle tropezado, parece que lo siente, en efecto.

El mismo está casi convencido de lo que dice.

Londres es el museo Grevin, y París es el bulevar. De vuelta de Londres, París le embriaga a uno con la voz y la música y la alegría ruidosa. En el fondo, sin embargo, este París es muy buen chico. París es como un muchacho simpático y muy amigo de juergas, pero que no pierde nunca la cabeza, que trabaja y que mete siempre su dinerito de coté.

SOBRE LA CAMA

De Londres a París el viaje es corto, y, sin embargo, ¡qué bien descansa el viajero en una de estas camas francesas, tan muelles, tan hondas, tan amplias! Porque las camas inglesas son duras y chicas. En el salón de un hotel o en un «*Foardins house*» inglés, uno hace amistad con mister Tal o mister Cual, uno de esos hombres muy grandes que hay en Inglaterra. Días después, uno sube a su cuarto y ve allí una camita que parece de juguete. Pues en aquella camita tan pequeña duerme aquel inglés tan grande.

Se ve que en Inglaterra, la gente se acuesta por necesidad, así como en Francia se acuesta por placer. Un inglés está en la cama el tiempo estrictamente necesario para dormir. Ei inglés se acuesta y se duerme, se despierta y

se levanta. Así, aun en las mejores casas inglesas, las alcobas son pobres y chicas. ¿Para qué voy a arreglar mi habitación de una manera muy bonita—se dice el inglés—, si en cuanto llegue allí me voy a quedar dormido?» En una casa inglesa la alcoba es la habitación menos importante. En una casa francesa lo principal es la alcoba.

Las camas francesas son verdaderamente admirables, sobre todo para los españoles. Un español se encuentra tan bien en una de estas camas francesas, que, por su gusto, no la abandonaría nunca. Pero en España no conviene hacer el elogio de las camas francesas, sino más bien el de las inglesas. A nosotros nos convienen unas camas muy incómodas, donde no se pueda permanecer más que estando profundamente dormido. Las camas francesas, como la moral francesa, nos perjudican mucho. Nosotros necesitamos unas camas y una moral muy duras y muy desagradables. Necesitamos madrugar y trabajar.

Si las camas inglesas fuesen camas francesas, Inglaterra no sería lo que es. Para juzgar un pueblo hay que ver el comedor y la alcoba antes de ser palacio parlamentario. Ya hablaremos del comedor inglés. Por lo que respecta a la alcoba inglesa, de ella se deriva la mitad, por lo menos, de la energía británica. Viendo

una alcoba inglesa, se comprende que Inglaterra sea un pueblo activo, que no duerma más que el tiempo necesario para recobrar las fuerzas perdidas durante el día, y un pueblo práctico, que no sueña jamás. En las camas inglesas no hay edredones, ni doseles, ni apenas colchón. No sintiendo verdaderamente sueño, a ningún inglés se le ocurre meterse en la cama. Estando despierto, ninguno permanece en ella. La oficina es más cómoda que la alcoba, y el inglés prefiere irse a la oficina. En la alcoba inglesa, la luz está siempre en el lado más lejos de la cama, de tal modo que, desde la cama, es completamente imposible leer. Esto libra a Inglaterra de toda esa literatura de alcoba que tanto daño ha hecho en Francia y en España. En fin, el inglés se va a la oficina y trabaja; se va a la cama y duerme, y cuando el inglés duerme, como cuando trabaja, lo hace íntegramente, de un modo eficaz, rotundo, definitivo. Nosotros consultamos nuestros asuntos con la almohada, dormimos en la oficina y nunca estamos ni completamente despiertos ni completamente dormidos.

A mí me encantan la blandura, la elasticidad, la amplitud y el calorcito de las camas francesas; pero yo les recomiendo a ustedes las camas inglesas. Si todos los españoles nos dedicáramos a dormir en camas inglesas, España.

podía salvarse. Al principio nos dolerían los huesos, y amenazaríamos «curbaturées»; pero esto es lo mismo que ocurre con la gimnasia: pronto nos acostumbraríamos, y luego nos haríamos un poco más enérgicos y más fuertes.

EL ARTE DE LA COCINA

Un «restaurant» francés. Mucha luz. Público burgués. Música ligera.

—¿Qué podría yo tomar?—le digo al «maître d'hôtel» con una cara de muy poco apetito.

«Le maître d'hôtel» me hace un programa.

—«Monsieur», puede comenzar por una marmita. ¿Es que «monsieur» ama la marmita? La marmita le entonaría el estómago a «monsieur». Luego «monsieur» podría tomar un platito de pescado: col «meuniere», filet de tarbué... Después hay de la «sille de monton», «del riz de veau»...

A medida que el «maître d'hôtel» va enumerando platos, yo entro en apetito. En Londres no hay manera de comer sin apetito. Un inglés que no tenga ganas no entra nunca en

un restaurant. Aquí se entra en el restaurant sin apetito ninguno y se sale habiendo tomado siete platos.

—No sé qué comer—le dice uno al «*maître d'hôtel*».

Y el «*maître d'hôtel*» le describe a uno estas cosas con tal arte, que uno come como un hambriento. Si en Londres dijera uno en un restaurant que no sabía qué comer, le preguntarían a uno que para qué había entrado allí, porque los ingleses son unos hombres muy lógicos.

En los restaurants de Londres no se engaña a nadie. Ni «*hors des œuvres*», ni salsas, ni guisos, ni nada más que carnes asadas y legumbres hervidas. El que quiera picar que pique. Londres es un país honrado donde no se engaña a nadie. Los ingleses no comen más que cuando verdaderamente tienen hambre. Por eso son delgados y ágiles. Comen, como duermen, para reparar sus fuerzas; comen «*roast-beef*» o «*bohed-beef*» o «*roast-muton*» o «*boleid-muton*», como comerían cartón piedra, cemento armado o escayola.

Los ingleses no tienen el arte de la cocina. La cocina es el arte francés por excelencia. Un francés saborea un «*navarin princamier*» lo mismo que un alemán saborea la *Pastoral* de Beethoven. El francés, cuando está a la

mesa, pone una cara tan inteligente como la que pone el alemán cuando está en el concierto. Aquí hay las grandes glorias culinarias—Tournier, Brislat, Savarin, Marguery— así como en Alemania hay las grandes glorias musicales: Beethoven, Wagner, Mozart... Aquí hay los virtuosos de la cocina, con sus rostros muy colorados encuadrados en las patillas y exentos de bigotes, para que se les vea el gesto epicúreo de los labios, así como en Alemania hay los virtuosos de la música, pálidos y melenudos. Aquí a un hombre que pida un «beefsteack» con patatas en un buen restaurant, se le mirará como el que en Bayreut pidiese el vals de las olas, porque la cocina es todo el arte de Francia y a los no iniciados en sus sublimidades se les considera como filisteos.

Inglaterra, Francia, España... Inglaterra es un pueblo que come lo que necesita; Francia es un pueblo que come lo que no necesita. España es un pueblo que no come lo que necesita. Inglaterra está ágil, Francia está gorda, España está en los huesos.

A ustedes les ha dado por introducir en España la cocina francesa, como si a nosotros nos hicieran falta muchas salsas y mucho adobo para comer. No. Nosotros tenemos

para aderezar la carne una gran salsa nacional: el hambre, que, desde los tiempos de Cervantes, es, en España, la mejor de las salsas.

ESCUELAS DE ESPAÑOLISMO

El español de París es completamente distinto del español de Londres. No es que el español de París esté afrancesado ni el de Londres inglesizado. Probablemente, los españoles de París y Londres serán mucho más españoles que los españoles de Madrid.

En Madrid viste mucho tener un aire parisién o londinense, mientras que en París o en Londres vale mucho más tener un aire español. El español de París y el de Londres son ambos perfectamente españoles; pero cada uno cultiva el españolismo que puede tener más éxito en el medio donde vive. En París hay una idea acerca de España, y en Londres hay otra. Con vivir más lejos de nosotros que los franceses y con tener una lengua mucho más distinta de la nuestra, los ingleses nos cono-

cen mucho mejor. Los franceses no nos han conocido nunca, y las francesas, tampoco. Los franceses se figuran al español una cosa mixta entre fraile y torero; como un hombre muy sombrío, que fusila a todo el que se le pone por delante, y como un hombre muy jacarandoso, que se pasa la vida tocando las castañuelas y bailando el garrotín.

Y como uno acaba por lo que la gente cree que es, el español de París resulta un tipo extraordinario. Aquí se aficiona uno a los toros. Aquí, muchos muchachos catalanes y gallegos adquieren el acento andaluz. Aquí, en el «Tabarín», en él «Bullier», en el «Elisée Montmartre» y en el «Moulin de la Galette», aprende uno a bailar flamenco. Aquí se han puesto muchos españoles la primera capa y el primer sombrero cordobés.

El español de Londres habla de Bilbao, de Barcelona, de Valencia. El español de París habla de Sevilla, de Málaga, de Granada. El de Londres habla del Rey. El de París habla de Ferrer. El de Londres estudia estadísticas. El de París torea los automóviles en pleno boulevard... Que no me hablen a mí de europeización. El español se europeiza en España y se españoliza en el Extranjero. Su españolismo es distinto según lo desarrollen en Londres o en París; pero no su europeísmo.

En España, ustedes tienen también una idea distinta acerca del español que se ha venido a París y acerca del que se ha ido a Londres. Al que está en París se lo figuran ustedes en una juerga continua, con mujeres pintadas, música y champagne. Es la idea que ustedes tienen de París. De Londres tienen ustedes una idea de sastrería: gabanes muy gordos, chaquetas muy amplias, impermeables magníficos... Así, al español de Londres se lo figuran ustedes vestido como un rey.

El español de Londres es serio, y, cuando viene a París, siente una gran indignación contra la vida parisién. El de París no puede pasar más de dos días en Londres. Parece que el español de Londres está muy acostumbrado a Londres, y que el de París se encuentra muy bien en París. Nada de eso. Como ambos son españoles, ambos se pasan la vida protestando: el de París contra Francia, y el de Londres contra Inglaterra. Mientras tanto, ustedes, los españoles que no han abandonado España, protestan contra ella.

EL «BOULEVARD»

Se dice «el boulevard» y «las mujeres del boulevard» y «la moral del boulevard», por decir «París», «las mujeres de París», «la moral de París». Yo llegué a París por vez primera hace ya unos tres años y empecé a ver boulevares: el boulevard de Capuchinos, el boulevard de los Italianos, el boulevard Montmartre, el boulevard de la Buena Nueva o de la Buena Noticia.

—¿Cuál de esos boulevares será el boulevard?—me decía yo—. ¿Es que en cualquiera de ellos yo podré encontrar las bellezas del boulevard, las elegancias del boulevard, los restaurants del boulevard, la filosofía del boulevard?

Y en estas dudas, yo me indignaba contra de los que hablan de boulesvar sin poner el

nombre. Indignado como estaba, hubiera llegado hasta exigirles el número.

Hoy ya sé a qué atenerme respecto del «boulevard». Todos los boulevares son «boulevard» y muchas calles que no llevan el nombre de «boulevard», son «boulevard» también. Se habla por ejemplo de las modas de «boulevard» como se habla de los trajes de la calle, sin decir «calle de tal, número tantos». El «boulevard» es París, porque todo París vive en el «boulevard». Los cafés del «boulevard» no son más que una justificación de las terrazas del «boulevard». Los restaurants, lo mismo. Las tiendas del «boulevard» son una consecuencia de los escaparates del «boulevard». Todo es «boulevard» en París y para ser un perfecto «boulevardier», lo de menos es tener un domicilio sobre este «boulevard» o sobre aquel. Un hombre puede habitar en la rue Lefèvre y ser más «boulevardier» que otro que habite sobre el mismo «boulevard» de los Italianos, porque el «boulevard» es el «boulevard» y no las cosas del «boulevard», y porque en París no se vive en la casa sino en la calle.

La verdadera vida de París transcurre sobre el «boulevard»; así como la vida inglesa se desarrolla en la casa. Los ingleses viven en casa, los españoles vivimos en el café, los franceses viven en la terraza del café. En Lon-

dres las calles son feas y están expeditas, mientras que los boulevares de París son bonitos y están llenos de obstáculos. La calle inglesa le lleva a uno rápidamente a casa. El boulevard de París le hace a uno llegar siempre tarde. La moral inglesa es una moral casera. La moral de París es callejera. ¿Cuál de las dos morales vale más? A mí me hace usted dar dos vueltas por Leiveste Square y yo en seguida le digo a usted:

—Me aburre esto de andar por la calle. En ninguna parte estaremos mejor que en casa.

En cambio, si quiere usted invitar a ir a su casa en París y tenemos que atravesar los grandes boulevares, ya puede usted estar seguro que no llegaremos en tres horas.

Yo no sé qué tienen estos boulevares de París. Yo sería capaz de venir expresamente desde Londres a sentarme en una terraza y tomarme un aperitivo. Vería pasar franceses, lo que es un espectáculo muy divertido, y francesas, lo que es un espectáculo muy agradable. Oiría un poco de música. Le compraría «La Presse» a un «camelot» y no la leería. Hablaría un rato con el parroquiano de al lado. Me dejaría poner una flor en el ojal. Dos minutos después me la dejaría quitar... Me pasaría una hora en el «boulevard» y me volvería a Londres porque miraría al reloj y pen-

saría que todavía era temprano y me quedaría un ratito más, y otro ratito más, y perdería el tren.

El «boulevard» es París. Se puede decir «la moral del boulevard» y «la filosofía del boulevard». París no tiene otra moral ni otra filosofía. Es un pueblo-«boulevard», sin nada dentro. Sus virtudes y sus defectos están en el «boulevard». Su música, su pintura, su literatura, todo es de «boulevard». Alegre, ligero, vistoso, agradable y efímero. En las artes que son exclusivamente de «boulevard»—en los trajes para mujeres, en la confección de escapates, en la instalación de terrazas y en el servicio de aperitivos—es donde triunfa el genio francés.

EL BARRIO LATINO

Hay una porción de españoles, de sudamericanos, de rusos, de polacos, de suecos, etcétera, que se van al barrio latino como «Tartarín» se fué a Argel. «Tartarín» desembarcó en Argel con fez y pantalones bombachos.

Esos muchachos desembarcan en el barrio latino con melenas, chambergos, corbatas «davalhere» y botas sin medias suelas. Así el barrio latino existe todavía, y existe como en tiempos de Mürger: con sus estudiantes que no estudian, con sus modistas que no cosen, con sus pintores que no pintan nada, con su jardín del Luxemburgo y su avenida del Observatorio, y sus hoteles y sus restaurants, y sus bailes y sus cafés. Es decir, parece que existe; pero en realidad no es más que una imitación. El barrio latino es todo literatura. En tiempos

de Mürger la bohemia del barrio latino era auténtica. Hoy, los estudiantes leen los libros de Mürger y se hacen una idea literaria del barrio latino y procuran adaptarse a ella. Mürger sacó su literatura de la vida del barrio latino. Los habitantes del barrio latino adaptan hoy su vida a la literatura de Mürger.

A mí ese barrio latino me parece que es una cosa de mentira. Esas melenas frondosas no sé por qué me dan la idea de pelucas. A veces me encuentro en el boulevard Saint Michel una «episette» muy mona, con un sombrero muy barato y una nariz muy descarada; me gusta; voy a decirle algo, y de pronto me contengo.

—No—me digo—. Esta chica es también literatura.

—¿Por qué no se viene usted a vivir al barrio latino?—me pregunta el otro día un amigo.

—¿Yo? ¿Al barrio latino? Si el Ayuntamiento me da tres pesetas me iré allí ocho horas todos los días a hacer de estudiante; pero luego subiré a Montmartre.

El barrio latino es como uno de esos «cabarets» donde tres o cuatro tipos hacen de «apaches» para los extranjeros que vienen aquí en busca de emociones. Los verdaderos «apaches» no se exhiben en ningún «cabaret», sino que andan sueltos por todo París, y los bohemios

auténticos no están exclusivamente en el barrio latino, sino donde pueden. A veces unos americanos ricos bajan al barrio latino a ver aquello, y algunos salen tan convencidos de que aquello es de verdad. Entre los mismos parisienses es frecuente organizar excursiones al barrio latino.

—Vamos a ver los estudiantes.

Pero los parisienses van allí como irían al teatro.

Los bailes del barrio latino, los restaurants, los hoteles, ganan dinero con todo esto. Los únicos que no ganan son los actores. Todos esos españoles y sudamericanos y rusos y polacos y suecos y daneses que invaden el barrio latino no cobran un céntimo por hacer de bohemios. Antes bien, el hacer de bohemios les cuesta su dinero. Hacen de bohemios mientras pueden, y cuando la familia se niega a girarles un franco más, entonces dejan de hacer de bohemios y se marchan para no llegar a quedarse sin comer.

LA INVASION ALEMANA

Mientras los técnicos discuten la posibilidad de una guerra entre Francia y Alemania, los alemanes van invadiendo Francia. A lo largo de los boulevares exteriores casi todos los restaurants son alemanes. En el Faubourg Montmartre, y en la rue de Notre Dame de Lorette, desde las dos de la mañana en adelante, el que quiera comer tiene que meterse en un restaurant alemán. Los alemanes han impuesto en París su música, su filosofía y su cocina, y todas estas cosas son duras; pero los franceses las van tragando. Yo les veo a las tres, a las cuatro y las cinco de la mañana comer «choucrutte» y salchichas de Francfort y beber «chop» tras «chop», esta áspera cerveza germánica.

—Les va a hacer daño el «souper»—me digo.

Y no me explico cómo la Francia, que tiene una cocina tan refinada y unos vinos tan agradables, transige con la cerveza y con las comidas de Alemania.

La conquista de Francia por Alemania se está verificando ya. Los alemanes van invadiendo Francia e imponiéndose a ella. En París hay registrados 103.447 alemanes. Un periódico habla de 145.000 que se disponen a volver. Estos alemanes son grandes, fuertes, groseros. Pronuncian el francés con la garganta en vez de pronunciarlo con la nariz. Pisan a los transeúntes en la calle. Dan codazos terribles. Piden música alemana en los cafés y platos alemanes en los restaurants; aunque se visten ridículamente, andan por París en son de conquista.

La mayoría de los alemanes que están en París no han cumplido aún el servicio militar. Tienen dinero y se ofrecen a trabajar de balde. Se enteran de todo. Cuando los llaman para entrar en filas, se van y dejan aquí sus empleos, sus habitaciones y sus «chopes» para otros alemanes. Alemania luego manda a estos hombres en los regimientos de caballería que, de acuerdo con los planes del Estado Mayor, serán los primeros en traspasar las fronteras de Francia. Según el lado de Francia donde ha vivido un joven alemán, se le envía de soldado

a la frontera del Norte o la del Este. Los que han habitado cerca de la frontera francobelga pasan a formar parte de un cuerpo especial.

Francia comienza a alarmarse. Es muy tarde. Ya tiene en el estómago la salchicha y la «choucrutte», la filosofía y la cerveza. Ahora, a digerir o a reventar. «La Acción» hacía días pasados un artículo poniendo el grito en el cielo. Decía que la mayoría de los alemanes que residen en Francia son gente de mal vivir y que, de cada cien malhechores que detenía la Policía, noventa eran alemanes. Esto puede ser tanto un argumento contra los alemanes de París como contra la Policía parisién. Además, es infantil pretender exterminar con medidas de policía la invasión alemana. Los bárbaros vienen. Ya empezamos todos a comer «choucrutte» y a beber cerveza. Ya los «menús», que en todo el mundo se escribían en francés, comienzan a salpicarse en París de barbarismos germánicos.

Del cíclope al golpe, ¿qué pueden las risas de Grecia? ¿Qué pueden los grecios si Heracles agita su crin?

PSICOLOGIA DEL CHAMPAGNE

Si yo tuviera que enseñarle París a un amigo, le haría ver esto, lo otro y lo de más allá: un teatro, unas cuantas mujeres, los boulevares, un «cabaret», y, por último, le convidaría a beber una botellita de champagne. El champagne sería, tal vez, lo que le diese una idea más exacta de Francia. El alma del champagne y el alma francesa son una misma alma. Yo haría la psicología de Francia en una botella de champagne, como un sabio estudia una epidemia en un conejo de Indias. En el champagne se encuentran todas las virtudes y todos los defectos del espíritu francés: la fanfarronería, la ligereza, el ruido, la vanidad...

Todos estos franceses tan farsantes y tan exuberantes parece que están un poco borrachos de champagne. Yo cojo a un inglés—al

más serio, al más frío, al más seco de los ingleses—, lo emborracho de champagne, y, durante dos o tres horas, el inglés parecerá un francés. El alma de Francia es como el alma del champagne. ¡Pum! Un taponazo que llega al techo; espuma, brillo; espuma, brillo... Parece que va a pasar algo extraordinario y no pasa nada: se bebe una botella de champagne; se habla mucho; se hacen un porción de gestos. Dijérase que los bebedores están completamente borrachos; pero el alma del champagne es efímera, y la borrachera no dura casi nada. Los ingleses se emborrachan con Whisky, que es una bebida muy silenciosa y muy seria. No gritan. No se mueven. Nadie los creería borrachos, y están borrachos perdidos. Uno viene a París y ve toda esta algarabía, y se cree que París es un pueblo terrible. Se va uno a Londres, ve aquella seriedad, aquel orden, aquel silencio, y uno se figura que Londres es un pueblo de costumbres ejemplares. Pues en Londres se hace infinitamente más de lo que se hace en París.

Para comprender bien París hay que beberse una botella de champagne, y yo siento no poder ofrecérsela a mis lectores. A cada pueblo se le debe de juzgar, principalmente, por lo que come y por lo que bebe, y Francia bebe champagne. Una botella de champagne viene

a ser una cosa así como «La valse bonne», como un discurso de Jaurés, como una poesía de Rostand, o como mademoiselle Jianne de Tal o de Cual. Los americanos se entusiasman con el champagne y con todo lo demás de París. El champagne les parece elegante, refinado, «mondaine», exquisito. A mí me resulta una bebida cursi y petulante. «¡ Oh, París !», decía yo cuando no le conocía. «¡ Oh, el champagne !», exclamaba antes de haberlo probado por primera vez.

El champagne es París y es Francia. Es toda Francia.

Ustedes pueden objetarme lo siguiente :

—¡ Pero si en Champagne no se produce ni una milésima parte del champagne que se consume !

Todo el champagne que usted pueda beber no es más francés que chino. El champagne es una falsificación.

La Francia también es una falsificación. No tiene carácter. No tiene más que el nombre. La mayor parte de la música francesa no es francesa, ni la mayoría de los parisienses son parisienses. La Francia es como el champagne : alegre, ruidosa, brillante, petulante y artificial.

EL NUEVO PECADO CAPITAL

Los habitantes de París experimentan una satisfacción que no existe para los habitantes de Londres, y, probablemente para los de ninguna otra parte. La satisfacción de estar en París. Uno se despierta en París y se siente muy alegre, nada más que por el hecho de encontrarse en París, mientras que uno se despierta en Londres y se pone muy triste, sencillamente por el hecho de encontrarse en Londres. En Londres uno puede despertarse de buen humor si tiene dinero en el bolsillo y a pesar de vivir en Londres. En París se despierta uno de buen humor aunque no tenga dinero, que, generalmente, no lo tiene. Se viste uno cantando una canción francesa con un acento muy ridículo. Se preocupa uno de la corbata mucho más de lo que se preocupa en

Londres. Está uno encantado. Dijérase que le aguarda a uno en la calle el amor o la fortuna, y no le aguarda a uno más que París y el encanto de París.

Yo he conocido en París a muchos extranjeros que vivían muy mal y que experimentaban muchas contrariedades, pero que siempre estaban contentos porque vivían en París. En Londres he visto todo lo contrario. Hay un placer en el mundo, que es el placer de vivir en París, así como hay el placer de amar, el placer de tener dinero, el de ir en automóvil, el de bailar, el de decir versos y el de comer callos a la andaluza. París es casi un nuevo pecado capital.

Londres es como una virtud teologal. Allí se aburre uno de una manera muy graciosa. El habitante de Londres llega hasta preocuparse de economía política. En Londres sueña uno con «dreadnoughts». El vecino le cuenta a uno por la mañana que uno ha dicho en sueño: «La hegemonía de Europa»...

¿Qué es lo que hay en París? Realmente no hay nada extraordinario. Uno vive aquí en la creencia de que París tiene cosas que no tiene Madrid, hasta que llega un madrileño y le dice a uno que le enseñe esas cosas. No hay tales cosas. No hay nada. Es el alma de París, y el sentido de esta gente le ha dado aquí la

vida, lo que le encanta a uno. Es París, y no tal o cual cosa que haya en París.

París es como el opio, como la morfina, como la cocaína o como el arroz a la valenciana. Es un vicio. El que se dedica a París durante unos cuantos meses, está perdido. Ya no lo deja más, y, si lo deja, vuelve aunque sea a pie. Esta es la ciudad más seductora del mundo, y bien sabe Dios que yo no lo digo en su elogio.

LOS BIGOTES FRANCESES

«Le Matin» se ha dirigido a las más distinguidas artistas parisienses consultándolas sobre una cuestión de estética masculina: «Los hombres, ¿deben usar bigote o barba, o bien deben afeitarse completamente?»

Si en Francia hubiera todavía espíritu nacional, si éste no fuera un país que se deshace, las artistas francesas hubieran votado a coro por los bigotes borgoñones, por las barbas en punta, por las moscas y por las perillas. Todos estos aditamentos capilares representan el carácter de la raza. Votar en contra es como entregarse en brazos del extranjero.

Hace algunos años, otro periódico planteó la misma cuestión, y casi todas las artistas consultadas se abstuvieron de responder, o respondieron evasivamente. Una de ellas explicó

esta reserva ante el redactor que la acosaba:

«La mayoría de nosotras—le dijo—tenemos un amigo serio, sin pelos en la cabeza, pero con una barba muy larga, y otro amigo que no es serio, con una cabellera rizada y con la cara afeitada a la moda. No podemos pronunciarnos por la barba ni en contra de ella...»

Hoy todas las barbas han caído, aun las más graves, y las artistas consultadas por «Le Matin» pueden opinar francamente. Así, todas ellas opinan en contra de la barba, con excepción de una sola, según la cual hay muchos hombres que debieran dejarse la barba... en la cabeza.

Para «Le Matin» esto es una cuestión de estética. Para mí es casi una cuestión política. Es la decadencia de Francia y el triunfo de América. Es el fracaso de la exuberancia y de la fanfarronería francesa. Se ve que los fieros bigotes borgoñones y las rizadas perillas gasconas no harán ya más conquistas en el mundo. No conquistarán pueblos, así como no conquistan artistas de «varietés».

La decadencia del bigote francés se ha operado en poquísimos tiempo. El reciente estreno de «Bel Ami» en el teatro del «Vaudeville» lo demuestra. Supongo que todos ustedes conocen el protagonista de la novela de Maupassant, aquel «Bel Ami» de altivos bigotes

que seducía a todas las mujeres. Pues Bozières, el autor de la adaptación teatral, nos le presenta en el «Vaudeville» sin pelo de bigote. «Le he afeitado—declaró Bozières en el «Excelsior»—porque actualmente un seductor con bigotes es incomprensible en París.»

Los bigotes han fracasado en la misma Francia. ¿Cómo van a triunfar en el mundo? Las artistas francesas se pronuncian por los rostros a la americana. La Francia entera se hace afeitarse, y a mí esta operación de barbería me parece así como la que ejecuta el verdugo con el reo antes de quitarle la cabeza.

ALEJANDRO SAWA

Los periódicos madrileños se acuerdan de Alejandro Sawa con motivo del tercer aniversario de su muerte. Yo pienso en Sawa con mucha frecuencia, desde que estoy en París. Cuando bajo al barrio latino y entro en el d'Harcourt o en el Pantheon me parece que la sombra de Sawa viene de mi brazo, que se sienta enfrente de mí y que pide una copa. Sawa ha sido un gran parisién. Para que no le faltase ningún detalle de parisianismo, Sawa no era de París, ni siquiera de Francia. Era español, y era un gran español. Tenía todas las virtudes y todos los defectos españoles. Hablaba mucho y no hacía nada. Escribía muy mal y leía muy bien lo que escribía. Era infinitamente superior a su obra. Renegaba de España...

Hubiera podido ser un gran literato, un

gran político o un gran orador, y no fué nada. París le maleó. Sawa creía que lo importante era ser un parisién, y en vez de ser un gran orador, un gran escritor o un gran político, fué un gran parisién. Para Alejandro Sawa el hecho de vivir en París tenía mucha importancia. Ultimamente, en Madrid, todo su orgullo consistía en pronunciar el español con un acento francés. Se dejó contaminar de todos los vicios de París, y se echó a perder en plena juventud. París fué para Sawa—y para muchos otros—como uno de esos amigos que le llevan a uno de juerga. Se dejaba corromper por París, y no se daba cuenta de que París es un pueblo que, si se divierte, también trabaja; y que si está en la calle hasta las cinco de la mañana, a las ocho se va a la oficina. Sawa no conoció a París en la oficina, sino en el d'Harcourt y en Montmartre. Cogió sus defectos y despreció sus virtudes. Fué una víctima de París.

París, a su vez, fué un poco 'víctima de Alejandro Sawa; Alejandro Sawa hizo aquí cosas extraordinarias. En un quiosco de necesidad del barrio Latino llegó a deber treinta duros. No hay un caso comparable.

Alejandro Sawa se vino a París lleno de juventud y de gloria. Había escrito varios libros, y en vez de escribir otros se instaló en

París. En aquellos tiempos, el hecho de vivir en París constituía toda una ejecutoria literaria.

—¿Qué hace Sawa?—se preguntaba la gente.

—¡Vive en París!

Y esto de decir «vive en París» era como si se dijera que estaba escribiendo el *Quijote*. Sawa frecuentaba a los escritores franceses de la época, entre los que gozaba de una gran consideración. Pasó algún tiempo. Comenzaron a establecerse relaciones comerciales entre Francia y España. París empezó a inundarse de viajeros de comercio. El hecho de vivir en París ya no tenía importancia literaria ninguna...

Sawa se fué a Madrid. Se había dejado unas barbas y unas melenas que le asemejaban a Daudet. Tenía dos perros, muchas pipas y un soneto inédito de Verlaine. Todos los muchachos que soñábamos con venir a París nos congregábamos en torno de Sawa. Su gran amigo de entonces era un zapatero, Cansinos, que escribía dramas filosóficos. Un día, Sawa recomendó un folleto del zapatero en un periódico semanal, que lo compró por cinco duros.

El zapatero nos convidó en una taberna inmediata a la Puerta del Sol. A la segunda

copa comenzó a decir que él era un explotado. A la quinta dijo que eso de comprarle a él una obra por cinco duros constituía una infamia. Sawa se indignó:

—¿De cuándo acá, miserable villano, has podido aspirar a cambiar en cinco monedas de plata tu gramática ni tus ideas?

Sawa era un gran orador; los borrachos hacían corro.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—gritaban los borrachos, aplaudiendo a Sawa.

—Convida a esta gente—le dijo Sawa al zapatero.

Luego, Sawa se quedó ciego. Como vivía en plena literatura, se consolaba diciendo:

—Después de todo, me alegro. Así ya no podré ver más los abominables dibujos de Juan Gris...

Y un día, el gran Sawa se murió en la miseria más espantosa. ¡Pobre Sawa! Fué una víctima de sus primeros libros, y él valía mucho más que sus primeros libros. Fué una víctima de París, y él era muy superior a París. Desde este París, que le ha matado, yo envío a su tumba un recuerdo cordial.

LOS HEROICOS PASODOBLES

El general Percin se ocupa hoy en «Le Matin» de las músicas militares francesas. Resulta que el efectivo de estas músicas es en tiempo de paz de 15.000 hombres. Incluyendo los músicos reservistas, la cifra se eleva a 95.000 hombres. ¡95.000 hombres que no han recibido ninguna instrucción militar y que en caso de guerra se limitarían a hacer música.

Pero es que en el ejército francés la música representa mucho más que la disciplina. Con una música alegre estos soldados van a todas partes. Los fusiles pueden no ser muy buenos, pero las trompetas y los tambores es necesario que sean excelentes. Todas las victorias francesas se han obtenido más a trompetazos que a cañonazos.

Este pueblo necesita que le echen discurs-

sos, que se le toque la música y que le den algo de beber. En frío, en seco, por convicción y por disciplina, no hará nunca nada; pero borracho de champagne, de música o de elocuencia, todavía es posible que haga cosas bastante grandes.

La conquista del mundo realizada por los soldados de Napoleón, ¿qué ha sido mas que una gran fanfarria? Ha sido una fanfarria de gloria y de libertad, algo así como una machicha maravillosa, que ha hecho vibrar a toda la tierra. La Humanidad se sentía joven excitada por aquel redoble de parches. Era como enj Montmartre, cuando los húngaros tocan una mazurca y los viejos salen a bailar con las muchachas y los clientes se insultan de mesa a mesa. Se arma una algarabía terrible; pero de pronto se acaba la música y no pasa nada. El viejo se deja caer en un diván, convencido de que es viejo, y los clientes que iban a pegarse no se pegan. Todo ha sido música...

Las músicas militares francesas son capaces de entusiasmar a un inglés. Dickens cuenta que un día, en la avenida de los Campos Elíseos, ve pasar a una banda militar. Sin darse cuenta comienza a ajustar su paso al paso de los soldados. Al poco rato un enjambre de chicos sigue a los soldados, vociferando. Un «cul de falte», en un carrito, hace esfuerzos

extraordinarios con las manos para no quedarse atrás. Dickens llevaba el sombrero ladeado, el bastón al hombro, la cabeza erguida. La música le ha conquistado. Ya no es inglés, ni es nada. Se siente capaz de pegarse con los alemanes y con quien sea. «¡Estas músicas—dice—harían valiente al pueblo más cobarde del mundo!»

Es decir, que la instrucción musical tiene mucha más importancia en el Ejército francés que la instrucción militar, y los clarinetes más que los maüasers. No se preocupe el general Percin. Confíe en el espíritu de su pueblo. Cuando los alemanes les hagan a los franceses una descarga de metralla, los franceses sobre los alemanes descargarán un pasodoble. Harán con los tambores y con las trompetas un ruido que apagará el de los cañones enemigos. Que los clarines sean muy vibrantes y los tambores muy sonoros, y no hay que preocuparse de otra cosa.

UN IMPUESTO SOBRE LA VANIDAD

Alguna vez, viendo la energía que desarrollan los franceses para obtener títulos y condecoraciones, a mí se me ha ocurrido inventar un aparato que la recogiese y que le diera una aplicación industrial. Este invento no ha pasado de proyecto, porque yo tengo imaginación, pero me falta capacidad científica. Hombres más prácticos que yo, como el recientemente célebre Polidor, en vez de inventar aparato ninguno para explotar la vanidad francesa, inventaban cruces y medallas y se hacían ricos. Una medalla o una cruz pueden costar hasta diez céntimos y pueden producir hasta diez mil francos. No hay negocio más saneado en el mundo que el de la venta de condecoraciones.

Ahora el Estado francés va a establecer un

impuesto de 25 francos sobre las palmas académicas, y de 50 sobre la roseta de oficial de la Legión de Honor. Es una idea de monsieur Guist'han, el ministro de Instrucción pública; monsieur Contant d'Ivry ha propuesto que se cargue también el mérito agrícola, y monsieur Gillet Arimondy, diputado por los Alpes marítimos, quiere que el impuesto ideado por el ministro de Instrucción pública no se limite a las condecoraciones obtenidas, sino que se extienda a la pretensión de obtenerlas. Este señor ha redactado la siguiente enmienda al proyecto de monsieur Guist'han:

«Nadie podrá obtener las palmas de oficial de Instrucción pública y de oficial de Academia si no hace la solicitud por escrito en una hoja de papel con timbre de cinco francos, para las palmas de oficial de Academia, y con timbre de diez para la roseta de Instrucción.»

¿Se imaginan ustedes el ingreso que esto supone? Es formidable. Es como si se creara un impuesto por nacimientos, ya que cada francés recién nacido es un futuro candidato a una condecoración. De esto al aparato que yo quería inventar no hay diferencia ninguna.

El francés es el hombre más condecorado del mundo. Cuando Loubet estuvo en Madrid, nuestro entonces ministro de Instrucción pública le enseñaba en el Museo del Prado un

retrato del Greco, que representa a un señor con una gran condecoración. Nuestro ministro no disponía de un francés perfecto. Le señaló el retrato y le dijo:

—«C'est un condecorée...»

—¡ Oh !—contestó Loubet—. En Francia hay muchísimos.

Todos los franceses mayores de treinta años están condecorados.

«El francés—decía un inglés—es un hombre muy condecorado y que come mucho pan.» Los ingleses no comen pan ni usan condecoraciones. Desprecian las dos cosas por empalagosas y vanas. No les parecen nada prácticas.

El aparato inventado por Gillet-Arimondy para explotar la pretensión de obtener honores, no produciría un céntimo en Inglaterra, mientras que aquí produciría un dineral. En España lo que daría resultado sería un invento para aprovechar la energía que los españoles derrochan en no hacer nada.

EL «PETIT JOURNAL»

Un periódico muy francés, el «Petit Journal», ha celebrado ayer su cincuentenario. Ha hecho venir a París las grandes carrozas del Carnaval de Niza, las ha reconstruido bajo una inmensa bóveda del Metro y ha organizado un cortejo que recorrió las principales calles de la ciudad.

El «Petit Journal» es un pequeño gran diario, un gran diario para los guardias de Seguridad, para las porteras, para los tenderos de comestibles, para las modistillas y para los provincianos. Es el más provinciano de todos los periódicos de París. Las grandes virtudes que se exaltan en el «Petit Journal» son el ahorro, el orden, el trabajo y la resignación. El «Petit Journal» es el periódico francés por excelencia. Ríanse ustedes del «Matin» y del

«Gil Blas» y de todos los periódicos muy parisienses, porque París no es Francia. Al francés del pueblo le desagrada la ironía, y los redactores del «Petit Journal» no pueden hacerla. En el «Petit Journal» está prohibido escribir las palabras: «province, paysan, amant y maitresse». Recientemente, el Consejo del «Petit Journal» se reunió para deliberar sobre si era conveniente escribir con todas sus letras el nombre de monsieur Cochon, secretario del Sindicato de inquilinos.

Se dice que el público español es muy mojigato, y se habla de esta Francia libre, tolerante y emancipada. Francia es emancipada en la place Pigalle a las cuatro de la mañana. En provincias es el pueblo más burgués del mundo.

El «Petit Journal» ha sido fundado hace cincuenta años, cuando la Prensa francesa vivía bajo un régimen de tremenda restricción. Desde su primer número no publicó más que informaciones, noticias y novelas. Fué un precursor. Los periodistas se emanciparon de la política en el «Petit Journal», y comenzaron a hacer el primer periódico francés de información y de entretenimiento. A los tres meses el «Petit Journal» daba doscientos mil ejemplares. Luego se encargó de dirigirlo Emilio de Girardin, quien lo hizo llegar a una venta de qui-

nientos mil. Marinoni, después, inventó para el «Petit Journal» la máquina rotativa. Montepín, Richebourg, Paul Feval, publicaron sus folletines en el «Petit Journal» con un éxito inmenso.

La Prensa moderna le debe mucho al «Petit Journal». Le debe la rotativa y le debe la emancipación política: un gran progreso material y un gran progreso moral. Utilizando estos dos progresos se han fundado en París periódicos muy superiores al «Petit Journal»; pero el «Petit Journal» sigue vendiéndose más que ninguno. El verdadero público francés es el mismo que hace cincuenta años.

LA COCINA DE «LE TEMPS»

Hacía días que yo estaba invitado a cenar con un amigo francés. Ayer le he visto.

—¿Dónde quiere usted que cenemos?

—Me es igual.

—Si le es igual, le llevaré a usted al «Grand U». Es lo que aquí llamamos un rinconcito de París.

El «Grand U» está instalado cerca de los grandes boulevares, en los bajos del nuevo edificio de «Le Temps». Es un restaurant sin «réclame» y sin música, donde se come muy bien por poco dinero.

—¿Usted no conocía este restaurant?—me dice mi amigo—. Es uno de los restaurants de más tradición en París. Ha estado siempre unido a «Le Temps». Cuando «Le Temps»

mudaba de casa, el restaurant seguía a la redacción.

—Será que la redacción le habrá debido siempre dinero.

—Aquí, a este restaurant, venía a comer Gambetta...

Mi amigo me hace todo el historial del «Grand U».

—Y diga usted—le pregunto—; ¿es que monsieur Hebrard no intervendrá de alguna manera en la cocina?

—¡ Hombre! ¡ Monsieur Hebrard! Monsieur Hebrard es el dueño de «Le Temps»; pero el restaurant es independiente.

—¿ Está usted seguro de que el restaurant es independiente?

—Completamente seguro.

—Es que a mí no me gustaría comer en un restaurant que no fuese independiente. Yo quiero platos imparciales, ¿ sabe usted? Platos que no tengan política ninguna. Hay gentes que mezclan la política con la cocina, que se hacen políticas para comer, y que comen de ser radicales, o de ser conservadores, o de ser demagogos. Yo, no. Yo soy un comensal antipolítico. ¿ Puede usted garantizarme que, en este momento, nosotros no estamos comiendo de la cuestión marroquí?

—Le doy a usted mi palabra. En fin. Prue-

be usted este pescado. ¿Cree usted que sería tan agradable si lo hubieran aderezado con ideas políticas?

—¡Psch! Yo no me fío mucho. Ya sabe usted que los periódicos tienen el arte de presentar las cosas de tal modo, que uno no ve la política por ninguna parte. Le sirven a uno un artículo o un pescado que parecen muy independientes. Uno se lo traga—el artículo o el pescado—, y luego resulta que la política estaba dentro. Ya ve usted estas setas, tan simpáticas. ¿Y si son venenosas?

—Es usted un comensal escéptico.

—Sí, señor.

—¿Qué quiere usted tomar luego? Aquí hay un «Salmis de canard sauvage» que no debe estar mal. ¿Lo aprueba usted?

—Me parece un plato demasiado ibseniano. Eso debe ser cosa de Brisson, el crítico de «Le Temps». Yo no me explico cómo se pueden servir unos platos tan fuertes en la cocina francesa. Pídale usted.

Tomamos el pato salvaje con una salsa que es todo civilización. Luego nos hacemos servir un «soufflé» de chocolate. Mi amigo observa que me gusta.

—Sí, señor; me gusta mucho. Yo soy un apasionado del «soufflé» de chocolate y de la libertad. En «Le Temps» se come bien.

¡ Los periodistas de Madrid no tienen idea de lo bien que se come en «Le Temps»! «Le Temps» posee una magnífica cocina, y no me extraña que sus accionistas engorden. Lo que a mí me gusta más de «Le Temps» es el «soufflé» de chocolate. Oiga usted, ¿ está usted seguro de que yo no voy á coger una indigestión ?

ESPAÑA EN EL MUNDO

Me han dicho que pronto se va a abrir en Montmartre un restaurante de noche completamente español. Todo será español allí: los vinos, las mujeres, la música, los cantos, los bailes... Los fundadores del restaurant se proponen ganar mucho dinero con esta exhibición de la España pintoresca. Van a hacer como «restauranteurs» lo que Zuloaga ha hecho como pintor.

Yo no sé si tienen derecho a ello, así como ignoro si lo tiene Zuloaga para pintar lo que pinta. Unos dicen que la España de Zuloaga es falsa; otros aseguran que es verdadera, y esta misma diversidad de apreciaciones no tardará en plantearse con respecto al restaurant de la rue Fontaine. Zuloaga dice que España es negra y amarilla, y «Azorín» dice

que no. Es natural, porque «Azorín» es conservador, y para ser conservador hay que tener de España una visión más sonriente. La visión pictórica de España que tiene Zuloaga corresponde a la visión política que tiene Pablo Iglesias. Por último, hay quien dice que aun siendo verdadera la España de Zuloaga no se la debe exhibir en el Extranjero para ganar dinero. Esto dirán también algunos sobre la España del restaurant que se va a inaugurar en París.

Zuloaga, el «Faíco», Amalio Cuenca, Valentín y Blasco Ibáñez: he aquí los cinco más típicos intérpretes de España en el Extranjero. Zuloaga, la pinta; el «Faíco», la baila; Amalio Cuenca, la toca; Valentín, la condimenta, y Blasco Ibáñez, la describe. Psicológicamente, un cuadro de Zuloaga, unas «soleares» de Amalio Cuenca, un tango de «Faíco», un libro de Blasco Ibáñez o un cocido de Valentín tienen la misma importancia. Hay quien se come un cocido de Valentín y se considera tan bien informado de España como uno que haya leído «El intruso». Yo creo que el cocido es mucho más imparcial y que contiene detalles más aproximados a la verdad.

No sé si en el restaurant español de Montmartre se comerá cocido; pero sí sé que se

beberá Jerez. También el Sr. González Byas puede ser un buen intérprete de España en el Extranjero. Hasta ahora, el Jerez ha sido muy mal traducido en el mundo. El Jerez que se bebe en París procede, generalmente, de Inglaterra. Se llama «Sherry», y su españolismo es bastante más discutible que el de los cuadros de Zuloaga.

Un buen Jerez aclararía en Europa la visión de España. Los psicólogos, después de dos o tres copitas, nos comprenderían mucho mejor. ¡Lo malo será que el Jerez les identifique demasiado con nosotros! El gerente de «Abbaye», que es uno de los restaurants de noche más elegantes de París, ha hecho, a este respecto, una experiencia lamentable. Bailaban en la «Abbaye» Antonio de Bilbao, la Lola y el «Mojigongo», que son tres de los mejores bailarines de España, y se tocaba música de Quinto Valverde. España estaba de moda en la plaza Pigalle. Albert, animado por el éxito de la música y de los bailes, se animó a encargar unas botellas de Jerez, y durante varias noches el Jerez alternaba con el «Champagne» en la mayoría de las mesas. Al poco tiempo se suprimió el Jerez.

—¿Que por qué?—me dijo Albert en una pequeña interviú que yo le hice—. Pues porque todas las noches se peleaban los clientes,

Ese Jerez es un vino terrible. En un establecimiento tan distinguido como el mío no se puede servir Jerez...

Ignoro si los bebedores se pelearán en el restaurant español de la rue Fontaine. Por los propietarios, contra quien no tengo animosidad ninguna, y por el buen nombre de España, yo desearía que no. Sin embargo, una pequeña cuestión cada noche no dejaría de darle carácter al establecimiento.

ANATOLE FRANCE

Un día, hará cosa de dos años, yo tenía un asiento de imperial en un ómnibus «Odeón Clichy» para trasladarme desde Montmartre al barrio Latino. Al llegar a los grandes boulevares, el ómnibus se detuvo y subieron varias personas. Los pocos sitios que había vacantes se ocuparon en seguida, y quedaron en pie una muchacha muy bonita, un señor con aspecto de teniente de la Guardia civil y un joven de largos cabellos, sombrero flexible y corbata «cavaliére».

Yo me apresuré a levantarme y le ofrecí mi asiento a la muchacha.

—¿Es usted artista?—me preguntó entonces el joven de la «cavaliére».

—Tal vez. ¿Por qué?

—Porque si usted supiera quién es este se-

ñor, en vez de ofrecerle su asiento a esa señorita se lo hubiera ofrecido usted a él.

—¿Este señor?—exclamé yo, señalando al presunto teniente de la Guardia civil—. ¿Y quién es este señor?

—Es monsieur Anatole France—me contestó el joven con mucho orgullo—. ¿Verdad que, si usted lo hubiera conocido, le hubiera usted dejado su asiento?

—No, señor—le contesté—. Yo admiro mucho a monsieur Anatole France; pero también soy un gran admirador de esta señorita.

—Pues entonces usted no es un artista—me dijo el joven.

—¡Oh, sí!—interrumpió Anatole France—. El señor «se conoce» en obras de arte. Esa señorita es un «chef s'œuvre».

—«¡Le vieux polisson!»—dijo la muchacha.

Anatole France no tuvo un gran éxito aquel día en el ómnibus, y, sin embargo, ha continuado siendo un gran partidario de los ómnibus. A pesar de su aristocracia, al maestro le gusta confundirse con el pueblo. Su aristocracia le impide asistir a las reuniones de la Academia o hacerse diputado; pero no ir a los ómnibus ni meterse en los tranvías. Anatole France adora estas dos cosas tan democráticas, que son el periódico y el ómnibus; ahora ya casi no hay ómnibus en París. Se

han suprimido las imperiales en la mayoría de las líneas, y esto es una pena.

—¿Por qué no hace usted alguna «interviú» con literatos franceses?—me preguntaba el otro día mi director.

—¡Hombre, sí!—me dije yo—. Iré a ver a Anatole France y le pediré su opinión sobre la supresión de la imperial en los ómnibus de París.

Busqué en el «Botin» las señas del ilustre escritor—5, Villa Said—, y, aunque iba a interrogarle sobre los ómnibus, tomé un coche para dirigirme a su casa. Anatole France vive pasada la «Etoile», en las cercanías del Bosque de Bolonia. Tiré de la campanilla y salió una criada.

—¿Monsieur Anatole France?

—¿Monsieur Anatole France?—repitió la criada—. ¡Pero si está en Argelia! ¿No lee usted los periódicos?

—Muy poco, señora. ¿Y usted?

—Yo, sí. Desde que estoy al servicio del señor me he aficionado a la literatura. Yo comencé leyendo los periódicos para ver qué decían del señor, y ahora los leo para ver lo que dicen de mí.

—¿De usted?

—Sí, señor. ¡Qué quiere usted! Cuando se

está al servicio de un hombre como monsieur France...

Y la buena mujer hizo un gesto como diciendo: «¡Inconvenientes de la popularidad!»

—¿Pero qué pueden decir de usted los periódicos, señora?

—Calumnias. Injusticias...

—Envidias, tal vez.

—Sí, señor. Envidias.

—No me extraña. Esas malas pasiones son muy frecuentes en los medios literarios.

—Mire usted el «Gil Blas». Parece que el señor había dicho que se iba a Argelia para sustraerse a los «ermis domestiques». Pues el «Gil Blas» pone: *Bous croyons qu'il s'en va pour se soustraire aux domestiques, tout simplement.* Yo le quiero mucho al señor; pero cuando vuelva le voy a exigir una aclaración.

La pobre mujer estaba muy sofocada.

—Es muy enojoso esto de servir a la gente de letras—decía.

—Sí. Yo he conocido en España a la criada de un novelista que no había cobrado un céntimo en tres años.

—¡Oh! El señor me paga muy bien. Yo no quiero que los periódicos españoles digan que no me paga. Me paga puntualmente, y a mí me gusta servirle porque siempre es mejor servir a un académico que no a un «epi-

cier». Ya ve usted, con el nombre que yo me he hecho aquí, no me faltará nunca una buena colocación. Pero, en cambio, ¡cuántos disgustos me proporciona la popularidad! No. No se puede servir a la gente de letras. ¿Conoce usted al criado de monsieur Tristán Bernard.

—No, señora.

—Pues el otro día, el criado de monsieur Tristán Bernard dejó la casa, y le pidió un certificado a su amo. ¿Y sabe usted lo que le puso en el certificado monsieur Tristán Bernard? Pues puso: «Yo certifico que el llamado Juan, mientras ha estado en mi casa, me ha hecho menos servicios de los que me ha roto.» Todo porque un día Juan le rompió un servicio de té. Bien es verdad que monsieur Tristán Bernard no es un hombre serio.

—¿Y monsieur France?

—¡Oh! ¡Monsieur France! Si se guiara por mí no haría muchas cosas de las que hace. Los días que hay reunión en la Academia, yo le cepillo la levita y la chistera, y se lo llevo todo a su cuarto. «¡Que hoy es día de sesión—le digo—; a ver si se anima a ir!» Y no va nunca. Yo pienso que el señor debía asistir a las reuniones de la Academia, y monsieur Jules Lemaitre piensa como yo. En cambio, se va a los mitins, con todos esos anar-

quistas de la «Guerre Sociale». ¡Un hombre que tiene una posición como la suya...! ¿Y hace dos años? ¿Quiere usted creer que monsieur France, todo un señor académico como monsieur France, se subió en un aeroplano? ¿Le parece a usted serio? ¡A su edad...! Lo mismo que eso de los banquetes rabelesianos. Ya sabe usted que el señor va a todos los banquetes de los amigos de Rabelais. Yo no conozco a monsieur Rabelais; pero he oído decir que en esos banquetes se come con exceso, y el señor está muy delicado del estómago.

—Pues yo había venido—le digo a la buena mujer—para hablar con monsieur France acerca de los ómnibus. Yo he conocido a monsieur France en el ómnibus «Odeon Clichy».

—También eso de los ómnibus es una manía. Un señor que dispone de un automóvil magnífico. Monsieur Lemaitre, que es realista, está muy contento cada vez que el señor le saca a pasear en automóvil. A mí me parece muy bien que hayan suprimido las imperiales de los ómnibus. Con eso el señor no volverá a subirse a ellas. Ya no es un chico, y algún día se podía caer.

He aquí la opinión que me han dado en casa de Anatole France acerca de los ómnibus. Yo he ido allí a buscar una opinión sobre los ómnibus, y como Anatole France no

estaba, me la dió su criada. La criada de Anatole France, por otro lado, es perfectamente conocida en los medios literarios de París, y en el mundo tiene mucha más importancia ser criada de Anatole France que ser español. Es decir, que a un lector de Berlín, de Londres o de Nueva York no le extrañará ver en su periódico este título: «Lo que dice la criada de Anatole France», mientras que le extrañaría mucho ver este otro: «Lo que piensa Octavio Picón».

UN «MENU CHAUVINISTE»

Los franceses quieren restablecer su tradición culinaria. En San Petersburgo, en Madrid, en Londres, en Constantinopla, en Nueva York y en otras capitales, las colonias francesas se reunirán uno de los primeros días de mayo con el solo objeto de comer bien.

El «menu» será confeccionado con arreglo a la tradición francesa, y tendrá cierto carácter «chauviniste».

Nada de «escalopes a la viermoise», ni de «assuettes anglaises», ni de «choncrutte garnie», ni de ensalada rusa. Los franceses quieren depurar su cocina y ofrecérsela al mundo en toda su integridad, considerando tal vez que, mientras el mundo coma a la francesa, la Francia ejercerá cierto imperio sobre los otros países.

A mí la cocina francesa me gusta mucho. Me gusta, casi tanto, como la música alemana. Alemania es un gran pueblo, pero tiene muy mala cocina. Francia tiene una cocina admirable, y en la mesa Francia, aunque la conversación carezca de interés, uno siempre se encuentra a gusto. Cuando el director de la «Sureté Générale» me amenazó con expulsarme de Francia, yo pensé que, desde el punto de vista culinario, esta expulsión sería una verdadera desgracia para mí. La popularidad que me produciría la expulsión no me halagó absolutamente nada.

No. Yo prefiero el anonimato ante un «riz de veau» francés a la gloria de una casa de huéspedes de Madrid, aunque esta gloria se tradujese en cierto crédito con la patrona. Así, por si las amenazas se verificaban, yo me fuí directamente de la «Sureté Générale» a un restaurant, donde dispuse un «menu» que era toda una obra de arte. Comí casi con lágrimas en los ojos, y a medida que comía iba pensando que yo había estado muy injusto con Francia. Un país donde se come tan bien, merece indudablemente los mayores respetos del publicista. Yo había puesto un poco en duda la civilización francesa, y cada plato que me traía el camarero me demostraba todo el refinamiento de esta civiliza-

ción. Recuerdo, sobre todo, un pollo a la bordalesa que era verdaderamente espiritual. «¡La cultura inglesa y la cultura alemana!— me decía yo—. La prueba de que esas dos culturas son inferiores es que en todos los buenos restaurants ingleses y alemanes se come a la francesa.»

Hace poco, con motivo del naufragio del «Titanic», se habló de la superioridad de la raza anglosajona. El valor, la serenidad y la galantería de aquellos hombres le dieron al mundo una prueba patente sobre su fortaleza moral. Yo no quiero negar el mérito de los náufragos del «Titanic»; pero bueno será tener en cuenta que, entre los empleados del gran trasatlántico, había veinticinco cocineros franceses. Esos veinticinco cocineros franceses hacían cocina francesa, y los tripulantes del «Titanic» estaban nutridos por Francia. Es posible que, de comer a la inglesa, «roast-beef», coles hervidas y patatas sin sal, no hubieran muerto de una manera tan heroica.

Que les aproveche a las distintas colonias francesas los banquetes en proyecto. Yo siento no poder asistir a ninguno de ellos para hacer luego un artículo descriptivo sobre cada plato y para deslucir la filosofía de cada sal-

sa. Los franceses comerán mucho y comerán bien, y a los postres pensarán que, indudablemente, la civilización francesa es superior a todas. Si yo comiera con ellos pensaría lo mismo.

EN SUIZA NO HAY SUIZOS

—Va usted a meterse con los suizos, ¿eh?—
me decía un amigo.

Mi amigo se equivocaba. Yo no voy a meterme con los suizos, porque no creo en ellos. En Suiza no hay suizos. A lo menos, el habitante típico de Suiza, el que le da carácter, no es el suizo. Yo nunca me he imaginado Suiza poblada de suizos, sino de ingleses. El inglés es el verdadero habitante de Suiza y su traje es el traje característico del país. Cuando los ingleses suben a la montaña, se atan entre ellos con una cuerda; por las ciudades y por los pueblos, siempre en banda, parece que también están atados los unos a los otros, y, en realidad, lo están. Están atados por la cuerda invisible de la Agencia Cock.

Además de los ingleses, que son el elemen-

to fijo del país, hay en Suiza gentes de todas partes, es decir: forasteros. Lo que no hay son suizos. ¿Cómo vamos a reconocer la existencia del suizo si no podemos clasificarle en la categoría de forastero ni en la categoría de indígena? En Madrid y en Barcelona, en Inglaterra y en Francia, yo no niego que haya algunos suizos. Aquí no los hay. El suizo no adquiere personalidad nacional hasta que sale de Suiza. En una «table d'hôte» de Suiza, en un coche de ferrocarril, en un vaporcito de un lago cualquiera, uno está dispuesto a alternar con gente de todas las procedencias; pero que un señor se declare suizo, y la estupefacción será general. ¡Un suizo, en Suiza! Es algo así como sería un esquimal en Madrid.

—Yo soy suizo—dice el señor modestamente.

—¿Suizo? Pero, ¿y además es usted alemán, o francés, o qué?

Porque eso de ser suizo no se considera bastante, y porque el serlo no le impide a nadie ser otra cosa.

Aquí circulan todos los idiomas y todas las monedas. Existe una moneda suiza por fórmula, para hacer creer que los supuestos suizos se gastan algún dinero, pero uno puede pedir su almuerzo en inglés, en francés, o en italiano y pagarlo con moneda inglesa, fran-

cesa o italiana. El dinero suizo es nuestro dinero.

Si yo digo alguna vez cualquier cosa contra Suiza, que no salga protestando algún suizo de Jadraque o de Castropol. No se lo permitiré. Suiza es una cosa y los suizos son otra. Suiza no es extranjero. Yo no le reconozco existencia al suizo mas que como una fuerza invisible de atracción para nuestro dinero. A los cuatro días de estar en Suiza uno se dice:

—No sé en qué se me ha ido el dinero. No he comprado nada, no he hecho nada extraordinario y me he gastado un dineral. Se me ha ido el dinero sin sentirlo.

Pues esa fuerza misteriosa que se le lleva a uno el dinero como un imán, como un conjuro, ese poder extraño y terrible, eso es el suizo.

SUIZA COMO ENFERMERIA

La entrada es muy barata.

Como obra de ingeniería, esta Suiza es algo formidable. Porque Suiza es una obra gigantesca de ingeniería, un parque de recreos colosal. Es la «Magic City» de Europa, del mundo entero. A mí me da la idea de una cosa yanqui, hecha a fuerza de dinero y de audacia. Sólo capitalistas e ingenieros yanquis han podido concebir el proyecto de construir estas montañas enormes, cuya sola nieve supone un gasto anual de muchos millones de dólares: estos lagos maravillosos, estos túneles, estos funiculares. El Mont-Blanc, por ejemplo, está hecho con el mismo criterio con que están hechos los rascacielos de Chicago. Es una montaña rusa demasiado yanqui. No es bo-

nita ni divertida. Es grande, es la montaña más grande de Europa. No tiene otro objeto más que el de ser muy grande. Se ve que los yanquis se han dicho:

—¿Cuántos metros tiene tal montaña? ¿Tres mil? ¿Y tal otra? ¿Cuatro mil? Pues nosotros vamos a hacer una montaña de cinco mil.

Y han hecho el Mont-Blanc, que resulta una cosa desproporcionada.

Porque, como he dicho antes, Suiza es un parque de recreos, y sus montañas y sus abismos deben producir, sencillamente, una emoción ligera, fácil y barata, como los toboganes y los «watter-chutts» de «Magic City». Así el Rigi, adonde se va en ferrocarril, y las rocas de Naye y tantas otras montañas. Las mujeres las suben en funicular, bordeando unos abismos muy bien imitados, y dan gritos y todo; pero, interiormente, saben que están en un parque de recreos y que no corren peligro ninguno. Entre estas montañas de cartón, donde tanto se divierte la gente, el Mont-Blanc desentona. Con su enorme altura ya no es una montaña de juguete. Es una montaña de verdad, de ascensión difícil y expuesta, y para trepar a montañas así, no vale la pena de venir a Suiza.

En Suiza, como en todos los parques de recreo, la entrada es barata. Lo caro son las

atracciones. La gente debe dejarse aquí una millonada diaria, y, aun así, no creo que la empresa gane mucho. ¡Hay que ver lo que debe costar el sostenimiento de Suiza! Sólo el hielo supone un dineral. Luego, el hierro de las aguas ferruginosas, el bicarbonato de las aguas bicarbonatadas, el azufre, la cal, el iodo, el arsénico, los sulfatos... Después, la «réclame».

Es enorme, es fabuloso, es yanqui. En realidad, Suiza es lo más yanqui del mundo.

NO OCURREN AVENTURAS

Está demostrado que no ocurren aventuras ningunas en los viajes. Antes, no es que ocurriesen, pero no estaba demostrado que no ocurrián, y el viajero podía inventar una aventura extraordinaria para sus amigos o para su público, con grandes probabilidades de éxito. «Un día en el expreso de tal parte...» O bien: «En un pasillo del Gran Hotel de X...» Porque, en un expreso internacional o en los pasillos de un Gran Hotel todo resultaba verosímil. Un señor al que en su elemento habitual se le hubiera puesto en duda una planchadora, podía atribuirse una princesa si comenzaba su narración en los términos susodichos: «Un día en el expreso de tal parte...» O bien: «En un pasillo del Gran Hotel de X...»

Hoy no puede uno irse a X. El gusto del

público ha cambiado. Hay que ir a sitios concretos, donde se sabe que no pasa nada. Los viajes son una cosa fácil y barata. Viajan ya las familias modestas, los recién casados de la clase media, los comerciantes al por menor. Estos hoteles de Suiza, donde el viajero de imaginación podía situar antes tan bonitas historias, han perdido todo su prestigio. No lo digo en contra de Suiza. Yo comprendo que por siete francos diarios el gremio de hoteleros no puede facilitarnos princesas a todos los que venimos aquí, y que bastante hace si nos manda el desayuno con una criada que esté bien de carnes. Lo digo por la Agencia Cock, que al facilitar los viajes ha destruído todo su encanto, y que llena los ferrocarriles y los hoteles de pequeños comerciantes en vacaciones, y lo digo por el Baedeker, en cuya prosa el país más exótico adquiere un carácter de vulgaridad.

Aquí, en mi hotel, he conocido a un industrial de Toulouse, que está empeñado en tener una aventura. Sería el colmo que le ocurriese una aventura a un industrial de Toulouse, en una época en que no le ocurren aventuras a nadie. Todos los días, a la hora del almuerzo, el hombre intenta un relato:

—Anoche, en el pasillo, no sabe usted lo que me ha pasado...

—Anoche, en el pasillo, no le ha pasado a usted nada—le dije yo ayer—. Está demostrado que en los pasillos de los hoteles no pasa nunca nada.

El pobre hombre entonces se quedó muy triste. En su interior pensaba :

—Pues si no nos ocurre nada en los hoteles a los industriales de Toulouse, ¿ en dónde va a ocurrirnos algo ?

EL LEMAN Y LA FORNARINA

Hay un vaporcito que sale todas las mañanas temprano de Ginebra y vuelve a las ocho de la noche. En medio del día el vaporcito recorre todo el lago. Primero se detiene en Coppet, donde está el castillo de madame Stael; luego vienen Nyon y Prangius. De Prangius, el vaporcito se va a Evian, en la parte francesa del lago, y de Evian vuelve al lado suizo, parándose en Ouchy, en Vevey, en Claren, en Territet. Unos viajeros bajan a visitar el castillo de Chillón; otros suben a las rocas de Naya, en un ferrocarril como de montaña rusa; allá arriba, a 2.045 metros de altura, el viajero se cree mucho más importante que al nivel del mar. El vaporcito sigue hasta Villeneuve, al final del lago, rodeado en esa parte de montañas muy azules y cubierto por un cielo

de tarjeta postal en colores. Generalmente, se almuerza a bordo, en un restaurant bastante bien servido.

Es precioso. Es ideal, pero con el lago Lemán a mí me pasa lo mismo que con la Fornarina. La Fornarina también es preciosa, yo lo reconozco, pero no la frecuento ni la describo. La Fornarina representa una escuela literaria a la cual no pertenezco. Representa la literatura galante y psicológica Marcel Prevost y Paúl Bourget. Como muchacha está muy bien; pero sus amigos la han rodeado de literatura, y uno perdería personalidad yendo a su círculo, entrando en el grupo de sus admiradores.

Así el lago Lemán. El lago Lemán también representa toda una escuela literaria: esa escuela que tiene por objeto describir los encantos de la Naturaleza: aguas tranquilas, cielos azules, montañas solemnes. Tanta literatura se ha ido echando sobre el lago Lemán que a mí me parece que estas aguas no son aguas, y que «La Suisse» flota sobre una literatura flúida, y que los peces del fondo, como tantos otros peces, viven de la literatura. Me parece que avanzamos por una novela romántica traducida del francés y no por un lago real y verdadero.

Están bien los lagos, pero hay que guardar-

se de describirlos. En literatura producen un resultado funesto. ¡Cuidado que es difícil admirar a la Naturaleza sin decir tonterías, sobre todo cuando se trata de una naturaleza poética! Se puede ser original en la mesa de un café, en una reunión de amigos, ante los acontecimientos ridículos de la vida diaria, pero no hay manera de adoptar una postura original frente a montañas de 3.000 metros. Frente a estas montañas o se calla uno dice tonterías.

Yo me callaría de buena gana en el lago Lemán, frente a los dientes de Morcles, del Midi y de Moche, o diría tonterías respetuosamente. Sé el respeto que se les debe a los lagos y a los viejos; pero cuando un lago se impregna de literatura como cuando un viejo se pinta las barbas, entonces pierde todo derecho a nuestra consideración y nosotros podemos burlarnos de él. Si yo me burlo alguna vez del lago Lemán, que no tome mis burlas en cuenta la Naturaleza, sino la Literatura. El lago Lemán está lleno de literatura como de un perfume cursi. La literatura y la idiotéz flotan de sus aguas como una emanación, mezcladas al perfume de las flores y a la música de las orillas. «¡Es un encanto!», dicen los veraneantes. Esas mismas barquitas de vela

que se ven siempre a lo lejos, ante una decoración de montañas, parece que el Gobierno suizo las haya puesto allí expresamente para amenizar el trabajo descriptivo de los veraneantes literarios.

EL INTELIGENTE EN MONT-BLANC

Ayer toda Ginebra estaba en el Quai du Mont-Blanc. Toda Ginebra, es decir, media Inglaterra, un cuarto de Rusia, bastante Alemania, un poco de América del Sur, algo del Japón. La gente miraba a lo lejos. Unos se servían de gemelos prismáticos; otros aplicaban el ojo a telescopios de alquiler.

—*C'est épatant!*—decían por aquí.

—*Very nice indeed!*

—*Kolossal!*

Yo pagué 25 céntimos por utilizar un telescopio, y luego después le pregunté a la señora del telescopio qué era lo que yo había visto.

—*Mais le Mont-Blanc, monsieur. Vous avez vu le Mont-Blanc.*

La creí bajo su palabra. Yo había visto el Mont-Blanc. De todas maneras, resulta ab-

surdo venir a Suiza para ver el Mont-Blanc a través de un telescopio. ¡ Si a lo menos estuviese pintado en el cristal ! Porque de no estar pintado en el cristal, el Mont-Blanc se ve mucho mejor en las fotografías.

Entre la multitud habrá muchas personas inteligentes en Mont-Blanc. El Mont-Blanc tiene sus trucos sus martingalas. Se puede ser inteligente en Mont-Blanc, como se puede ser inteligente en música, sin haber subido jamás a él. Yo creía que no había nada más molesto en el mundo que el inteligente en música. El inteligente en Mont-Blanc es mucho peor. Pone una cara tan interesante, como si el Mont-Blanc fuese una ciencia.

—Cuando se ve el Mont-Blanc desde Ginebra—dice—es que va a llover. Probablemente lloverá dentro de algunos días o de una semana.

Otras veces dice que el Mont-Blanc fuma en pipa. Si hay una tempestad en la cumbre del Mont-Blanc y los remolinos de nieve hacen a lo lejos el efecto de una humareda, es que el Mont-Blanc fuma la pipa. ¡ El Mont-Blanc fuma la pipa ! Es una manera de hablar del Mont-Blanc, como podrá hablarse de un amigo.

Le Mont-Blanc, vous savez ça me connait—dice el inteligente en Mont-Blanc.

Y cuando este hombre absurdo se va, aun-

que vaya cuesta abajo, gobierna sus pasos como si trepara a un Mont-Blanc invisible.

Ayer se ha visto el Mont-Blanc desde Ginebra. Por la noche la mujer del telescopio estaba todavía en el mismo sitio.

—¿Quiere usted ver las montañas de la luna? ¡Veinticinco céntimos!—me dijo.

¿Las montañas de la luna? Creí haber oído mal.

--*Mais oui, monsieur: mais oui. ¡Les montagnes de la lune, quoi!*

Me pareció el colmo. Sin embargo, es cierto que todas las noches de luna se arman dos o tres telescopios en el Quai du Mont-Blanc para ver las montañas selenitas. Estos suizos se creen que las montañas de la luna les pertenecen. Su ideal sería agujerearlas, organizarlas, llenarlas de túneles, de funiculares y de hoteles y llevarse allí a millares los ingleses para sacarles el dinero.

Yo no subiré ya nunca a una montaña sin miedo de encontrarme en ella un suizo con delantal. Los suizos les sacan dinero a sus montañas hasta al través de los telescopios. Le sacan dinero hasta las mismas montañas de la luna. Al lado de los suizos ¡qué pésimo negociante resulta aquel pobre José María, que quiso explotar Sierra Morena armado de un trabuco!

LOS BESOS DEL LUXEMBURGO

Hace días yo me paseaba por el jardín del Luxemburgo. Una muchacha muy bonita, sentada bajo una estatua, escribía en un cuaderno. Le pregunté si necesitaba algunos adjetivos y me dijo que no, que ella no los usaba más que para escribir a su novio y que, en aquel momento, estaba haciendo ejercicios de composición francesa. Me enseñó su cuaderno y yo me quedé asombrado al ver que una muchacha tan bonita no cometía faltas ortográficas.

—¡Cómo me gustaría a mí—exclamé—que usted fuese mi novia! Usted podría traducirme al francés un libro que yo he escrito contra los ingleses, mientras no encontrase una novia inglesa que me tradujese al inglés otro libro que he hecho metiéndome con los fran-

ceses. La última novia que yo tuve, me he visto obligado a dejarla porque, en sus cartas, me llamaba adorado con hache.

La muchacha se rió mucho de esta falta y yo me senté con ella. Hablamos un rato. Al despedirme la pedí un beso y ella me prometió que me lo daría la semana siguiente.

—Hágame usted un vale—la dije entonces—. La muchacha cogió su cuaderno y escribió: «Bou pour deux baisers, le 30 Avril de 1911.»

—Ponga usted la firma, la rúbrica y la dirección.

Ella puso su firma y una rúbrica muy aparatosa. En cuanto a la dirección, convinimos en que fuera la misma del sitio en donde estábamos.

—¿Qué estatua es esta?—me preguntó la muchacha.

Yo leí el pedestal. Era la estatua de Clemencia Isaure, creadora de los Juegos Florales. «Sous l'estatue de Clemence Isaure, creatrice des Jeux Florales», escribió la chica y, arrancando la hoja del cuaderno, la dobló cuidadosamente y me la entregó.

Hoy 30 de Abril, yo me presenté con mi vale en el jardín del Luxemburgo. Me dirigí a la estatua de Clemencia Isaure, en donde encontré a mi linda deudora.

—Vengo a cobrar—le dije.

Ella se echó a reír.

—No bromea usted, señorita. Yo soy un acreedor implacable. Estoy dispuesto a entablar un pleito contra usted, si usted no me paga.

—Pero ¿no sabe usted que está prohibido besarse en Luxemburgo?

—¿Cómo que está prohibido besarse en el Luxemburgo? ¿Desde cuándo?

—Pues desde ayer.

Y la muchachita me mostró un número de «L'Intransigent», que yo leí estupefacto. El día anterior una muchacha de diez y ocho años había besado a un estudiante en un banco del Luxemburgo. Inmediatamente apareció un guardia al que luego se unieron otros dos. Los tres guardias comenzaron a verbalizar. Se reunió público. La pobre muchacha, con la cara escondida en un pañuelito de encaje, lloraba amargamente. La llevaron a la Comisaría y no la soltaron hasta tres horas después. ¡Por un beso!

El caso es inaudito. Las muchachas del Luxemburgo están indignadas y los estudiantes piensan hacer una manifestación de protesta. Que los guardias se erijan en profesores de moral, pase, sobre todo ahora que monsieur Lepine es miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, pero no que lo

hagan en el jardín del Luxemburgo. El barrio Latino es una patria aparte. Hay los ciudadanos de París y los ciudadanos del barrio Latino. El barrio Latino ha disfrutado siempre de privilegios a los que monsieur Lepine no tiene derecho ninguno de tocar. La moral del jardín del Luxemburgo es fácil y alegre. Entre el bosque se han besado las estatuas, las palomas y las parejas de enamorados desde que el jardín existe. Hay hasta una columna llamada «la columna de los besos» con un capitel lleno de figuras alegóricas. Que monsieur Lepine haga lo que quiera de París; que le quite toda su espiritualidad y todo su encanto, pero que no le toque al barrio Latino. Todas las noches las orquestas de los cafés tocan aires de «La Bohème» para recordárnoslo, y esta música, que en cualquier otro lado resultaría un poco cursi, en el barrio Latino tiene un atractivo indudable. Si en el barrio Latino no hay apaches, no es gracias a monsieur Lepine, sino porque los estudiantes de todo el mundo que habitan esta pequeña patria, los han echado fuera. Que les dejen, pues, á los estudiantes del barrio Latino observar su propia moral.

Yo leí con verdadera indignación el suceso que relataba «El Intransigente». Me parecía imposible que hubiese ocurrido en el jardín del

Luxemburgo, que es como un nido muy alegre puesto en la pared triste del Senado.

—Pero señorita. ¡Si hasta los ingleses se besan libremente! En Hyde Park, cuando acaba la música, no se oyen más que besos.

—Puesto que usted es «hombre de letras»—me dijo la muchacha—debe usted hacer un artículo contra monsieur Lepine. Diga usted que lo más inmoral de todo es llamarse de esa manera. Ande usted, y yo le abonaré su vale. Si es necesario yo le pondré a usted un poco de ortografía...— Pero la encantadora criatura no sabía que si yo me meto con monsieur Lepine el ministro del Interior me expulsará de Francia.

LOS «MAGASINES» DE LA CULTURA

Si yo continuase algún tiempo en París, es posible que me hiciese un poco sabio. Estas clases de la Sorbona, son poderosamente agradables, y yo me había acostumbrado a frecuentarlas. Sobre todo me había acostumbrado a las conferencias de helenismo de monsieur Croisset.

El helenismo tiene unos bancos bastante cómodos y unas alumnas muy bonitas. Estas alumnas, penetradas de espíritu helénico, son muy propensas al aticismo de los dilettanti. Monsieur de Croisset es un expositor elegante, ameno y claro y no usa anteojos. Una señorita puede ir a oírle como iría a tomar el té o darse un paseo por el bosque de Bolonia. A pesar de ser un sabio, monsieur de Croisset es un hombre agradable. No dice cosas muy pro-

fundas, sino cosas interesantes. Vulgariza. Halaga este afán un poco vanidoso de cultura que se siente en el seno de las familias acomodadas. La clase de la Sorbona viene a ser así como las «Galleries Lafallete» del helenismo.

¡Loadas sean las Galleries Lafayette!

Gracias a ellas, todas las muchachas de París van bien vestidas, aunque un traje de las «Galleries Lafayette» no podrá competir nunca con un traje de «Chez Paquin». Así, gracias a monsieur de Croisset, muchas muchachas adornan su espíritu de un helenismo que no hubieran podido procurarse nunca en los libros de los sabios alemanes, más profundos, quizá, que monsieur de Croisset, pero tan inasequibles para las chicas de la clase media como los trajes de Paquin.

Yo hablo de monsieur de Croisset como pudiera hablar de cualquier otro profesor de la Sorbona. Le considero el tipo medio de estos conferenciantes amenos, que se hacen oír con placer, a pesar de decir cosas útiles. Su labor es muy semejante a la de la revista «Les Annales». Nadie que quiera instruirse de verdad sobre ninguna cosa se suscribirá a «Les Annales»; pero «Les Annales», sin tener la menor seriedad científica ni literaria, han hecho en Francia una labor enorme por la ciencia y por la literatura. Un suscriptor de «Les An-

nales» puede hablar bastante bien acerca del último libro o de la última Exposición. Muchos suscriptores se hacen pedantes, pero otros se aficionan al estudio. La pedantería es desagradable sin duda alguna. Eso de que una chica le hable a uno de Sócrates nada más que porque en casa reciban «Les Annales» carece en absoluto de amenidad. ¡Qué le vamos a hacer! Después de todo, más vale un medio culto, a pesar de la pedantería que tiene que derivarse de él, que un medio ignorante.

Aquí, el medio es culto. En un *cabaret* cualquiera, se puede hacer un chiste acerca de Plinio, en la seguridad de que el público lo entenderá, gracias a «Les Annales» y a monsieur de Croisset. El vecino de París no vale más que el vecino de Madrid. El «Botin» no es, ni mucho menos, superior al Bailly-Bailliére. No; pero el medio parisién es superior al medio madrileño. Aquí la ciencia no es patrimonio exclusivo de los sabios y de los estudiantes, sino que está diluída en el ambiente. Las ideas pasan al ambiente por medio de las conferencias y de los periódicos y de las conversaciones.

No es que en Francia haya grandes hombres. Francia es un pueblo mediocre, en donde todo es clase media. Aquí no hay grandes

fortunas ni grandes miserias; no hay una gran cultura ni una gran ignorancia. Por el dinero, como por la educación, toda la Francia es clase media. En la cultura francesa no hay aristocracia ni demagogia; todo es burguesía.

De continuar aquí, yo me hubiera hecho un pequeño burgués de la cultura. Hubiera ido metiendo ordenadamente una porción de conocimientos en la *casse d'épargne* de mi cerebro hasta formarme una sabiduría modesta, que asegurase mi vejez intelectual, cuando yo hubiera perdido ya toda mi espontaneidad y toda la frescura de mi juventud, pero nó podrá ser. Me voy a Alemania, donde los sabios tienen un orgullo de aristócratas y no descienden nunca a hablar el lenguaje del pueblo. Allí yo me podría hacer más sabio que en París.

MANERAS DE SER ESPAÑOL

Un señor de sombrero cordobés y americana torera.

El gerente me pidió permiso para instalarlo a mi mesa, y yo comencé a hablar con él.

—¿Es usted español?—le pregunté.

—No, señor. Yo soy danés.

—Pues el gerente me ha dicho que era usted español.

—Verá usted—exclamó el hombre después de una pausa—. Yo creo que eso de ser español, más que una cuestión de nacionalidad es una cuestión de temperamento. A lo menos en estas latitudes de Suiza, hacia el Norte, se es español como se es sanguíneo, o linfático o bilioso. Cuando una mujer dice que un hombre tiene un tipo muy español, está muy lejos de pensar que ese hombre haya nacido en Espa-

ña. «Ese hombre tiene un tipo muy español» equivale a decir :

—Ese hombre debe ser apasionado, violento y celoso.

Claro que lo probable es que el temperamento español abunde en España más que en ningún otro país ; pero esto no significa el que todos los españoles tengan un temperamento español. Yo he conocido en Copenhague a un español del que decían algunas mujeres :

—Pues no me ha resultado tan español como yo creía.

Y es que esas mujeres confundían el temperamento con la nacionalidad. En cambio, de mí hay quien dice que soy muy español. Se puede ser más o menos español por temperamento, mientras que por nacionalidad no hay manera de ser más o menos de España, sino que se es de España o no. Yo soy danés de nacionalidad y español de temperamento. Ahora bien ; así como los patriotas quieren clasificar a los hombres por países y los socialistas por oficios, yo creo que es más lógico clasificarlos por temperamentos. Por eso yo me he clasificado como español en vez de clasificarme como danés. Yo llevo mi españolismo en la sangre, en los nervios, en el hígado. Para ser un español completo, usted cree que me falta haber nacido en España ; pero yo no le doy importancia

ninguna a este pequeño detalle. Por lo demás, nadie se la da tampoco, excepto ustedes, los españoles de origen. Ustedes tienen todos los inconvenientes de ser españoles, y a veces no tienen ustedes ninguna de las ventajas de que goza en Europa el español. Yo tengo las ventajas sin los inconvenientes. Yo no hablo castellano, es cierto; pero hablo alemán, francés, inglés... Hablo los idiomas de los países en donde se cotiza el temperamento español...

Mi vecino de mesa continuó así durante largo rato. Yo me sentía achicado frente a él. Luego pagó su consumación y se fué de una manera torera.

ROMANTICISMO ECONÓMICO

A bordo de «La Suisse», recorriendo el lago Lemán, conocí a un matrimonio de Lyon. Ella era una señora como de cincuenta años, gorda, blanca, perfectamente repugnante. Parecía un saco mal atado. De su barbilla pendía una papada enorme. A la hora de comer tragaba con una voracidad de pelícano; indudablemente quería aprovechar el dinero, y el exceso de comida se lo guardaba en la papada para cuando volviese a Lyon. Su pecho era como otra papada; oprimido de un lado parecía que iba a reventar por el otro. A uno se le iba la cabeza viéndolo. El marido, un poco más viejo que la señora, balanceaba un cuerpo gigantesco sobre unas piernas muy pequeñas; la calva le sudaba como si se le de-

rritiesen los sesos, y el hombre se la pulía a cada rato con un pañuelo.

—Somos de Lyon—me dijo la señora—. Allá tenemos una fábrica. Si usted pasa algún día por Lyon no deje de visitarnos.

—¿Y de qué es la fábrica?

—De cueros. Nosotros trabajamos en cueros. Es magnífico el lago, ¿verdad?

—¡Es magnífico!—añadía el marido.

Y los dos creían firmemente que por once francos veinticinco del billete de «La Suisse», tenían derecho a situarse en aquella decoración estupenda.

El lago Lemán es la belleza fácil, clara, barata; el romanticismo tranquilo y económico; la poesía para todo el mundo. Es una belleza, un romanticismo y una poesía que cualquiera puede comprender. ¡Hasta los industriales en cueros de Lyon! ¡Hasta los ingleses! La parte pictórica del lago está hecha con un criterio de tarjeta postal a veinticinco céntimos; la parte romántica y poética, con un criterio de folletín francés. Todo el lago está dentro de las ideas artísticas que imperan en el pequeño comercio. No es como esos paisajes de Castilla que desconciertan al burgués, igual que los cuadros revolucionarios en las Exposiciones de pintura. No. Es tan fácil de comprender y de sentir como un cromo brillante, como

una poesía de Francois Coppé, como el «vals de las olas».

No todo el mundo puede darle un sentido ideal a su vida en las grandes ciudades o en los pueblos pequeños. La mayoría de las gentes viven en prosa, y para esas gentes está el lago Lemán. El lago Lemán les da siete días de poesía, en segunda clase, por setenta francos; quince días de poesía, en primera clase, por doscientos cincuenta. Aquí hay poesía para los ingleses y para los fabricantes de cueros de Lyon; poesía para los recién casados, y poesía para los viejos matrimonios que quieran rejuvenecer un poco sus almas deterioradas: poesía hecha como los trajes hechos.

La vieja señora cuyo conocimiento hice a bordo de «La Suisse» se derretía de emoción poética. Yo creo que se guardaba también poesía en su papada de pelícano para cuando llegase a Lyon. El marido decía:

—C'est merveilleux, c'est épatant, c'est vraiment poetique.

Y se pasaba el pañuelo por la calva y lo sacaba impregnado de una poesía sebosa.

EL AMIGO DE LA MONTAÑA

En Territet tomamos el tren para Glion. «Funiculí, funiculá...» Luego, en un tranvía de cremallera, subimos a los Rochers de Naye. El mundo va quedando a nuestros pies.

Todos se muestran encantados de la ascensión. Las señoras no sienten el menor cansancio. Se habla mal de los ingleses—¡esos primos!—, que suben las montañas a pie, habiendo en Suiza unos funiculares tan hermosos. En el fondo, nuestro humorismo es poltronería pura.

—Para mí—dice un señor gordo—, la manera más esportiva de subir las montañas es ésta.

—¿Y si descarrila el funicular?—exclama una señora.

Con nosotros viene un belga, amigo de la montaña.

—¡ Ah ! ¿ Es usted amigo de la montaña ?—
interrogan con admiración cuatro o cinco voces.

Ya lo creo que es amigo de la montaña el hombre belga. Es un amigo íntimo. En realidad, si este hombre no fuera amigo de la montaña, sería bien poca cosa. Es amigo de la montaña, como otros son amigos de un torero. Aquí, en Suiza, no hay toreros para que uno cultive su amistad; no hay apenas personajes políticos; no hay más que montañas. Ser amigo de la montaña es lo más que se puede ser en Suiza, como no sea la montaña misma.

—Sí—dice el belga—. Yo soy amigo de la montaña. La conozco desde la infancia.

—¿ Desde la infancia de la montaña ?—
interrumpe el señor gordo.

Pero el amigo de la montaña no hace caso y continúa. Parece como si se tutease con la montaña, o como si la montaña le debiera dinero. Todos los años viene a visitarla. Seguirá viniendo aunque se encuentre en el fin del mundo.

Y henos ya en la montaña en cuestión.

—¡ 2.044 metros !—exclama el belga.

Estos 2.044 metros irán aumentando considerablemente a medida que los excursionistas vuelvan a sus casas.

—¡ C'est épatant !

No es que se admire la altura de la montaña. Nos admiramos a nosotros mismos de encontrarnos tan altos, y pensamos con un desprecio absoluto en la pobre Humanidad que vive al nivel del mar. El aire es puro y aperitivo. El panorama, espléndido.

—¿Usted ama la montaña?—me pregunta el belga.

Claro que amo a la montaña; pero no con locura. La montaña tiene un buen lejos. Sin embargo, éste no es mi elemento. Yo no soy hombre de las montañas, sino de las tertulias de café. El aire del café me produce un efecto tónico excelente.

Hay un sueco que protesta. Un hombre que no tiene más que un pulmón, y al que el aire del café le parece insuficiente. A mí, en cambio, me entona. Este aire tan puro de las montañas me fatiga y me produce una sensación de mareo. Claro es que todo es cuestión de costumbre; pero ¿para qué voy a acostumbarme yo al aire de las montañas? ¿Es que «La Tribuna» se publica en una montaña? ¿Es que hay editores a 2.044 metros de altura?

Se organiza la vuelta. Otra vez la cremallera. Otra vez este ferrocarril de parque de recreos. «Funiculí... funiculá...»

LA CIUDAD VIEJA

De la catedral de Ginebra descienden una serie de callejones muy pendientes y muy estrechos. Estos callejones constituyen la ciudad vieja. Al lado de una carpintería, que huele a madera, donde un hombre de aspecto bíblico hace virutas en mangas de camisa, hay una casa con un enorme farol rojo y un nombre de mujer en el umbral: «Mademoiselle Louise, Madame Jeane»... Luego viene el portal de un ropavejero, casi oculto por una enormidad de chaquetas absurdas, de botas deformes, de pantalones imposibles; entre todas estas prendas, la nariz del ropavejero parece que también está en venta; es una nariz de raza, una nariz «pur sang», que procede de una ganga seguramente. Seguimos andando. Aquí hay una tienda de fontanero, allí un

puesto de libros, más allá un restaurant sórdido, que huele a grasa. En esta parte de Ginebra no se ven pantalones blancos ni sombrillas rojas. Se ven a las puertas unas mujeres gordas, enormes, y, en el arroyo, una chiquillería sucia, traviesa y simpática.

Los refugiados de la Commune vivían por aquí. La mayoría habían adoptado oficios manuales. Había entre ellos bastantes hijos de familia, extraviados en el torbellino de la revolución, y bohemios, bohemios de la revolución, como en otras épocas bohemios literarios; «communards» de mucho sombrero y de mucha corbata; gentes muy «quartier Latin». León Massenet, hermano mayor del compositor, estaba entre ellos.

Las mujeres eran casi todas heroicas. La de Gustave Lefrancais, bordaba; la de Paulet, vendía periódicos en Louquemalle y flores en el mercado del Molard; madame Arthur Arnold iba de casa en casa ofreciendo aves que le mandaban de su pueblo. El mismo Arnold, escritor de bastante mérito, cargaba a veces con el cesto, y, en la imposibilidad de colocar artículos, colocaba gallinas.

Aquella Ginebra antigua, hogar de perseguidos, subsiste todavía. Hoy Ginebra está llena de emigrados rusos, que viven una vida heroica y obscura. ¡Cuánto más no vale el

romanticismo de estas vidas que ese estúpido y burgués romanticismo del lago Lemán, al alcance de todas las familias! ¡ Romanticismo en «tickets»), con rebaja para los grupos que excedan de tres personas!

LOS RUSOS EXISTEN

Detrás de la población flotante de Ginebra hay una población fija, y esta población fija está compuesta de rusos. Ya sé que ustedes no creen en los rusos. Cuando el pobre Morote se presentaba con un ruso en Madrid, la gente se reía.

—¡ Un ruso ! ¡ Vamos, hombre ! ¡ Mire usted que un ruso !

—Con ese ruso no tendrá usted frío, ¿ eh, amigo Morote ?

—Es un ruso de la Cava Baja. Dentro de poco le veremos vendiendo pieles por la calle de Alcalá.

Y como rasgo supremo de ingenio, como cosa verdaderamente espiritual, no faltaba quien dijese:

¡ Miau !

A su paso para España, los rusos, como los chinos, como los irlandeses y los polacos, se detenían en «L'Humanité». Allí los cogía Fabra Rivas y se los mandaba a Morote, una de las pocas personas serviciales capaces de atender a un extranjero que había en Madrid. Morote salía con los rusos a la calle; pero los pobres hombres fracasaban lamentablemente. Nadie los tomaba en serio. ¡Rusia! Bien que se cite de vez en cuando a un escritor ruso, probablemente un «camelo»; bien que algún telegrama de periódico hable vagamente de Rusia una vez a la semana; bien que la «Cusqui» presuma de haber conocido a un príncipe ruso en Moscou, pero nada más. De todo eso a la presentación de un ruso de carne y hueso, de un ruso vivo, hay una gran diferencia...

Y es que en Madrid no quieren reconocer la existencia de los rusos, ni de los chinos, ni de los finlandeses, ni la de los polacos, ni de nadie absolutamente. Hasta hace poco no se reconocía ni la existencia de los alemanes. Al pobre muchacho que llegaba a Madrid, de vuelta de Alemania, después de haberse quemado las pestañas estudiando el alemán en unas gramáticas enormes, le decían que hablaba en «camelo».

—Conque alemán, ¿eh? Pues a ver si sabes cómo se dice «guaguagua» en alemán.

Pero los alemanes han invadido Madrid y Barcelona y España entera, y hay que creer en ellos. Se cree en ellos, se cree también en los ingleses y en los franceses; pero no se cree en nadie más. El madrileño no quiere creer que haya algo fuera de Madrid y del cocido a la madrileña y de los «timos» de los barrios bajos. Se figura que nadie tiene gracia mas que él, que nadie se divierte más que él. ¡Los rusos! Unos hombres que no saben decir «¡pa chasco!» Los rusos no existen.

Pues sí existen. Hay algo en el mundo más que la calle de Tudescos, gracias sean dadas a Dios; porque si no hubiera más que la calle de Tudescos en el mundo, el mundo no sería una cosa muy divertida. Yo no soy sospechoso en estos asuntos. Cuando algunas gentes me parece que no tienen una existencia nacional muy definida, lo digo francamente. Así, yo he negado la existencia de los suizos; pero, en cambio, afirmo la de los rusos. En Ginebra, donde todavía no he visto a los suizos, he visto, en cambio, una infinidad de rusos.

MONSIEUR CARNEGIE EN GINEBRA

Carnegie, que se hospeda desde hace unos días en Ginebra, ha salido de excursión para Chamonix. Es verdaderamente triste tener centenares de millones, y ser rey del hierro o del tocino de cerdo, para luego venirse a veranear a Suiza, como un «clerk» inglés, al que le dan doble sueldo durante las vacaciones; como una falsa baronesa austriaca, o como un comerciante al por menor de Lyon, de Colonia, de Franckfort au Maine o de Marsella. Carnegie se hospeda en el hotel «du Beau Rivage», como podría hospedarse en el de «l'Ecu», en el «du Lac» o en cualquier otro.

Todo el mundo se hospeda en estos hoteles, y aunque Carnegie haya tomado un piso entero, no podrá gastar mucho más de doce duros al día. Un criado particular al servicio del viaje-

ro cuesta seis francos en cualquier hotel de Suiza. El viaje a Chamonix, para ver la «mer de glace», viene a importar, «tout compris», unos seis o siete duros. Esta excursión de placer, que «se ha pagado» monsieur Carnegie, no hay en el mundo tendero, medianamente acomodado, ni criada de servir con algunos bonos de la «caisse d'épargne», ni fabricante de salchichas, que no la haya hecho, o que no haya de hacerla alguna vez.

Uno de los grandes atractivos de Suiza es éste: que pone al alcance de todas las fortunas una vida de millonarios. Aquí se puede hacer de millonario por dos o tres duros al día, lo que resulta muy económico. Puede uno hospedarse en un gran hotel y tener un criado particular e irse a Chamonix como monsieur Carnegie, por el mismo dinero que se gasta uno ordinariamente en su casa. Todo lo cual nos va muy bien a nosotros los que no somos millonarios todavía; pero debe ser muy triste para los millonarios de verdad.

Esto de que yo coincida con Carnegie en Ginebra, a mí me da una impresión así como si me lo tropezara en un restaurant de a cinco reales el cubierto, vino comprendido. Carnegie podrá decir que ese restaurant era mejor que los restaurant caros, como puede decir ahora que en Suiza se vive más agradablemente que en

ninguna parte. Puede decirlo, y tal vez tenga razón; pero un hombre como Carnegie está obligado a vivir en un sitio carísimo, aunque este sitio carísimo sea una porquería.

Venirse a Suiza un hombre como Carnegie, ¡ a Suiza, donde le dan a uno las cerillas de balde en los estancos !

¿ Estará haciendo economías ?

Yo no me explico que Carnegie venga a Suiza, mas que diciendo :

—¿ Cuánto cuesta Suiza ? ¿ Mil reales ? ¿ Dos mil millones ? Ahí van...

EL VERDADERO TURISTA ES INGLÉS

El turismo, como el «raast-beef», ha sido inventado en Inglaterra, y el verdadero turista es el turista inglés. Ningún país puede considerarse como lugar de turismo mientras no vayan a él los turistas ingleses. Un hotel donde no haya un inglés no parecerá un hotel, sino una pensión de familia; un departamento de ferrocarril sin inglés ninguno, no es un departamento de ferrocarril, y a mí no me dará jamás la sensación completa de que estoy viajando.

El inglés es turista por naturaleza. Yo he conocido en París ingleses que llevaban allí doce años y que seguían de turistas, hablando inglés, llamando la atención, y haciendo el primo como si acabaran de llegar. En España, la gente del pueblo les llama ingleses a todos

los extranjeros. Ingleses es decir turistas. En realidad, el inglés como tiene verdadero tipo de inglés es vestido de turista, con unos «miekers», una chaqueta de travilla, unos gemelos prismáticos en bandolera y una cara muy desorientada. Así es como parece genuinamente inglés, y de ahí el que uno no encuentre nunca en Londres tipos de inglés tan «reussis» como los que se ven en España.

El inglés es el hombre que consume más cupones de hotel, más kilómetros de vías férreas, más guías de Baedeker, más tarjetas postales. Es el hombre que tiene más capacidad admirativa para las ruinas, para los museos, para las estatuas, para las catedrales góticas, para las tumbas célebres. Sería capaz de admirar cincuenta catedrales góticas en un día si se las pusieran en el camino. Igual admira una catedral gótica que un «cabaret» alegre, el sol de media noche en Noruega que el sol del medio día en España. Admira en la misma jornada dos iglesias, una Casa Consistorial, un paisaje, un viejo castillo, la casa donde nació un hombre célebre, una biblioteca pública, un río, una montaña, el amanecer y el crepúsculo, un trozo de mar y las botas de un general heroico. Lo admira todo sin cansarse, con una resistencia para la admiración que no tiene ningún otro turista.

—Permítanme ustedes solicitar su admiración sobre este cuadro de Rubens—dice el guía en un museo.

Y el primer turista que se adelanta y que abre más la boca, es el turista inglés. A veces confunde los cuadros, y en vez del Rubens a que alude el guía, admira una porquería de un pintor local; pero en cuanto advierte su error lo rectifica.

—¡ Ah ! ¿ No es esto lo que hay que admirar ? «No matter. It es all righth».

Mark Twein, en su «New Pilgrim's Progress», cuenta que al pasar por el Estrecho de Mesina, un inglés miraba lleno de unción a ambos lados con unos gemelos

—¿ Por qué admira usted tanto el Estrecho de Mesina ?—le preguntó Mark Twein.

—Sepa usted, caballero!—contestó el inglés—, que yo admiro todos los lugares citados en la Biblia.

—¿ Y qué tiene que ver el Estrecho de Mesina con la Biblia ? Lo que está usted viendo son los clásicos Scila y Caribdis.

—¿ Scila y Caribdis ?—exclamó el inglés—. Yo creía que eran Sodoma y Gomorra. «Be-ver maine. It is all righth».

En Suiza el turista inglés, cargado de un morral, con un «alpenstock» y unos zapatos enormes, cuyas suelas están llenas de pinchos,

echa el bofe para subir a unas montañas que todo el mundo asciende en ferrocarril, y vuelve luego desollado: la cara en carne viva, tosiendo como un gato. La buena fe del turista inglés es infinita; se traga un cuadro apócrifo igual que una montaña de 4.500 metros, y distribuye propinas a derecha e izquierda.

Yo no sé si debemos preocuparnos de llevar a España el turista inglés. Más útil sería, acaso, que fuéramos nosotros a Inglaterra. De todos modos, la atracción del turista inglés sólo depende de una cosa: de que el citado turista se encuentre en España, como en Inglaterra, con un criado que le hable inglés en el hotel, con un buen trozo de «roast-beef» a la hora de almorzar, con su te de las cinco y con su campo de «golf». Porque al inglés le gusta visitar los países exóticos a condición de encontrarse en ellos como en su casa. El inglés en el Extranjero es tan inglés como en Inglaterra. Es inglés siempre; es siempre turista.

EL TURISTA ALEMÁN

El turista alemán es un hombre que se para ante las montañas y los lagos, las esculturas y las ruinas, y que dice:

—¡Kolossal!

Aunque no tuviera el tipo alemán, esa exclamación bastaría para ponerle en evidencia. ¡Kolossal! Pero el turista alemán tiene tipo alemán. Frente a un pequeño monumento suizo—una estatua de la Confederación Helvética, o una capillita de Guillermo Tell—el turista alemán parece otro monumento. Se oye lo de ¡Kolossal!, y no se sabe quién admira a quién: si el alemán admira al monumento, o si el monumento admira al alemán.

El turista alemán es siempre un poco militar. Cuando escala una montaña le parece que la conquista, y al poner en la cumbre su enor-

me zapatón alemán, siente una cosa así como si la montaña fuese desde ese momento una montaña prusiana. Con sus gemelos no contempla el paisaje; más bien parece que examina posiciones.

Yo decía que de todos los turistas, el que compra más tarjetas es el turista inglés; pero hay una gran diferencia entre las postales que compra el turista inglés y las que compra el turista alemán. Al turista alemán se le reconoce también por las postales que elige. Tiene el gusto de la postal compuesta con flores, con golondrinas y con unos versos muy tiernos, que el alemán suscribe al poner su nombre en ella. Estas postales que elige el turista alemán representan su nostalgia por la patria ausente, la tristeza de verse lejos de su novia alemana, de su familia alemana, y de su cerveza alemana, la *Heimweh*.

Cuando el turista alemán vuelve a su Alemania y la gente le pregunta si se ha divertido, si ha visto el lago Lemán y la Jungfran, el castillo de Chillón y la *mer de Glace*, los osos de Berna y la casa de madame Stael, el turista alemán, a cada una de estas preguntas, va respondiendo:

—¡Kolossal!

EL TURISTA YANQUI

El turista yanqui mira todas las cosas con aire de comprador. Ante una catedral como ante una montaña, yo siempre me figuro que van a preguntar lo que cuestan. El otro día he oído a uno inquirir cuánto valía la casa de Voltaire, en Ferney, a veinte minutos de Ginebra. Miran el lago Lemán como si fueran a decir:

—Ahí va el cheque. Mándennoslo ustedes a Cincinatti.

Le presenta usted un duque a un turista yanqui—un duque tronado, naturalmente, que uno no trata otra clase de duques—, y si el turista yanqui tiene hijas casaderas, es capaz de preguntarle a usted:

—¿Y ese duque que usted me ha presentado? ¿Cuánto cree usted que puede costar?

Han comprado duques nobilísimos, cuadros hermosísimos, castillos historiquísimos.

Cuando los otros turistas se extasían ante las ruinas, el yanqui los desprecia como gente poco práctica, que pierde el tiempo en palabras inútiles, y dirigiéndose al guía le pregunta :

—Estas ruinas, ¿ qué es lo que valen ?

—¡ Oh ! Estas ruinas, sabe usted...

—Nada, nada. ¿ Cuánto valen ?

—Mire usted. Estas ruinas tienen un gran valor histórico, un gran valor artístico...

—Pero, en fin, ¿ cuánto valen en dinero ?
¿ Cuántos miles de dólares ?

Si los turistas yanquis no han comprado ya el Mont-Blanc es porque piensan hacer en Chicago uno mucho más grande, con mucha más nieve, con muchas más crevasses, y en el que muera mucha más gente.

Físicamente el turista yanqui es más grande que el turista inglés. Viste esos trajes yanquis que le dan la apariencia de un globo y de los que se han suprimido el chaleco como un ornamento inútil. Bebe muchos cocktails. Tiene efusiones hercúleas y destroza las manos de sus compañeros de mesa en *shakekunds* de una cordialidad primitiva. Los trenes le parecen muy pequeños. Pregunta si hay cuarto de baño en estos trenes suizos que atraviesan todo el te-

ritorio federal en unas cuantas horas. En el hotel toma el ascensor para subir al principal, no porque pueda cansarle una docena de escaleras, sino porque se debe a su calidad de yanqui el ir al cuarto con mucha maquinaria y de un modo muy moderno. Luego hace a pie la ascensión del Mont-Blanc o de la Juny-Fran.

—Usted es norteamericano, ¿eh?—se le pregunta al turista yanqui—. ¿Es usted súbdito norteamericano?

—Yo—contesta el turista yanqui—soy *ciudadano* de los Estados Unidos de América.

No sé qué intención ponen los yanquis en eso de ciudadano. Ello es que se llaman ciudadanos llenándose la boca con la palabreja, y que nunca se anuncian como súbditos, sino como ciudadanos.

El turista yanqui no abunda tanto como el turista inglés; pero tiene mucho más dinero. Lo gasta de una manera ordinaria, pero lo gasta. Un viaje de placer es para él tanto mejor cuanto más dinero le ha costado.

—¿Le ha resultado a usted bien su excursión por Suiza?—le preguntan al turista yanqui de regreso de Filadelfia.

—Muy bien. Ha sido una excursión deliciosa. Cinco mil dólares...

EL TURISTA FRANCÉS

El turista francés es un hombre que «s'en fiche». Se «fiche» de todo menos de la buena comida.

—¿El Mont-Blanc?—dice el turista francés—. «¡Quelle blagne!»

Y no hay manera de sacarlo de ahí. Toma a broma el Mont-Blanc con sus 4.800 metros, con sus abismos, con sus moles de nieve que se derrumban sobre el ascensionista en cuanto éste da un mal paso o levanta demasiado la voz.

—Pues suba usted—le dicen—. Suba usted y verá si todo eso es broma.

—¿Yo?—responde el turista francés—. ¿Y qué quieren ustedes que haga yo allí arriba, en el pico más alto de Europa? ¡Que suban los ingleses! Yo estoy mejor aquí.

Pasa un par de turistas ingleses, cargados de picos y de cuerdas, con las suelas de los zapatos erizadas de pinchos, en compañía de unos guías.

«Tas de farceurs, va!»—exclama el turista francés.

Y pide un ajenjo. Desgraciadamente en Suiza no hay ajenjo. El Gobierno federal lo ha prohibido. No se trata de una medida general contra el alcohol, ya que uno puede beber aquí whiskys, y coñacs, y gins y todo lo bebestible. Se trata de una medida especial contra el ajenjo, que según parece no les gusta a los diputados suizos. En una taberna de Ginebra yo he visto un cuadro donde la «dama verde» yace por los suelos herida en el corazón.

—¿No hay ajenjo?—grita el turista francés—. Pero, ¿qué quieren ustedes que tome uno como aperitivo en Suiza? ¿Queso? «Bon sang de bon sang», «crénom de nom de nom»?

De todos los turistas, el francés es el que usa mayor cantidad de panamá.

—Mucho panamá y poca propina—me decía un camarero.

Sus chalecos amenizan la misma Naturaleza suiza, tan hermosa de suyo. Los ingleses, como los loros, los tristes ingleses, se alegran al ver tantos colorines. «¡Qué fuerza de imaginación!»—piensan ante los chalecos franceses.

¡Admirable turista francés! ¡Turista jovial y desenfadado y buen compañero de mesa! Hombre que se «fiche» del Mont-Blanc y del castillo de Chillón, de Guillermo Tell y del lago Lemán. Por donde pasa el turista francés queda como recuerdo una simpática libertad de costumbres y un relativo refinamiento de la cocina.

EL TURISTA ESPAÑOL

En París yo me encontré un día a Félix Azzati, que volvía con su familia de una excursión por Bélgica y Holanda. Azzati estaba muy enfermo del estómago, y el objeto de su excursión había sido visitar a un célebre especialista. Estuvo, como digo, en Bélgica y Holanda. Se le acabó el dinero antes de ver a especialista ninguno, y en París, en un hotelito de la rue Monthion, estaba el hombre aguardando a que le echasen un cable para volver a Valencia. Así viaja el turista español. A lo mejor viene a Suiza por motivos de salud, a respirar el aire de las montañas, y luego se pasa toda la temporada levantándose a las cuatro de la tarde y yendo del hotel al café. ¿El Mont-Blanc? Que suba quien quiera. ¿El lago Lemán? Que lo visite quien tenga ganas.

No hablemos de ruinas ni de catedrales góticas. Al revés del inglés, el español es el turista que tiene menos capacidad admirativa para las catedrales góticas y para las ruinas. Es también el turista que compra menos tarjetas postales y es el que posee menos dinero de todos.

Yo me he pasado mes y medio en Bruselas, y no conozco de toda Bélgica más que el boulevard du Nord y un bar de noche, adonde solía ir con un bailarín gitano que se llamaba el *Mojigongo*. No he estado en Gante, ni en Brujas, ni en Ambéres, ni siquiera en el *Bois de la Cambre*. En Constantinopla yo viví cuatro o cinco meses, y—si ustedes me guardan el secreto—voy a hacerles una confesión terrible. Ni una sola vez durante esos cuatro meses se me ocurrió entrar en Santa Sofía. Es posible que ustedes se indignen; esto es demasiado fuerte. Antes de indignarse, sin embargo, yo quisiera que ustedes, los de Madrid, me dijese cuantas veces han estado en el Museo del Prado y si han estado alguna vez en la Armería Real.

Para el español, dondequiera que se encuentre, lo más importante es él mismo. El español se concede a sí propio mucha más importancia de la que puede concederle al paisaje o a una catedral, obra de varias generaciones.

—Cualquier día vuelvo yo a levantarme para ver el Mont-Blanc—dice el turista español, si por casualidad se ha levantado alguna vez.

Realmente, el español no tiene naturaleza de turista. Ni naturaleza ni dinero. Si Suiza se hubiese hecho para los españoles, sería un negocio ruinoso

UN SITIO PARA ESCRIBIR ARTÍCULOS

Si yo tuviera una casita a orillas del mar, o bien en la falda de una montaña, ante un paisaje de esta y esta manera, ¡qué bien trabajaría allí!

Esto nos decimos todos, y, sin embargo, yo; por mi parte, nunca he trabajado más a gusto que en plena redacción, ante un compañero que hace chistes y pide pitillos, o que en un antrillo sórdido, debajo de una teja, en el quinto piso de una calle de mucho tráfico, llena de bocinazos, de pregones y de toda clase de ruidos. En plena Naturaleza soy hombre muerto. Lo que menos se me ocurre frente al mar inmenso o a la augusta montaña es hacer un artículo para un periódico, y si lo hago, es a la fuerza. ¡Dios bendiga a esos hombres que ante el espectáculo de la Naturaleza sienten

el deseo irresistible de escribir para la Prensa periódica, y que, para confeccionar un artículo de tres cuartos de columna, creen necesaria la colaboración del mar, del cielo, de los árboles y de los pájaros. A mí la Naturaleza me produce una sola inspiración: la de dormir, la de no escribir artículo ninguno. Si al asomarme a mi ventana recién levantado veo el mar a mis pies, ya no encuentro manera de hacer una línea. Por lo demás, ¿qué clase de artículos puede escribir uno ante la Naturaleza ¿Descripciones poéticas? ¿Es que es lícito cobrar un sueldo de un periódico para hacerles tragar a los lectores descripciones poéticas de la Naturaleza?

Yo no comprendo que la Naturaleza inspire a los escritores y que no inspire, por ejemplo, a los cerrajeros. Es decir: eso de que frente a la Naturaleza un escritor sienta el deseo irresistible de hacer un artículo me parece igual que si un cerrajero sintiera en el mismo caso el deseo irresistible de hacer una cerradura.

Porque los artículos y los dramas, los versos y las novelas tienen generalmente con la Naturaleza una relación semejante a la que pueda tener la cerrajería. No nos hagamos ilusiones. La literatura no es, como creen muchos literatos, una cosa tan grande y tan bella como el mar o como el cielo; a los menos la li-

teratura que hace todo el mundo. Es una mala manera de ganarse la vida, y nada más. Irse al mar o a la montaña, a un lago o a un bosque, escoger cuidadosamente cielos azules y crepúsculos áureos para luego sacar de todo ello tres cuartos de columna del cuerpo nueve... No.

Esos tres cuartos se escriben más dignamente a la luz de un quinqué, bajo el techo ahumado de un cuartito de seis duros, en el quinto piso de una calle cualquiera.

LOS RECIEN CASADOS

Suiza es el país de elección de los recién casados. ¡Las historias que deben saber estos camareros de hotel y estos *controleurs* de ferrocarril! Todos los recién casados de todo el mundo vienen a Suiza a hacerse la ilusión de que el matrimonio es un idilio y de que tiene una relación directa con los blandos lagos, con las montañas azules, con la nieve virginal, con el cielo puro y con los arroyos cristalinos. Las parejas más innobles y más desproporcionadas, los matrimonios más interesados se poetizan aquí. Aquí los recién casados parece que se quieren como si no se hubieran casado todavía. Es una mezcla de amor, de facturas de hotel y de guías ferroviarias. Es más poético que París y menos peligroso. Aquí no hay riesgo de que el novio se pierda a la terce-

ra o cuarta noche ni de que la novia se enamore de nada en un escaparate de la rue de la Paix. Novio y novia se regalan mutuamente un reloj, un auténtico reloj suizo, marcha garantizada, y en paz. Durante quince días es la luna de miel complicada con el Mont-Blanc la *mer de glace* y el lago Lemán; la luna de miel y el Baedeker y la agencia Cook. La novia se entera de quiénes fueron Rousseau y Guillermo Tell, y luego dice:

—¡ Cuántas cosas aprende una durante la luna de miel!

Sí. Aquí se viene de recién casado como se va a París de recién divorciado o de recién viudo, ya que por ahora la viudez es la única forma de divorcio posible en España. Para muchas gentes, venir a Suiza es una cosa tan propia del acto de contraer matrimonio como el ir al Registro civil. Hay muchachas que se casan únicamente por el viaje a Suiza. Diez, quince, veinte años después de casados, el recuerdo de Suiza dura todavía en muchos matrimonios, y en los buenos momentos conyugales este recuerdo es evocado con delicia:

—¿ Te acuerdas de Chamonix? ¿ Y de Guillermo Tell? Tú decías que le habías visto en un circo, tirando al blanco sobre una patata sobre la cabeza de su hijo...

Los amores libres, así como los amores adúl-

teros y misteriosos, se refugian a orillas del lago de Como. Allí dice Barré que van los grandes enamorados a morir de «voluptuosidad y de indolencia». Aquí no hay amor; no hay más que matrimonio. La poesía del lago Lemán, con respecto a la verdadera poesía, es lo que el matrimonio con respecto al amor.

El lago Lemán tiene un alma burguesa y un romanticismo burgués.

¡Cuánto siento no estar recién casado! ¡Si uno pudiera *reciencasarse* en vez de casarse completamente! Porque así, soltero, está uno en Suiza de una manera desairada, como un veraneante de segundo orden.

LA HONRADEZ SUIZA

¿ No han oído hablar ustedes de la honradez suiza ? Los suizos son la gente más honrada del mundo. Tienen una honradez intachable y unos quesos riquísimos, y se hacen hoteleros; es como una muchacha italiana que se había perdido en Buenos Aires y de la que decía su padre, en el lenguaje pintoresco de los italianos del barrio de la Boca :

—*Ma figlia e buona. Ella ha diventato mala per il bisogno, ma ella e molto buona. Ella me trae cuatro o cinco pessi cada notte.*

Los suizos se han hecho hoteleros por *il bisogno*. Sienten *el bisogno* de sacarle dinero a los ingleses; pero se le sacan con una gran honradez. En los hoteles suizos casi no le roban a uno, y si por casualidad le roban, no le roban más que lo justo. Así, por ejemplo, en el

hotel del Rigi Kulus—yo no he estado nunca en el Rigi; este dato lo tomo de Alfonso Daudet—le ponen a uno en cuenta el crepúsculo matutino, que según parece es allí muy hermoso. «Habitación, tanto; comida, tanto; crepúsculo matutino, tanto.» A esto es a lo que llamamos robar los clientes de hoteles, y por extensión decimos que quieren robarnos cuando nos presentan una nota cualquiera; pero el famoso crepúsculo del Rigi no cuesta nunca arriba de un franco, y un franco por no haber visto el crepúsculo por haberse quedado muy dormidito en la cama, es verdaderamente barato. Aquí, como en todas partes, es natural que le roben a uno; pero la roban honradamente.

La honradez suiza, además, lo preve todo. En los tranvías de Ginebra hay unos carteles donde aparecen tarifadas cuantas roturas pueda uno hacer. Si rompe uno tal cristal, tiene que pagar cinco francos; tal otro cuesta solamente tres francos cincuenta. Unas lámparas verdes verdaderamente preciosas y que incitan a la rotura, cuestan tres francos nada más. Da gusto. Uno elige un objeto, según sus medios, lo rompe, lo paga, y asunto concluído. Estos tranvías son ideales para señoritos borrachos. ¿Por qué no se tarifican también las

cosas en los tranvías de Madrid, donde hay tanta afición a romperlo todo?

Al llegar a Ginebra, yo me metí con mis bártulos en un coche. Un señor muy uniformado me saludó desde la acera y me preguntó adónde iba y me dió un papel, donde escribió un número.

—¿Qué es ésto?

—Es la nota de lo que tiene usted que pagar por el coche.

Momentos después, a la puerta del hotel, el cochero me miraba como si quisiera decirme:

—Ya ve usted que no tengo posibilidad ninguna de robarle a usted. Apíádese usted e indemníceme de alguna manera...

Las propinas de hotel está convenido que son un robo. El mozo del restaurant y el chico del ascensor, la criada y el *chasseur*, el criado, el portero, el *sommelier*, el intérprete y una porción de gente más, toman a los ojos del viajero que quiere partir un aspecto así como de bandidos calabreses. Uno se encuentra con la salida cortada. No hay retirada ni lucha posibles. Hay que entregarse... Pues en muchos hoteles suizos esta expoliación está reglamentada del modo más razonable del mundo. Uno paga el 10 por 100 sobre el importe de su cuenta y los criados se lo distribuyen equitativamente. Le roban a uno, pero le roban

de una manera equitativa. Al hacer su presupuesto de viaje, uno puede calcular al céntimo lo que le van a robar. Claro que en estas condiciones el robo carece de emoción; pero en cambio resulta mucho más económico para el viajero. A los ingleses les encanta que les roben así, con método, con tarifa, y, sobre todo, les encanta que les roben poco.

Les digo a ustedes que en Suiza casi no le roban a uno, y esto es lo más que se puede decir de un pueblo de hoteleros que vive particularmente del turista. Parece mentira que se pueda dar tanta belleza, tanta salud y tanta poesía por tan poco dinero; que una cosa tan admirable como Suiza se haya puesto al alcance del público por un precio tan barato. Yo creo que los suizos pierden.

UN ATRACTIVO DE GINEBRA

La democracia en Suiza.

El gran atractivo de Ginebra, y probablemente de toda Suiza es la democracia. En un hotel de ocho o diez francos al día todos somos iguales. Carnegie y yo, un fabricante de botones y una princesa húngara, un rey de color de chocolate y un empleado inglés, un barítono italiano y un presidente de República americana, una actriz de la Comedia Francesa y un *croupier*, un comisionista marsellés y un torero español.

Yo he conocido ya a dos reyes en Ginebra. Estos reyes que uno se encuentra en los lugares de veraneo tienen todos un color así como de músicos *tzígenes*. Sus Estados, por otra parte, no figuran en los mapas corrientes. Al pri-

mero de los reyes que yo he conocido en Ginebra me lo tropecé en un bar. Estaba dormido sin majestad ninguna, con la pechera arrugada y la corbata torcida, mientras las *chanteusses* y las *danseusses* del establecimiento, sentadas a su mesa, pedían consumaciones. Se habían bebido ya lo menos una provincia. La orquesta tocaba un aire verdaderamente idiota.

—Es un aire de su país—me explicó una de las *danseusses* señalándome al rey.

—Yo le hablo de tú—decía otra—porque eso de la tercera persona es muy complicado.

—Mírale—exclamó una, desde su copa de Champagne—. *Il est gentil tout de meme.*

Gentil como la palmera. Gentil *tout de meme*. No mordía, no degollaba a nadie... En vacaciones todos estos reyes son simpatiquísimos. ¡Si no roncaran tan fuerte!

Al fin el rey se despertó.

—Oye tú, majestad—le dijo una de *ces demoiselles*—. ¿Es cierto que tú degüellas a la gente? Eso no está bien, ¿sabes? No es gentil.

—¡Cuando pienso que eres un rey!—añadió otra—. *¡Comme c'est Lol!* La verdad, si el gerente no me lo hubiera asegurado, no lo creería.

—Nos darás piedras preciosas, ¿eh? Yo he oído que los reyes dan piedras preciosas...

Al otro rey le conocí en la terraza de un

café, tomándose un bock. Cuando se fué me dijo el camarero :

—Diez céntimos de propina. ¿ Qué le parece a usted ?

Yo he oído de uno de estos reyes que un millonario yanqui cayó una vez en sus Estados. El rey le recibió en palacio y le convidó a comer. Al fin de la comida, el rey se asomó a un balcón con el millonario, y una gran multitud vino a aclamarles. Entonces el millonario sacó un puñado de monedas de oro y se las arrojó a la gente.

—Vuestra Majestad me permitirá...

El millonario se había vuelto hacia el rey para ver lo que el rey opinaba de su generosidad, pero el Rey había desaparecido del balcón. Dos minutos después el millonario lo distinguió en la calle, confundido con el pueblo. Había ido a recoger monedas de oro como los demás.

Ser rey de Crywinsky o de Panganga, del Kalifustán o de la Postría... Yo creo que vale más un destinito de catorce mil reales en España.

EL FRACASO DEL TURISMO

Han fracasado los billetes circulares, los hoteles baratos y las guías. Ha fracasado el turismo. El turista es un hombre impermeable. El espíritu de los países que recorre no le penetra jamás. Es un hombre que no se entera de nada, que no se mezcla nunca a la vida de los pueblos, que no influye en ellos ni se deja influir por ellos, que atraviesa las ciudades sin dejar rastro ninguno tras de sí. Un vendedor cualquiera de paños o un comisionista de drogas son infinitamente superiores al turista y hacen mucho más que él para la comprensión de los diferentes países del mundo. El turismo ha fracasado hasta literariamente. Compáren ustedes el *Viaje por España*, de Gautier, compárenle a *The Bible in Spain*, de Borrow. Gautier fué a España de turista, fué a

ver la España pintoresca, mientras que Borrow fué a vender biblias. Pues el libro verdaderamente pintoresco es el de Borrow. Así como Gautier buscaba los gitanos para describirlos, Borrow se encontró metido entre ellos, aprendió a hablar *caló*, resultó luego mezclado en algunas revueltas populares, trató a los políticos de la época.

Y menos mal que en tiempos de Gautier no existían aún los billetes circulares. Hay familias norteamericanas que se pasan quince, veinte, treinta años ahorrando dinero, y que luego, gracias a los billetes circulares, recorren toda Europa en quince días. Ven París, Suiza, el Tirol, Viena, Constantinopla, Grecia, Berlín, Italia, España, Suecia. Ven arquitectura gótica, romántica, bizantina, árabe; ven pintura, ven escultura, ven cerámica, ven maquinaria, ven vida nocturna, ven bellezas naturales, ven lugares históricos. Lo ven todo en quince días, y si antes del viaje tenían una visión más o menos exacta de Europa, después del viaje no tienen ya visión alguna.

Los viajes circulares no sirven para instruir a la juventud, sino para embrutecer a la edad madura. El tipo del viajero moderno, es decir, el turista, ha fracasado completamente. En Inglaterra muchas gentes viajan ya en unos carros como los de los gitanos, que son las

gentes que mejor saben viajar, con cocina, alcoba y salón. En esta forma los viajes son lentos y se ven pocas cosas; pero las pocas cosas que se ven se ven bien.

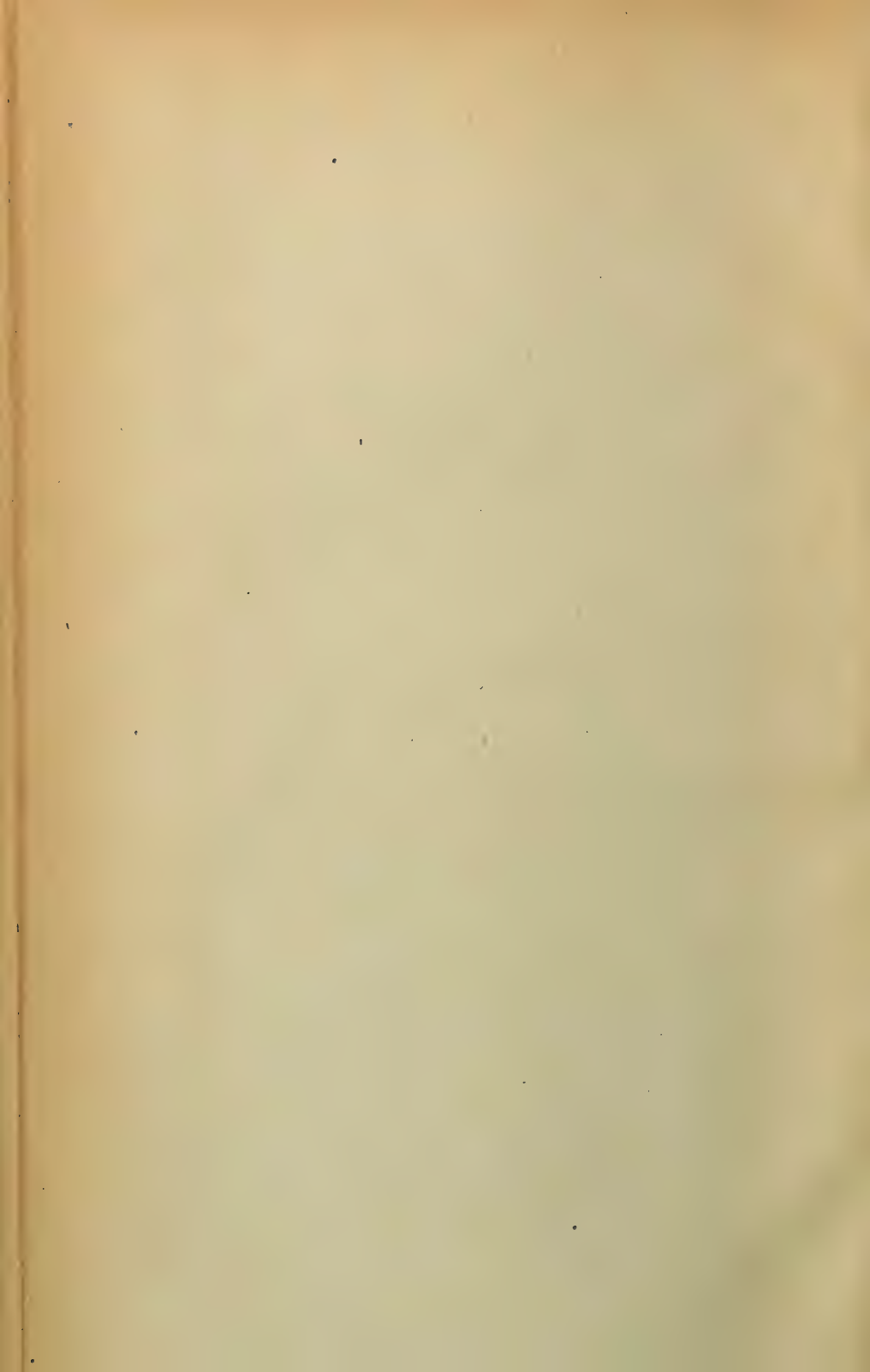
Axioma: A dondequiera que vayas, lector, procura dejar un recuerdo agradable o desagradable; alguna novia, algunos amigos, alguna antipatía, una receta para hacer el arroz o los huevos fritos y seis o siete duros de deuda.

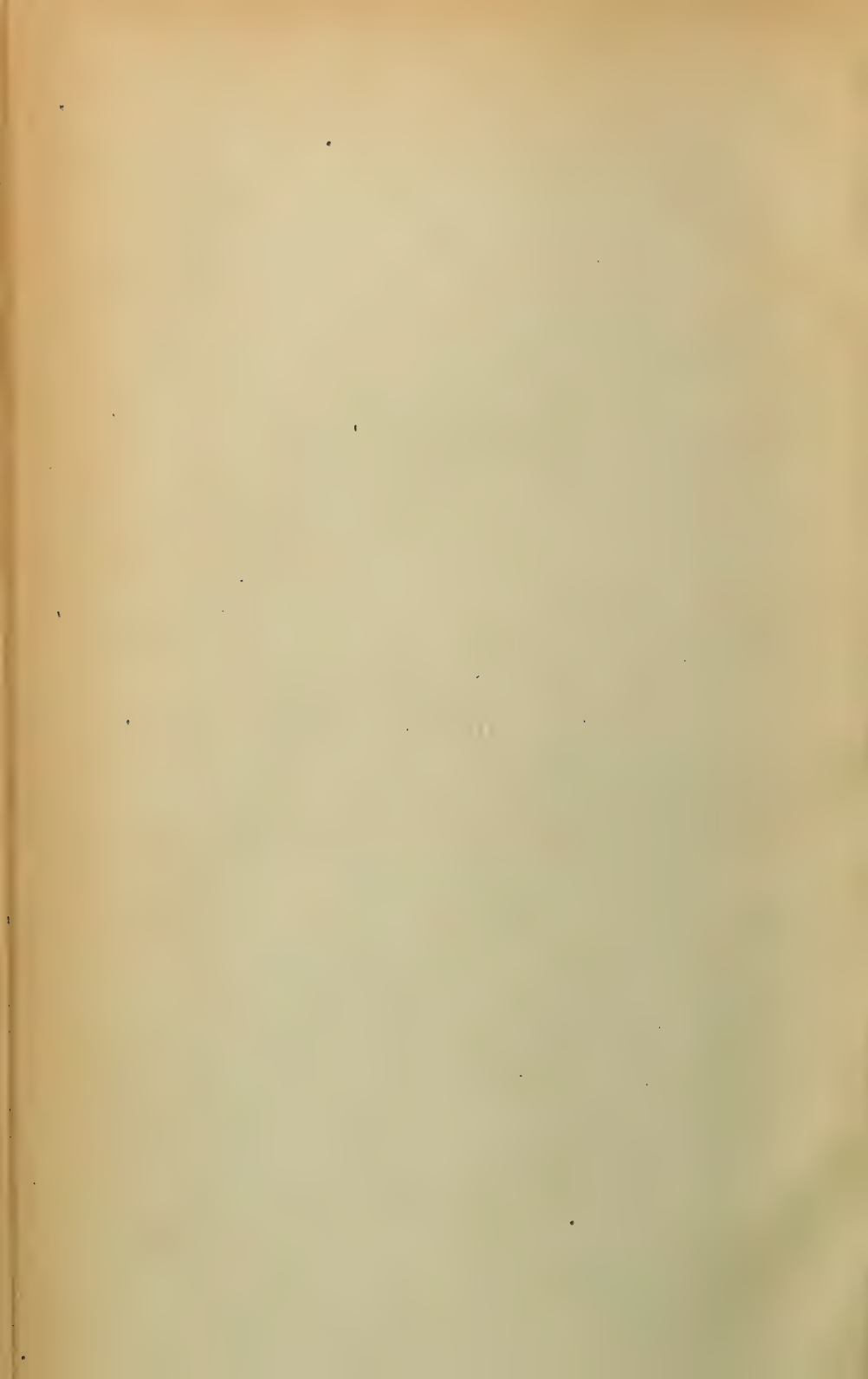
INDICE

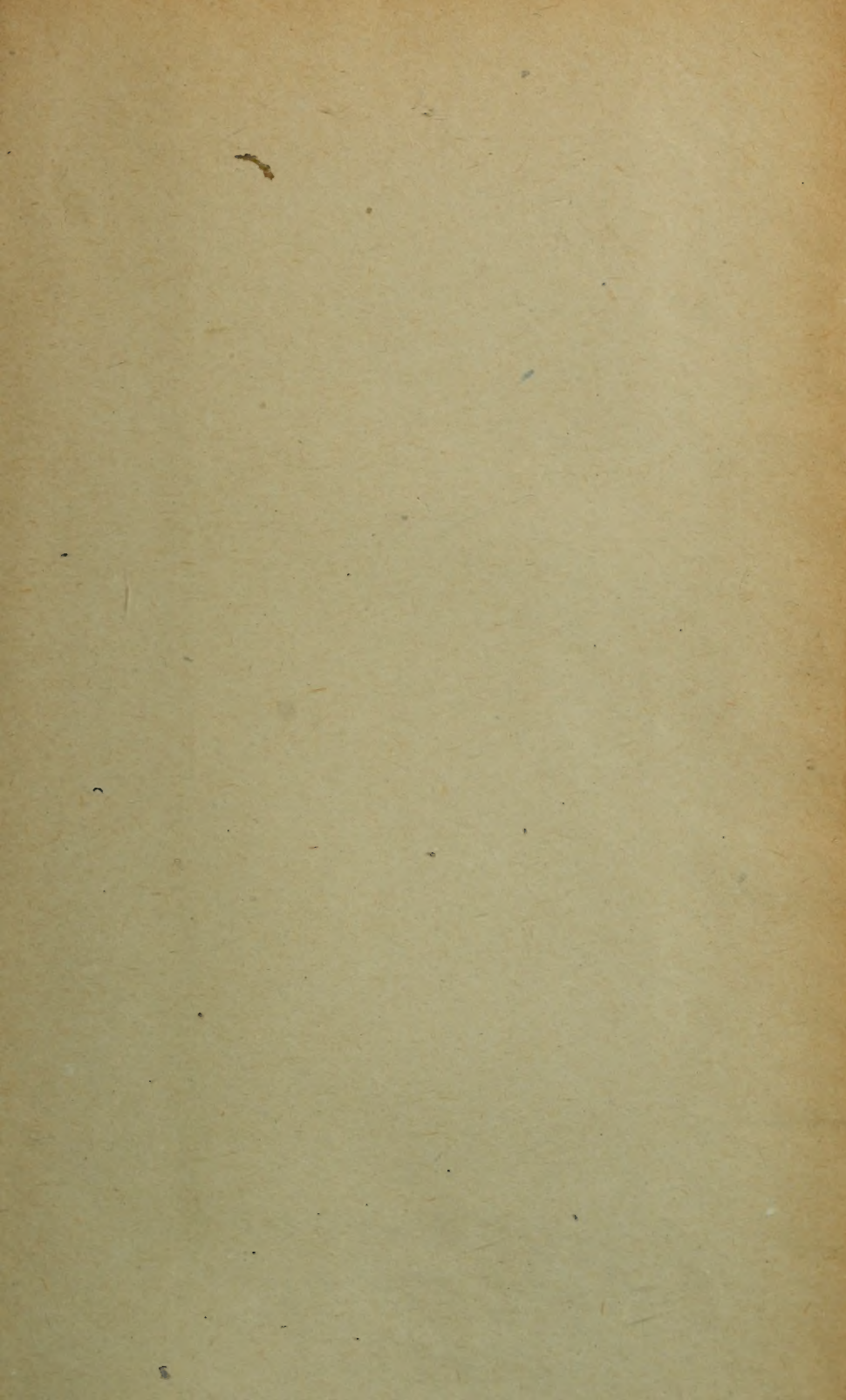
	Páginas.
La neurastenia y la literatura	5
Cortegada	9
La isla de Arosa	14
Pontevedra y Vigo.	18
Bucólica bicarbonatada.	23
Carriña.	28
La Caeyra.	32
El libro del capitán Portela	37
El oro de América.	41
Los curas de aldea.	45
La diligencia: Viaje filosófico	49
El perro chico.	54
Los foros.	58
Historia de un mirlo.	62
El mar.	66
La paz del campo	69
La vieja Compostela.	73
De Constantinopla a la provincia de Pontevedra.	77
La cursilería del regionalismo.	80
Para hacer versos, comprar pescados y hablarle a las galli- nas, a los pájaros y a los aldeanos.	83
Hoteles y ferrocarriles.	86
La vejez de las cosas: El grande hombre encuentra chico su pueblo.	88
Una página de Historia: En la tierra del Meco. — Para los responsables del desastre.	91
Cambados: Un poco de aticismo en la ría de Arosa.	97
La escuela rural: Recuerdos de un lugar de tortura.	101

	Páginas.
La ría de Arosa: Una sorpresa para los madrileños.	106
En las carreteras virgilianas: El automovilismo. — Los dos miedos: el de ir dentro y el de ir fuera.	109
El arte de tirar bolitas de pan: Rodríguez, campeón del mundo. — Historia de un proyecto fracasado.	114
La terapéutica de los viajes: El mar, el campo y sus alcalo- loides. Cómo olían las sirenas.	119
París.	124
Sobre la cama	127
El arte de la cocina	131
Escuelas de españolismo	135
El «boulevard».	138
El barrio lätino	142
La invasión alemana.	145
Psicología del Champagne	148
El nuevo pecado capital.	151
Los bigotes franceses	154
Alejandro Sawa.	157
Los heroicos pasodobles.	161
Un impuesto sobre la vanidad	164
El «Petit Journal».	167
La cocina de «Le Temps».	170
España en el mundo.	174
Anatole France.	178
Un «menú chauviniste».	185
En Suiza no hay zuizos.	189
Suiza como enfermería: La entrada es muy barata	192
No ocurren aventuras.	195
El Lemán y La Fornarina	198
El inteligente en Mont-Blanc.	202
Los besos del Luxemburgo.	205
Los «magasines» de la cultura	210
Maneras de ser español.	214

	<u>Páginas.</u>
Romanticismo económico	217
El amigo de la montaña	220
La ciudad vieja	223
Los rusos existen	226
Monsieur Carnegie en Ginebra	229
El verdadero turista es inglés	232
El turista alemán	236
El turista yanqui	238
El turista francés	241
El turista español	244
Un sitio para escribir artículos	247
Los recién casados	250
La honradez suiza	253
Un atractivo de Ginebra: La democracia en Suiza	257
El fracaso del turismo	260









193548

LS.
C1745p

Author Camba, Julio

Title Playas, ciudades, y montañas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

